

Pascal Ruter

# INVENCIBLE



A veces, por la familia, se hacen cosas impensables...

Grijalbo **narrativa**

Pascal Ruter

# INVENCIBLE



A veces, por la familia, se hacen cosas impensables...

Grijalbo **narrativa**

PASCAL RUTER

# Invencible

Traducción de  
Inés Belaustegui Trías

Grijalbo **narrativa**

SÍGUENOS EN  
megustaleer



[@megustaleerebooks](https://www.facebook.com/megustaleerebooks)



[@megustaleer](https://www.facebook.com/megustaleer)



[@megustaleer](https://twitter.com/megustaleer)



[@megustaleer](https://www.instagram.com/megustaleer)

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para Michèle Moreau, sin la cual estas páginas  
nunca se habrían convertido en una novela.  
Con toda mi gratitud y afecto*

# 1

A sus ochenta y cinco años, mi abuelo Napoléon decidió que tenía que renovarse. Arrastró a mi abuela Joséphine hasta los tribunales. Como ella nunca le había negado nada, se dejó llevar.

Se divorciaron el primer día del otoño.

—Quiero rehacer mi vida —le dijo al juez encargado del caso.

—Está en su derecho —respondió este.

Nosotros, mis padres y yo, los habíamos acompañado al juzgado. Mi padre esperaba que Napoléon se echara atrás en el último momento, pero yo sabía que estaba equivocado, pues mi abuelo era de ideas fijas.

Mi abuela Joséphine lloraba sin parar. Yo la sujetaba del brazo e iba pasándole pañuelos de papel que en cuestión de segundos ya estaban empapados de lágrimas.

—Gracias, Léonard, querido —dijo—. Hay que ver, ¡menudo pájaro, este Napoléon!

Se sonó la nariz, suspiró y sus labios formaron una sonrisa muy dulce, muy indulgente.

—En fin, qué se le va a hacer —añadió—, cosas de tu abuelo. Menudo pájaro...

Mi abuelo hacía honor a su nombre. En la escalera del juzgado, con las manos en los bolsillos de sus pantalones blancos recién estrenados, tenía el

porte altivo y el gesto imperial de quien acababa de conquistar un reino. Paseó una mirada satisfecha por la calle y los transeúntes.

Yo lo admiraba. Me decía a mí mismo que la vida tenía sus secretos y que mi abuelo los conocía todos.

Ese primer día de otoño era suave y húmedo. Joséphine sintió un escalofrío y se subió el cuello del abrigo.

—¡Vamos a celebrarlo! —declaró Napoléon.

Mis padres no estaban de acuerdo y Joséphine menos aún, así que nos dirigimos hacia el metro, sin más.

—¿No quieres un helado de vainilla? —me preguntó Napoléon delante de un puesto ambulante.

Tendió un billete al joven vendedor.

—Dos helados, uno para mí y otro para mi Coco. ¿Con nata montada? Sí. Eh, Coco, ¿lo quieres con nata?

Me guiñó un ojo. Yo respondí que sí con la cabeza. Mi madre se encogió de hombros. Mi padre se quedó como un pasmarote, atónito.

—¡Pues claro que quiere nata, mi Coco!

Coco... Siempre me llamaba así. No sabía por qué, pero me gustaba imaginar que en los gimnasios y en los rings de boxeo que él frecuentaba en los viejos tiempos todos se llamaban Coco.

Nada que ver con Léonard. Léonard Bonheur. Tenía diez años, el mundo todavía me parecía indescifrable, misterioso, un poco hostil, y muchas veces me invadía el sentimiento de que mi persona no se imprimía en la retina de aquellos con los que me cruzaba. Napoléon me tranquilizaba diciéndome que un boxeador no necesitaba estar cachas y que la mayoría de los campeones habían sido grandes sobre todo por su clase y su talento. Pero es que yo no era boxeador. Yo era el hombre invisible.

Llegué a este mundo una tarde de tormenta. Las bombillas del paritorio se habían fundido y mis primeros berridos brotaron en la oscuridad. Así, el pequeño Bonheur nació en penumbra y diez años no habían bastado para disipar del todo la oscuridad.

—¿Está bueno, Coco? —me preguntó Napoléon.

—¡Buenísimo! —respondí yo—. Gracias.

La abuela se había serenado un poco. Me crucé con su mirada pálida y me sonrió.

—Disfrútalo —me susurró.

El vendedor tendió el cambio a Napoléon, y este le preguntó:

—¿Qué edad tiene?

—Veintitrés años, señor. ¿Por qué?

—Por nada, por saberlo. Quédeselo. Sí, sí, de verdad. ¡Hoy estamos de celebración!

—Lo que faltaba por oír —murmuró la abuela.

En el tren que nos llevaba de vuelta a casa íbamos todos callados, sentados entre la gente que volvía de trabajar. Mi abuela había recobrado un tanto el aplomo; se había empolvado otra vez las mejillas y yo me había acurrucado a su lado, como si me fuesen a separar de ella al poco tiempo. Ella, con la frente apoyada en la ventanilla, iba viendo pasar el paisaje. La tristeza le confería una belleza muy digna. De vez en cuando lanzaba una mirada rápida al hombre con el que había compartido su vida. Sus ojos tenían el color de las hojas muertas que volaban por los aires. Yo me preguntaba qué pensamientos podían provocarle las sonrisas fugaces que le asomaban a los labios de tanto en tanto.

Yo pensaba que mi abuela era capaz de comprender todo.

Mi abuelo, por su parte, tenía un bigote blanco de helado de vainilla. Había apoyado los pies en el asiento de enfrente. E iba silbando.

—¡Qué día tan bueno hemos pasado! —exclamó.

—Me has quitado las palabras de la boca —murmuró mi abuela.



La semana siguiente, todos, incluido Napoléon, acompañamos a Joséphine a la estación de Lyon.

Había decidido regresar al sur de Francia, a un pueblo muy cerca de Aix-en-Provence, donde nació y donde la esperaba una casita que su sobrina había dejado libre. Lo mejor era ver el lado bueno de las cosas, decía. Retomaría la relación con sus amigas de la juventud, volvería a caminar por los senderos de su niñez. Y sobre todo disfrutaría de más sol y más luz.

—¡Tendré mejor tiempo que vosotros!

Como para darle la razón, una llovizna caía sobre el techo de cristal de la estación.

En el andén, en medio de una montaña de maletas, esperamos el tren. Mi abuelo se paseaba de un lado a otro como si temiera que el tren no fuese a llegar nunca.

—Léonard, cariño, ¿vendrás a verme? —me preguntó mi abuela.

Mi madre contestó por mí:

—Pues claro que sí, iremos a menudo. Tampoco está tan lejos.

—Y tú también vendrás a vernos —añadió también mi padre.

—Si me llama Napoléon, vendré. Decídselo. Conozco a ese pájaro mejor que nadie y sé perfectamente lo que... —Pareció reflexionar unos segundos y prosiguió—: Bah, mejor no le digáis nada. Cuando haya madurado de verdad, me lo suplicará él mismo. Madurado como una manzana pocha, toda...

Mi abuelo, que venía jadeando, la interrumpió:

—¡Ya llega el tren! ¡Preparaos! ¡Que no se le escape!

—Desde luego, qué don tienes para decir cosas bonitas —dijo mi padre.

Empuñando la maleta más voluminosa, Napoléon se volvió hacia Joséphine y le murmuró con una voz muy melosa:

—Te he sacado billete de primera.

—Cuánta amabilidad.

Acompañamos a Joséphine a su asiento. Napoléon y mi padre acomodaron sus maletas aquí y allá por todo el compartimento. Yo oí que mi abuelo cuchicheaba a una pasajera:

—No le quite ojo. No lo parece, pero es muy delicada.

—¿Qué le estás diciendo a la señora? —le preguntó mi abuela.

—Nada, nada, le decía que los trenes siempre van con retraso.

Bajamos al andén. Una voz anunció la salida del tren a Aix-en-Provence. Al otro lado de la ventanilla, Joséphine nos mostraba una cara sonriente y encantada, como si se fuese de vacaciones.

El tren se deslizó ante nosotros y nos dijimos adiós con la mano. Los faros rojos del último vagón desaparecieron entre la niebla.

Se acabó. La voz anunció otro tren. Otros viajeros invadieron el andén.

—¡Vamos a tomar algo! —dijo Napoléon—. Invito yo.

En la cafetería, llena de grupitos de viajeros con prisa, Napoléon localizó una mesa libre con asiento de sofá, en el que nos apretujamos los cuatro. Tenía un sinfín de planes.

—Lo primero, reformar la casa —dijo—. Poner papel pintado, darle una mano de pintura, hacer arreglitos aquí y allá. Rejuvenecer, vaya.

—Mandaré a un contratista —dijo mi padre.

—Nada de contratistas. Yo mismo lo haré todo. Mi Coco me ayudará.

Puntuó su frase lanzando el puño contra mi hombro.

—Eso no es muy razonable —dijo mi madre—. Debería hacer caso a su hijo.

Mi padre aprobó su parecer con la cabeza e insistió:

—Es verdad, papá, reflexiona, ¡con un contratista puede que sea más fácil! Haría lo más gordo.

—Precisamente —respondió mi abuelo—, y yo a conformarme con las migajas. ¡Ni que fuera un gorrión! ¡Nunca! Lo haré yo mismo. Daos cuenta de que no os he pedido nada. Si habéis venido para humillarme, os podíais haber quedado en casa. Me las apañaré muy bien. Solo o con mi Coco. Y lo mismo para instalar el gimnasio.

—¿El gimnasio? —exclamó mi padre—. ¿Por qué no unas pesas también?

—Ah, pues no es ninguna tontería, unas mancuernas. No se me había ocurrido. Me lo apunto.

Mi padre suspiró, cruzó una mirada con mi madre y carraspeó antes de declarar:

—Sinceramente, papá, si quieres saber mi opinión...

—No te molestes —lo cortó Napoléon sin dejar de sorber su Coca-Cola con la pajita—, sé de sobra lo que piensas de toda esta historia.

No, ellos no lo aprobaban. Y quien menos, mi padre. Uno no se divorcia con ochenta y cinco años, casi ochenta y seis. Uno no monta un gimnasio en casa pero sí acepta ayuda para reformarla. En realidad, uno no se pone a reformar su casa a esa edad. Ni tampoco se renueva, ni por dentro ni por fuera. Ni nada. Uno espera. Espera el final.

—Pues la verdad —prosiguió Napoléon—, lo que tú pienses me importa un pimiento. No necesito que me des permiso. ¿Lo pillas?

Mi padre se puso rojo de repente; su rostro indignado se crispó en un segundo, pero la mano de mi madre se posó discretamente sobre su antebrazo y apagó su ira.

—Creo que hasta ahí llego, sí —se limitó a mascullar.

Napoléon me guiñó un ojo y me dijo:

—*Lau vi, cu mi estis sufice klara, Bubo?*

Lo que quería decir: «¿Crees que he sido lo bastante claro, Coco?». Lo dijo en esperanto, ese idioma que hablaba con fluidez y cuyos rudimentos me había enseñado.

Yo respondí que sí con la cabeza.

El esperanto se había convertido en el idioma clandestino entre el abuelo y yo, y recurriamos a él cuando queríamos decirnos algo en secreto. A mí me encantaba esa sonoridad extraña y al mismo tiempo familiar proveniente de rincones remotos, una lengua con la que parece que se tiene el mundo entero en la boca. Él la había aprendido en su primera vida, cuando hacía saltar chispas en los rings de boxeo, para poder comunicarse fácilmente con boxeadores extranjeros, avenirse con deportistas y de este modo colársela a todo el mundo, entrenadores, representantes y reporteros.

—¿Qué ha dicho? —preguntó mi padre.

—Nada, nada —respondí—. Dice que sois muy amables por preocuparos

por él.

Salimos de la estación. Una fila ininterrumpida de taxis esperaba a los viajeros.

—¡Oiga! —voceó mi abuelo dirigiéndose a un taxista—. ¿Está libre?

—Sí, estoy libre.

—Muy bien —dijo Napoléon—. Yo también.

Y soltó una carcajada.

Napoléon había vivido ya dos vidas y sin duda tenía un montón más de repuesto, como los gatos. En la primera había frecuentado los cuadriláteros del mundo entero y ocupado las portadas de muchos periódicos. Había conocido la gloria oscura de los campeonatos de boxeo, los flashes que crepitan, la dicha breve de las victorias y la soledad infinita de los vestuarios tras las derrotas. Y después había puesto fin bruscamente a esta carrera por motivos que no estaban del todo claros.

Entonces se hizo taxista. *Taximan*, como le gustaba decir a él, poniendo acento americano. Nunca había quitado el letrero del techo de su coche. Cuando venía a recogerme al colegio, lo encendía y en invierno las tres letras «TA I» destacaban en la noche, mientras la «X» se negaba a iluminarse. La puerta trasera de su Peugeot 404 se abría y me preguntaba con voz ceremoniosa:

—¿Adónde quiere ir el señor?

Pero aquel viernes, una semana después de la partida de Joséphine, me dijo sin más:

—Te voy a llevar a un sitio.

—¿A la bolera?

—No, a la bolera no. Ya verás.

Napoléon me explicó que había meditado mucho y que el comienzo de esta tercera vida debía estar marcado por un acontecimiento importante.

—¡Un acontecimiento feliz! —exclamó sin ceder el paso al coche que

tenía preferencia.

—Vale, pero circulas por la izquierda, abuelo.

—No pasa nada —me respondió él—. ¡Bien que circulan por la izquierda en Inglaterra!

—¡Pero no estamos en Inglaterra!

—¿Por qué tocan el claxon de esa manera? ¿Se te ocurre qué puede ser?

—Abuelo, ¿cuándo te sacaste el permiso?

—En primer lugar, a partir de hoy, deja de llamarme así. Y en segundo lugar, ¿de qué permiso hablas?

El sol empezaba a bajar por el cielo.

En cada cruce, mi abuelo tenía el reflejo de extender el brazo delante de mí para evitar que me estampara contra el parabrisas en caso de un frenazo repentino, como si su coche no estuviese equipado con cinturones. Al cabo de una media hora de trayecto, dejamos la carretera para meternos por un camino de tierra.

—Aquí es. Bueno, creo.

Leí las tres letras que indicaban la entrada a la Sociedad Protectora de Animales.

—«SPA» —dije.

—Muy bien, te sabes tres letras. Con eso basta. Suficiente para arreglártelas. Hale, *go*, allá vamos.

—¿Quieres adoptar un perro? —pregunté mientras recorríamos las callejuelas de cemento de la perrera.

—No, no, como puedes ver, ¡estoy buscando un secretario! A veces haces cada pregunta...

De las jaulas salían unos ladridos roncros mezclados con gañidos más agudos. Allí estaban todos los perros del mundo y de todos los pelajes imaginables: largos, finos, cortos, gruesos, lisos y ensortijados. A la mayoría se los veía abatidos y postrados al fondo de la jaula, y meneaban el rabo como locos en cuanto pasaba un visitante por delante.

Algunos de esos perros padecían enfermedades de la piel y se rascaban desesperadamente, otros tenían los ojos legañosos, otros daban vueltas sobre sí mismos persiguiendo su propia cola.

Un perro de aguas con una buena estructura ósea por aquí un recio beauceron por allá, acá un fogoso jack russell, acullá un tranquilizador labrador, un collie elegante o un lebel grácil y aristocrático. Solo había que pasar el mal trago de escoger a uno. Ese era el problema.

—¡Qué difícil! —dijo Napoléon—. ¡Y no podemos quedarnos con todos! Pero tampoco podemos elegir al azar...

Una señora vino a nuestro encuentro y, ante las dudas de mi abuelo, declaró:

—Eso depende de para qué lo quieran.

—Es que no lo sabemos —respondió Napoléon—. ¡Menuda pregunta! Solo queremos tener un perro y tratarlo como a un perro, nada más.

Señaló una jaula en cuya cancela no figuraba ninguna indicación.

—¿Y ese qué es?

—¿Ese? —dijo la empleada—. Un fox terrier de pelo duro, me parece.

El perro alzó hacia nosotros un ojo soñoliento, levantó unos segundos el hocico y después, soltando un suspiro profundo, volvió a meterlo entre sus patas paralelas.

—¿Está segura? —preguntó Napoléon.

—La verdad es que no. Más bien parece un setter... Espere, que lo compruebo.

La señora se zambulló entre sus papelotes, que se volaban por los pasillos.

—Tengo que ordenar todo esto.

—Al cuerno con la raza. A fin de cuentas, la raza nos da lo mismo, ¿eh, Coco?

—Sí, nos da lo mismo.

—¿Y cuántos años tiene?

La señora adoptó una actitud segura y profesional.

—Mmm... un año más o menos. No, dos. Sí, eso es. —Una sonrisa incómoda le surcó el rostro—. En realidad, puede que algo menos. O quizá más.

Rebuscó nuevamente entre sus papeles, que acabaron escapando de sus manos y dispersándose por el recinto.

—Bah, déjelo —dijo Napoléon—. La edad también nos da igual. ¿Cuánto vive este tipo de perro?

—Son perros muy resistentes —respondió la señora—, ¡unos veinte años! Parece usted preocupado. ¿Es un problema?

—¡Pues claro que es un problema! —exclamó Napoléon.

—Ah, sí, ya veo. Creo que lo entiendo...

—Sí —dijo Napoléon—, ¡ese es el problema con los animales, que se mueren siempre antes que nosotros y nos parten el corazón!

—Tiene gracia —dijo Napoléon—. ¿Has visto? ¡Vinimos dos y nos vamos tres!

Cruzamos una sonrisa. Daban ganas de hablarle al perro. Sin embargo, no me atreví porque me pareció un poco ridículo.

Napoléon sacó de su bolsillo una correa nueva que se desenrolló como una culebra. Todavía llevaba la etiqueta.

—¡Lo tienes todo pensado, abue... Napoléon!

—Todo. Hasta esto, ¡mira!

El maletero del Peugeot 404 estaba hasta los topes de sacos de pienso. Napoléon abrió la puerta trasera del coche y dijo con solemnidad:

—¡Empieza una nueva vida! ¿Adónde quiere ir el señor?

El animal se subió de un brinco al asiento, lo olisqueó y, hallándolo de su agrado, se arrellanó tan ricamente.

El taxímetro escacharrado marcaba «0000» y realmente me dio la sensación de que señalaba el comienzo de algo.

—Es verdad, oye —dijo Napoléon metiendo primera—, no necesitamos un perro que sea de ninguna raza en particular. Solo que sea un perro. ¡Un perro con tendencias perrunas y punto!

Surgió la cuestión del nombre. Médor, Rex, Rintintín, Balú, ninguno nos entusiasmaba. En un semáforo en rojo, los dos nos dimos la vuelta. El animal levantó hacia nosotros dos ojos amables que parecían tener el borde maquillado, cargados de preguntas.

—Un nombre original —dijo mi abuelo—, eso es lo que necesitamos. ¡Algo nuevo! ¡Ya no queremos nada viejo! ¡Punto pelota!

—¡«Punto»! —exclamé yo—. ¡Ese sí que es un nombre chulo!

—¡Adjudicado! —Luego, volviéndose hacia el asiento de atrás, preguntó—: ¿Qué, Punto, te alegras de tener por fin nombre?

—¡Uau!

—Parece que le gusta —dije yo—. Verde, ya puedes seguir.

—Es un nombre bonito —dijo mi abuelo poniéndose en marcha—. Al menos para un perro. Original. Distinguido. Con clase, vaya. Mucho mejor que «Punto y coma» o «Comillas». Tienes instinto perruno, se nota.

Cuando llegamos a su casa, bajamos los sacos de pienso del maletero del Peugeot 404 para guardarlos en los armarios de la cocina.

—Buen trabajo —dijo Napoléon—. Tengo una cosita para ti.

Abrió un cajón y sacó una bolsa de tela llena a más no poder.



—No temas, no son bolas de pienso. Ábrela.

Le brillaban los ojos de picardía.

Canicas. Cientos de canicas. Viejas canicas de barro, de vidrio, ágatas, bolones, bolanchos... La infancia entera de Napoléon.

—No son de mi primera juventud —dijo—. Tardé años en ganármelas. Tú les darás más uso. Yo ya no tengo demasiados compañeros de juegos, como ves. Lo normal es legar una colección de sellos, pero a mí los sellos siempre me han puesto de los nervios. Para empezar, no es que haya recibido montañas de cartas. Aunque he de decir que tampoco es que yo me haya matado para escribirlas.

Me flaqueaban las piernas, el corazón me latía desbocado y tenía las mandíbulas totalmente soldadas entre sí.

—¡No irás a ponerte a llorar, eh! —me soltó.

Así fue como Punto entró en nuestra familia. Al día siguiente se lo presentamos a mis padres. Era un perro con el que resultaba fácil convivir, dócil y amable, al que cualquier nadería ponía contento. Mi padre se limitó a preguntar:

—¿De qué raza es?

—Es un perro —respondió Napoléon—, y ya está. No sé por qué, pero estaba seguro de que lo preguntarías.

—No te enfades —refunfuñó mi padre—. Solo era por saberlo. Porque a menudo se dice «es un caniche», «un labrador», «un...».

—Bueno, pues no, decimos «es un perro». Un perro con cruce de perro. ¡Punto!

—Bueno, ya vale, no te pongas histérico por una simple pregunta.

—Yo no me pongo histérico. «Punto» es como se llama. Y mira, sí, me pongo histérico. Tu manía de querer clasificarlo todo es lo que me crispa. Ya cuando eras un mico lo clasificabas todo. ¿Te acuerdas de tus sellos? Siempre te ha gustado eso, meter a la gente, y a los perros, en casillas. Así, ahí metidos, para que ya no puedan moverse como...

Mi padre se encogió de hombros y preguntó:

—Pero, vamos a ver, ¿puedes decirme por qué un perro ahora? Ahora que...

—¿Que qué?

—Que nada.

Napoléon explicó, subrayando sus frases con grandes gestos desordenados, que siempre había querido tener un perro. De pequeño, no pudo porque vivía en un piso enano en la zona de Belleville y después, cuando se hizo boxeador, ya ni siquiera se lo planteó. ¿Qué perro, aunque fuese tan sufrido y simpático como Punto, habría podido soportar la vida errante de un boxeador?

—Y luego tu madre era alérgica al pelo de perro. ¡Qué potra la mía! Pero ahora estoy decidido a ocuparme de él hasta el final.

Mi padre levantó una ceja, sorprendido.

—Su final —precisó Napoléon encogiéndose de hombros.

Mi madre había sacado su cuaderno de dibujo y seleccionaba los lápices de colores. Punto pareció comprender y le ofreció su perfil orgulloso y noble. Tenía madera para acabar en una de las láminas de mi madre.

A mí me encantaba verla manos a la obra. Dibujaba todo lo que la rodeaba dejándose absorber completamente por su modelo; y el resto del mundo desaparecía a su alrededor. No había empezado a hablar hasta los seis años y luego siempre había dado la impresión de recelar del lenguaje hablado. Economizaba las palabras como si tuviera pocas en la reserva, pero todo lo que no decía lo dibujaba. En tres toques, los seres cobraban vida en la hoja de papel. Y en un instante, captaba un brillo en un ojo o apresaba entre las cerdas de su pincel un gesto leve y aparentemente anodino, pero que en realidad revelaba muchas cosas. Cientos de dibujitos hechos en el momento llenaban cajones enteros y, reunidos en un álbum, a veces contaban historias deslavazadas y con un toque poético. A menudo, mi madre iba a leerlas a bibliotecas o a colegios.

Mi padre dio una vuelta alrededor del animal y, después de consultar en una enciclopedia, concluyó que tenía rasgos de fox terrier, de lebrél, de spaniel e incluso de bichón maltés. Un auténtico puzle de perro. Su larga cola con forma de penacho era lo más difícil de catalogar. Era como si se la hubiesen añadido al cuerpo a posteriori.

—Ah, por cierto —dijo Napoléon volviéndose hacia mi padre—, ahora que tenemos un par de minutos de calma, quería pedirte un favor.

Sacó de un sobre grande un fajo de folios mecanografiados.

—Ya ves, el juez me ha escrito. ¿No te importaría leerme todo esto? Lo haría yo mismo, pero me he dejado las gafas.

Mi padre cogió el documento y se puso a ojearlo.

—Veamos, veamos... «Motivo del divorcio: Renovación de vida.» ¡De

verdad, papá, mira que eres ampuloso!

Napoléon sonrió muy ufano y Punto pareció mirarlo con admiración.

—Resumiendo, dice que todo el mundo estaba de acuerdo y que no hubo conflicto.

—Exacto —dijo Napoléon—. Todo el mundo quedó contento, salió todo de maravilla.

—Puede que para ti —dijo mi padre—. Para Joséphine, no estoy yo muy seguro de que...

—¡Anda, anda! ¿Qué sabrás tú? Bueno, deja, ¿y lo demás?

—Todo parece en orden y luego está la parte técnica...

—¡Abrevia! —ordenó Napoléon.

La mirada de mi padre fue directamente a la parte de abajo del documento.

—¿Sabes lo que ha añadido el juez a lápiz? Prepárate: «¡Buena suerte!».

—Me tocó un juez majete —dijo mi abuelo—. Noté que teníamos conexión. Estuve a punto de invitarle a una cervecita.

Napoléon le quitó a mi padre el documento de las manos.

—Voy a mandarlo enmarcar y lo colgaré en el cuarto de baño. Para señalar el comienzo de mi nueva vida.

Me puso el fajo de folios debajo de la nariz.

—¿Has visto, Coco? ¡Un diploma bien bonito! Mi primer diploma. ¡Lo colgaré al lado de Rocky!

Sonreía. Sus ojos azules brillaban bajo su espesa mata de pelo, de un blanco muy puro y con un mechón largo que a veces le caía sobre la cara. Yo admiraba su despreocupación. Admiraba la juventud de su mirada rodeada de arruguitas. Siempre apretaba los puños, incluso cuando no tenía ningún motivo para estar contrariado.

—Si eso te alegra, tanto mejor —dijo mi padre—. Sé que no te hace gracia que nadie se inmiscuya en tus asuntos, y que te burlas de mi opinión, pero me parece que con mamá te has pasado. Hale, ya lo he dicho.

—Pues tienes toda la razón —dijo Napoléon.

Los ojos de mi padre brillaron de satisfacción, hasta que Napoléon precisó:

—En dos puntos, incluso: no me hace gracia que nadie se inmiscuya en mis asuntos y me importa un pito tu opinión.

Napoléon se volvió hacia mí y me preguntó:

—*Cu vi ne taksas lin cimcerba?* (¿No te parece que es tonto del bote?)

Yo me limité a sonreír.

—Léonard, ¿qué ha dicho? —me preguntó mi padre.

—Ah, nada —respondí—, que eres muy amable por preocuparte. Y que gracias.

La sonrisa que iluminó el semblante de mi padre me llenó al instante de una tristeza melancólica mezclada con afecto. Mi madre le rodeó los hombros con un brazo.

—¡Es que es verdad, qué se le va a hacer! —farfulló mi abuelo encogiéndose de hombros.

Al día siguiente conocí a Alexandre Rawcziik. Con dos íes, puntualizó él enseguida. Estaba tan orgulloso de sus dos íes como yo de las canicas de Napoléon, que llevaba escondidas en mi mochila. El chico usaba un extraño gorro hecho de piel, de cuero, de terciopelo e incluso de plumas, y lo colgó con cuidado, como si fuese un casco, en el perchero del pasillo; aquel objeto tan curioso me tenía hipnotizado.

Tenía un aire tímido, un poco triste y solitario, que lo alejó al instante de los demás alumnos de la clase mientras que a mí me despertó simpatía. Y al cabo de unas horas, me sorprendí considerándolo mi mejor amigo. ¿Era por la alegría de haber encontrado al fin un compañero que se parecía a mí y con el que podría compartirlo todo? ¿Era por la magia de las canicas de Napoléon? Misterio. La cosa es que, embriagado por una sensación de invencibilidad, no dudé en proponer a Alexandre una partida de canicas. Y, seguro de acrecentar el tesoro que se me había confiado, puse en juego las canicas de Napoléon.

Las vi desaparecer una a una en los bolsillos de mi nuevo amigo. Confiado en que las iba a recuperar, sacaba otra más, sin cesar, de la vieja bolsa. La suerte iba a cambiar, estaba seguro. Pero nada, un genio malvado se las componía para desviar la trayectoria de mi canica que, en el último momento, erraba invariablemente el tiro.

Alexandre iba embolsándose su botín distraídamente, de manera mecánica, sin mirarme ni siquiera. Las canicas hacían un ruidito al entrechocar en su bolsillo, que engordaba a ojos vistas. Yo me decía que tenía que parar, que iba a perderlas todas, pero mi mano volvía a meterse en la bolsa, como sin querer, y ponía otra canica en juego. Él poseía una habilidad endiablada y sus gestos tenían una precisión de jugador de élite.

Las menos bonitas desaparecieron, luego las más brillantes y, al final, les tocó a las más preciadas. En un día había perdido un tesoro.

—Se acabó —dije—, ya no me quedan más.

Curiosamente, no estaba enfadado con Alexandre. Yo solito había dilapidado algo que era sagrado.

Volví a guardar la bolsa, tan vacía como mi corazón, con un nudo en la garganta. Pero ¿qué me había pasado? ¿Por qué había tenido que llegar hasta el final? Ahora era demasiado tarde.

Al día siguiente de la tragedia de las canicas, mi abuelo me dijo solemnemente:

—Querido Coco, te nombro mi ayudante de campo. Léonard Bonheur queda nombrado ayudante de campo. Hale, ya es oficial.

—¡A sus órdenes, mi emperador! —dije como un soldado que se pone firme.

—Vamos a atacar las bombillas fundidas. ¡Veremos el futuro con más claridad! ¿Verdad que sí, Coco?

—Desde luego.

Yo sujetaba la escalerita en la que se subió para desenroscar la bombilla.

—¿Estás seguro de que has cortado la corriente, abuelo?

—No te preocupes, Coco. Y no me llames abuelo.

—Vale, abuelo. No me preocupo, pero no quisiera que te pasase como a Cloclo.

—¡Pobre Claude François! ¡Mira que morir electrocutado en la bañera! Siempre que me acuerdo me da una punzada. Como un... chispazo, ¡ja, ja, ja! Se reía tanto que le costaba mantenerse encima de la escalerita.

—Pongámonos serios, pásame la bombilla nueva.

En su mano saltaron unas chispas. Oscuridad total.

—¡Ay! ¡Mierda! —dijo agitando la mano como queriendo enfriársela—. ¡Se me ha debido de olvidar algo! Pero yo hice la instalación de la luz en esta casa, no lo entiendo. Tu abuela debió de llamar a alguien que lo ha

toqueteado todo y ahora mira cómo estamos. De verdad te digo que no hay que fiarse de las mujeres.

Se bajó de un salto y aterrizó con agilidad sobre las dos piernas. Luego encontró una vela y encendió la mecha.

—¡Y se hizo la luz! —dijo con orgullo.

La situación divertía mucho a Punto. Sentado sobre el trasero, azotando el aire con la cola, parecía esperar la continuación del festejo.

—Dime, Coco...

—Sí.

—¿No te parece que estamos estupendamente aquí los dos? —dijo sentándose en el viejo sofá.

—¡Los tres! —le corregí, acariciando a Punto.

Mi abuelo tenía razón. Parecíamos dos ladrones en esa casa invadida por la oscuridad. Dos ladrones y su perro.

—Me pregunto si será buen perro guardián —dijo Napoléon.

Como si quisiera responderle, Punto se tumbó sobre el lomo y ofreció su panza a las caricias.

—Ponte a mi vera —dijo mi abuelo dando unas palmaditas en el sofá—. Tengo que decirte una cosa.

Su voz era suave, un poco temblorosa. En un segundo, me invadió una sensación de fragilidad. La ausencia de Joséphine llenaba la sala y estaba seguro de que Napoléon percibía el mismo vacío que yo.

—Mi querido Coco... —Suspiró—. Algunas personas siguen con nosotros incluso cuando ya no las vemos.

A pesar de la situación, él estaba muy relajado. Me fijé en que sus grandes manos nudosas descansaban como dos hojas flexibles encima de sus rodillas. La vela proyectaba una luz sedante a nuestro alrededor.

—¡Hay que ver lo rápido que se derriten las velas! —murmuró mi abuelo. Luego, asombrado ante su propia observación, se sacudió—: Fin del cuarto de hora melancólico, ya hemos filosofado bastante. Un pulso.

Nos colocamos frente a frente, muy serios los dos. Nuestras manos se juntan. Palma contra palma. Nuestros músculos se tensan. Nuestros brazos oscilan a derecha, a izquierda. Muecas de piratas. Él hace como si apretara mucho los dientes, como si estuviera sufriendo, esta vez le voy a derrotar. Pero justo cuando mi victoria es segura, cuando el dorso de su mano está a un centímetro de la mesa, empieza a sonreír, a silbar, a mirarse las uñas de la otra mano y, sin el menor esfuerzo, con delicadeza, le da la vuelta a la



situación. Mi mano recorre todo el semicírculo y se estampa al otro lado.

Es en ese instante cuando oímos que llamaban con los nudillos a la puerta de la casa.

—¿Esperas a alguien? —pregunté.

—A nadie. Ve a abrir. Mientras tanto, voy a cambiar el fusible. Es que no se puede estar tranquilo ni dos minutos.

Eran dos comerciales, con el mismo traje y dos maletines idénticos.

—¿Estás solo? —me preguntó uno de ellos.

La luz volvió y mi abuelo apareció detrás de mí. Para mi sorpresa, los dejó pasar sin preguntarles nada y los invitó a sentarse alrededor de la mesa. Yo me fijé en que tenía los puños apretados.

—*Ni amuzigos, Bubo! li flustris ce mia orelo. Ili ne eltenos tri raundojn! Vidu kion ili ricevos!* (¡Nos vamos a divertir, Coco! ¡No van a aguantar tres rounds!)

Los dos comerciales sacaron de los maletines folletos y catálogos. El abuelo ponía cara de prestar atención y miraba con curiosidad. Sobre todo le interesaban las imágenes.

—Pues, como ve —dijo el representante—, esto es un sistema de cremallera que se puede instalar a lo largo de la rampa de la escalera para acceder al piso de arriba sin cansarse... Como un pequeño ascensor personal. Lo más.

—No está mal. ¿Y eso?

—Un aparato para sordos, para personas con audición reducida.

—¿Un qué? —dijo Napoleón acercando la oreja.

—Un aparato para sordos...

—¿Un aparato antitordos, dice usted? No lo necesito, aquí no tenemos tordos. Pero sí que de vez en cuando vienen otra clase de tocapelotas.

Los dos hombres se cruzaron una mirada discreta. Se forzaron a sonreír.

—¿Y eso qué es? —preguntó mi abuelo plantando el dedo en otra imagen.

—Unas lupas para personas con visión reducida.

—Interesante. Pero, oigan, para los bichos feos que hay por esta zona... ¿Y esto? Qué raro, parece un juguete para niños. Un patinete.

—El último grito en andadores, fabricado con titanio y carbono. Frenos de disco. Para las personas con movilidad reducida. Seguro que habrá pensado en el futuro, ¿verdad?

—A todas horas, sí. Me vienen ustedes de maravilla.

Los dos vendedores a domicilio lucieron una sonrisa de satisfacción.

—¿A que sí, Coco? ¡Pensamos un montón en el futuro! *Bubo, cu vi kredas, ke li iras ce sia amantino!* (¡Ya verás lo que se van a llevar!)

La mecha de la cólera había prendido y ya solo había que esperar a que el barril de pólvora explotara. Pacientemente. Como antes de unos fuegos artificiales.

—Pues hablemos del futuro —declaró uno de los dos hombres—. ¡Hablemos seriamente del tema!

—Del futuro les voy a hablar yo, pero del suyo —respondió Napoléon con los brazos cruzados y los ojos afilados como dardos—. Y muy seriamente, por cierto.

Los otros dos me miraron. Habían caído en la trampa. Yo me encogí de hombros para darles a entender que no podía hacer nada.

—Su futuro inmediato, estúpidos, será dejar de tocarnos las narices. En cuanto a su futuro más o menos lejano, será recibir este puño en los morros. ¿Me podrían decir a quién va destinado todo ese tinglado?

—A personas un poco... bueno, no sé, ¡un poco mayores, vaya!

—¿A los viejos, quiere decir? —preguntó mi abuelo levantando una ceja—. Díganlo a las claras.

—Pues... sí, eso es, a los... a los que dice usted.

El pie de Napoléon se puso a golpetear el suelo de baldosas mecánicamente.

—Entonces, ustedes ven alguno, algún viejo, en esta casa, ¿no? ¿Tú ves alguno, Coco?

—No —dije yo, girándome como para registrar el salón con la mirada—, ¡ni uno! Ni siquiera Punto. Es muy joven.

—¡Uau!

Los dos pesos pluma tartamudaron un poco. No se atrevían a decir nada más. Mi abuelo me parecía un gigante, su silueta crecía y crecía hasta el techo. Dio un golpe con el puño en la mesa y esta se agrietó. Los catálogos se elevaron en el aire.

—¡Me cago en todo! ¿Es que ustedes ven algún viejo en este salón? ¿Sí o no, qué puñetas? ¡No es una pregunta complicada! Incluso seres un poco primarios como ustedes deberían entenderla. Y hasta responderla, si es que tienen una pizca de instinto de supervivencia.

Barriendo con el brazo el espacio que tenía delante de sí, tropezó con los catálogos y los lanzó contra una pared.

—No, no vemos ningún viejo... Nos hemos equivocado de dirección. Aquí

no hay viejos. En fin, no es que no estemos a gusto, pero vamos a tener que marcharnos...

Oímos el chirrido de su coche al salir disparado.

—Joder —dijo mi abuelo—, esos pájaros de mal agüero querían acabar conmigo antes de tiempo. Ven, Coco, tengo que desfogarme.

Sabía lo que quería decir con eso. Nos pusimos frente a frente.

—Vamos, Coco, boxea, boxea. ¡Venga, vamos a mover las piernas!

Napoléon era tan fino, tenía unas extremidades tan delicadas, que de perfil casi no se le veía. Sin embargo, de frente parecía una pequeña montaña.

—Atento, siempre en guardia. Y mírame las piernas.

Con los puños cubriéndose la cara y el tronco inclinado hacia delante, se parecía al boxeador que fue en otros tiempos. En esa pose era eterno, listo para combatir contra cualquier oponente.

En 1952 disputó el título de campeón del mundo de pesos medios, pero cayó derrotado por poco, por puntos. Por Rocky. Yo me sabía de memoria ese combate, el último de mi abuelo, del que hablaron todos los periódicos de la época, ese combate que coronó su carrera de boxeador y, al mismo tiempo, le puso fin. Porque después de esa derrota colgó los guantes. Yo nunca había encontrado el valor necesario para preguntarle por aquel misterioso combate, pero ese día, sin saber por qué, le pregunté:

—¿Qué te faltó para ganar aquel combate? ¿Lo sabes?

Concentrado en la comida del perro, pareció no oír mi pregunta y transcurrieron muchos segundos. Entonces, me dijo en tono seco:

—Nada. No me faltó nada. Tan solo un árbitro que no se hubiese vendido.

Se secó las manos con un trapito blanco y me dio la sensación de que ese gesto significaba que no debía preguntarle nada más.

—Y sobre todo no me creo lo que dicen los periódicos —continuó, como si me hubiese leído la mente—. ¡No son más que tonterías! ¡Embustes!

Se quedó callado unos segundos, observando a Punto, que, con el hocico en el comedero, se estaba poniendo las botas haciendo mucho ruido.

—¡Lo que llega a comer un perro! Es increíble, ¿eh?

Levantó hacia mí sus ojos claros y soñadores. Tuve la sensación de que pasaba una eternidad. En la mesa, la vela casi se había consumido por completo. Sopló la mecha.

—¿Por qué lo dejaste después? —pregunté—. Eso es lo que no entiendo. ¿Por qué no te tomaste la revancha?

—¡Ven a ver!

Al cuarto de baño. Aquel cuarto de baño era un auténtico santuario del boxeo. Un pedazo del pasado conservado en bloque.

El diploma otorgado por el juez, cuidadosamente enmarcado, tenía su lugar en la pared, un poco apartado de las fotos de los combates de boxeo. Napoléon flotaba en el aire con unos pantalones cortos de satén blanco, por el que asomaban sus piernas finas y musculadas. Apretando las mandíbulas, propinaba ganchos, lanzaba un directo con la derecha o encajaba con habilidad, en posición defensiva, un *crochet* del adversario. Invicto, nunca KO.

—Escucha, Coco...

Yo aguzaba el oído.

—¿Oyes al público? ¿Oyes cómo grita? ¿Y los puños que chocan, eh?

Yo solo oía el gorgoteo de la cisterna, que perdía agua discretamente. Pero dije que sí con la cabeza.

Napoléon se quedaba absorto contemplando su propio rostro.

—Estoy igualito, ¿eh, Coco? Por mí no pasa el tiempo.

—Es verdad, abuelo, no has cambiado nada. Además, nunca cambiarás. Nunca cambiarás, ¿eh?

—Nunca. Palabra.

Napoléon se plantó delante del retrato de Rocky. Se le entornaron los ojos. Se le tensaron los músculos de los hombros.

Cara cuadrada, boca apretada, mandíbulas cerradas con candado. Hombros relucientes de sudor. Puños en guardia muy cerca de las mejillas. Rocky. El gran Rocky, su último contrincante.

Napoléon suspiró.

—¿Tomarme la revancha con Rocky? Ese tunante jugó bien. Murió poco después. De una enfermedad estúpida, ya no sé cuál. A veces lo oigo reírse burlón. ¡Me la hizo buena, ese cabrón!

Napoléon consideró que ya habíamos trabajado bastante por ese día. Tenía que hacer una llamada telefónica.

—Al pichafloja —me informó.

El pichafloja era mi padre.

Durante mucho tiempo no entendí qué podía significar ese misterioso apelativo. Me decía a mí mismo que seguramente era una fórmula simpática y cariñosa. Pero en cuanto fui lo bastante mayor para captarla en toda su elegante sutileza, no pude evitar sentirme incómodo de repente, cada vez que la decía, y un tanto mancillado también. Con la respiración cortada por el atrevimiento de aquella palabra, compartía la ofensa con mi padre.

—¿Hola, eres tú? Me llevo a tu hijo a la bolera.

Me guiñó un ojo de pasada.

—¿Que cuándo volvemos? Y yo qué sé. ¡Menuda pregunta! ¡Sabes perfectamente que nunca llevo reloj! ¿El que me regalaste? Lo he perdido. O revendido, ya no me acuerdo. Además, con la bolera sabes dónde empiezas pero nunca adónde te puede llevar. No, imposible de saber, es así. ¿Los deberes? Sí, ya los ha hecho.

Mi abuelo tapó el auricular con la palma de la mano y me susurró:

—Me está soltando la chapa. Prepárate, que nos vamos.

A continuación, reanudó su conversación telefónica:

—El control de gramática, claro, claro. Y el dictado también, obviamente, qué te crees. Todo niquelado.

Mientras tanto, yo había sacado la bola y nuestros zapatos de jugar a los bolos. Napoléon colgó.

—Has visto, Coco, he mentido al pichafloja. Solo piensa en los deberes.

Menos mal que no te pareces a él.

Se me encogió el corazón. Me limité a sonreírle. No siempre nos parecemos a los seres a los que admiramos.

Napoléon se puso la chupa de cuero negro, y luego salimos de casa después de dejar las llaves debajo del felpudo. Me abrió la puerta del Peugeot 404.

—Si el señor tiene la amabilidad...

El abuelo tenía su propia bola, negra, brillante, muy pesada, con las palabras *Born to Win* («Nacido para ganar») grabadas encima. En sus guantes de boxeo, bordada en blanco, se podía leer esa misma frase. Le parecía que era una frase con mucha clase y de un gusto exquisito.

Había descubierto los bolos para matar el aburrimiento después de dejar el boxeo, y enseguida brilló en las pistas de parquet como había brillado en los cuadriláteros.

—Precisión, tiento, delicadeza: los tres mandamientos del *bowling* —decía—. ¡Y lo mismo con las canicas!

Aparcó su Peugeot 404 ocupando tres plazas del aparcamiento. Y entramos en la sala.

Esa tarde estaba en forma. Avanzaba unos pasos y se abría grácilmente, como unas bonitas tijeras. La bola se soltaba de él a regañadientes, daba la impresión de que le costase desprenderse de sus dedos, pero luego salía con tal elegancia y suavidad que parecía que rodase por un cojín de aire sin tocar el parquet. Los puntos iban sumándose en una pantallita en la que bailaba una chica con un bañador azul. De esta manera mi abuelo alineó una docena de *strikes* y a nuestro alrededor acabó formándose un pequeño remolino de gente.

Napoléon estaba concentrándose para lograr el *Grand Slam* del siglo cuando, en medio de un silencio sepulcral, se oyó:

—Que no se te escape la bola, yayo.

Mi abuelo se quedó petrificado. Mientras hacía rebotar la bola en la palma de la mano paseó una mirada de mercurio puro entre la concurrencia. Un grupo de graciosetes había decidido, por lo visto, terminar la noche en el hospital. Napoléon se contuvo, respiró hondo para calmarse y se colocó en posición para volver a coger impulso.

—¡Vamos, que ya falta poco, abuelito! —exclamó otro de los chicos.

El silencio se podía cortar con un cuchillo. El abuelo dejó en el suelo la bola y carraspeó. Tenía un aire imperial, como de otro mundo.

—Vamos, Coco —dijo en voz alta y clara—, nos largamos. Aquí apesta.

—¿Y entonces qué? —quiso saber Alexandre al día siguiente—. ¿Cómo acabó la cosa? Venga, cuenta, cuenta.

—¿Te interesa? —pregunté.

—¡Sí, sí! ¡Venga, cuenta!

—Entonces pasó esto: salimos al aparcamiento, en plena noche, y allí nos estaba esperando la pandilla de chavales. ¡Se pusieron a chascarse los nudillos de las manos, figúrate!

—¡Toma ya! —exclamó Alexandre—. ¿Y os metisteis otra vez en la bolera?

—Qué va. Mi abuelo les dijo, como si tal cosa: «Normalmente, las tundas las doy con cita previa. Pero hoy voy a hacer una excepción. ¿Por quién empiezo?».

—¿Y tú dónde estabas?

—Yo me senté tan pancho en el capó del 404, guardándole la bola a mi abuelo. Era como si estuviera en el cine, ¿sabes?, ¡solo faltaban las palomitas!

—¿No tenías miedo? Por tu abuelo, quiero decir. ¿No tenías miedo?

Me eché a reír.

—¿Miedo? ¿De qué? Me dijo, tan tranquilo: «Perdona el contratiempo. Tardo dos segundos». Y pim, pam, los tumbó a todos, uno por uno, así, sin pensárselo. ¡Tendrías que haber visto qué paliza! Los tíos se retorcían en el suelo, gimiendo, y entonces mi abuelo les dijo: «Ahora, si no queréis quedaros sin calzoncillos, ¡largaos de aquí!».

—¿Y entonces?

—Entonces se largaron.

—¡Qué nivel! —exclamó Alexandre—. Cuentas las cosas superbién.

Alexandre Rawcziik seguía siendo muy reservado sobre su familia, y sobre los motivos por los que se había mudado y había empezado tarde el colegio. Estaba claro que no le hacía ni pizca de gracia, y temía que alguien indagase sobre su pasado. A pesar de eso (o más bien debido a eso), la mayoría de los niños se las ingeniaban para acribillarle a preguntas: ¿de dónde eres?, ¿qué hacen tus padres?, ¿tienes padre?, ¿tienes madre?

Yo admiraba el arte que había desarrollado para evitar responder a esas preguntas. Era casi tan hábil en este juego como en las canicas. Además, los

otros acabaron cansándose enseguida; se resignaron a no saber nada sobre él y se vengaron ignorándole por completo: no existía. Una manía en particular contribuía a hacer de él un ser marginado, una manía que a los demás les parecía asquerosa pero que a mí me intrigaba: observaba los insectos, los seguía, se pasaba recreos enteros tratando de ponerlos a resguardo, lejos de los caminos que utilizaban los demás alumnos. Los conocía por sus nombres científicos y palabras como «coleóptero», «cetonía», «mantícora» o «lucano ciervo-volador» pronto me resultaron tan luminosas, preciosas y poéticas como el esperanto de Napoléon.

Pasábamos mucho tiempo juntos, como mínimo íbamos andando juntos al colegio. La amistad que nos unía desde su llegada se había reforzado aún más desde que había comprendido que yo jamás le haría ninguna pregunta sobre su familia. En cuanto a las canicas de Napoléon, no me atrevía ni a mencionarlas. A fin de cuentas, ya no eran mías y creía que debía olvidarme de ellas.

Pero esa tarde, después de la historia de las hazañas de Napoléon en la bolera, vi que sacaba una bolsa del bolsillo. La abrió y metió la mano.

—Me encanta cuando me cuentas las aventuras de tu abuelo. Se te da mucho mejor contar historias que jugar a las canicas. Toma una.

—Pero...

—Anda, venga, cógela. Me contarás más.



Veía poco a mi padre, que se iba muy temprano a trabajar al banco. Desde mi cama oía su coche. Esperaba a que se calentara el motor, sintonizaba la radio y luego el coche se alejaba haciendo crujir la grava. Esa regularidad de metrónomo me daba tranquilidad. Cuando me levantaba, mi madre ya estaba con sus pinturas; a veces tenía la sensación de que se había pasado la noche en el tallercito que se había montado en la zona de arriba de la casa, en un rincón del desván que parecía un camarote de barco. Yo era el único que podía estar de pie allí, en el centro exacto, y me gustaba subir a hurtadillas y respirar el aroma a cola, barniz, pasteles y pintura.

Ella había intentado tener un trabajo más convencional, con un horario fijo y jefes a los que respetar, pero al cabo de unas semanas terminaban echándola. Unas veces porque no era capaz de cumplir los horarios, otras porque cubría de dibujos todos los expedientes y los documentos o bien porque se quedaba dormida en su mesa. Pero casi siempre era porque nada más contratarla, se volvía incapaz de decir ni una sola palabra. No podía evitarlo, no le salía ni una. Sencillamente, no estaba hecha para el mundo laboral.

En cambio, cuando dibujaba una flor daba la sensación de que se podía oler su perfume. Y si eras alérgico al polen, te entraban ganas de estornudar. Sus dibujos estaban siempre bañados por un sol cuyo suave calor se podía notar en la piel, y era una de las raras artistas capaces de dibujar la lluvia como es debido. Uno de sus libros estaba consagrado por entero a la lluvia: la

llovizna, el calabobos, los aguaceros y los chaparrones, y en verdad parecía que oías las gotas chocando sobre los tejados, que las notabas en la piel e incluso que podías oler esa fragancia especial de los árboles y las flores empapados de lluvia en verano.

Esa mañana, como tantas veces, subí la escalera procurando hacer el menor ruido posible para tener el placer de sorprenderla. Pero, sin ni siquiera darse la vuelta, me dijo de pronto:

—¡Te estoy oyendo! ¡Otra vez te he pillado!

Trabajaba en medio de un caos que me hacía gracia: las hojas con dibujos formaban altas pirámides inestables y arriesgadas, los montones dispares de discos, libros, cajitas, mantenían el equilibrio como por arte de magia, y las fotos colgadas en las paredes se superponían unas a otras; por todas partes tus pies chocaban con álbumes de tapas de colores, y yo me preguntaba cómo semejante desorden podía desembocar en unos dibujos dotados de tal pureza.

—¿Vas hoy a casa de Napoléon? —me preguntó.

—Sí, empezamos con las paredes.

—Ah, sí, es verdad —dijo ella con una sonrisa divertida—. Tu padre no está muy contento. Napoléon a veces se pasa un poco.

Unos días antes, en la tienda de bricolaje donde habíamos comprado el material, Napoléon había mandado que cargaran la factura a la cuenta bancaria de mi padre. Como se apellidaban igual, la trampa casi pasó desapercibida.

—¿Y está bien? —preguntó ella.

—¿El abuelo? Muy bien. ¡Incluso me cuesta un poco seguirle!

Mi madre se parecía a los personajes que dibujaba: llenos de vida, de alegría, ajenos a los problemas que de ordinario preocupan a los adultos, pero también llenos de una melancolía tranquila y amable que parecía no abandonarlos nunca; unos personajes que podían pasar de la risa al llanto en cuestión de un segundo, lo que se tarda en pasar una página. Tiempo atrás había hecho un libro en el que contaba la historia de una niña aquejada de una enfermedad que la mantenía inmovilizada y que, gracias a esa enfermedad, descubriría el dibujo y la pintura. Y yo estaba seguro de que lo que contaba allí era su propia historia. Además, la niña se llamaba como ella: Eléa.

Mi madre metió el pincel en un tarro lleno de agua y luego me dijo con un tono que intentó que sonara despreocupado:

—Sé que no os gusta que sepamos lo que os traéis entre manos, pero si algún día necesitáis ayuda, avisadnos. A veces puede pasar que...

Se interrumpió. El silencio se prolongó unos segundos. Entendí que no iba a terminar la frase. En efecto, volvió a empuñar su pincel.

—¿De qué va tu historia? —pregunté.

Ella sonrió con picardía.

—A mí tampoco me gusta que se sepa lo que me traigo entre manos. Ya la leerás cuando llegue el momento.

—¿Dentro de poco?

—No lo sé.

Empecé a bajar por la escalera y de repente me detuve.

—De todos modos, mamá, hay una pregunta que me estoy haciendo.

—¿Cuál? —dijo ella desde su sitio, sin apartarse de su dibujo.

—No puedo comprender por qué Napoléon dejó a la abuela. Ella habría estado de acuerdo con la reforma. Y además, creo que piensa en ella sin parar. Él no lo dice, pero yo lo noto.

Su pincel patinó por la hoja y luego se quedó quieto. Esperé unos segundos antes de responderme:

—Ve a ayudar a Napoléon, amor. Los emperadores tienen sus razones.

Unos minutos en bici bastaban para llegar al otro lado de la ciudad, donde vivía Napoléon. Su casa era mucho más pequeña que la de mis padres y, con sus contraventanas azules, hacía pensar en esas cabañas de pescadores que se ven a la orilla del mar.

Cuando llegué, un vapor denso inundaba ya el salón. Unos días antes, habíamos reunido los muebles en el centro de la habitación. Napoléon sostenía con ambas manos una máquina despegadora de papel pintado de pared que rugía como un dragón. Se parecía a Hércules derrotando a la Hidra de Lerna.

Largas tiras de papel saturadas de humedad pendían a lo largo de las paredes y Punto intentaba cogerlas a mordiscos.

—¿Todo bien, Coco?

—Genial. ¿Y tú?

—De lujo. Este cacharro es la repera. Y mi piel también se va a quedar como nueva. Abre la ventana, anda, que no se ve ni torta.

El vapor escapó al exterior. Las nubes blanquecinas se diluyeron en el aire en un instante. Era una imagen que habría podido dibujar mi madre.

Napoléon desconectó la despegadora de papel y me lanzó un rascador que

cacé al vuelo.

—¡Bien hecho! Ahora una manita de enlucido y ¡nos ponemos con la pintura esta misma tarde! No se puede perder ni un minuto, ¿entendido, Coco?

—Entendido.

—Hay que tirarse a la piscina. ¡Nada como el efecto sorpresa! ¡Todas las batallas se ganan gracias al efecto sorpresa! Si no, el enemigo se organiza y es más difícil.

Subido en su escalerita, estiraba sus brazos y sus piernas gráciles de insecto zapatero. El olor a cola y a papel húmedo impregnaba las narinas.

—Emperador, oh, mi emperador —dije—. Y a Rocky, ¿lo conocías bien?

Su rascador se quedó inmóvil. Y durante unos segundos mantuvo los párpados cerrados.

—¿Rocky? Un poco... Nos cruzábamos de vez en cuando por los vestuarios. Entrenábamos en el mismo gimnasio. ¡Era un tipo increíble! Usaba un saco lleno de cartas como saco de boxeo. No sabía leer, así que ni siquiera abría el correo. Por eso decía todo el tiempo que cuanto más le escribía la gente, más fuerte se sentía él. El único boxeador que terminó su carrera sin haber sido derrotado ni una sola vez. Ni una. IN-VEN-CI-BLE, el Rocky.

—Tú habrías podido vencerle.

—¡Hablemos de otra cosa, Coco!

—¿Y tenía hijos Rocky? ¿Eh?

Napoléon se había puesto a limpiar su rascador. Era tan fino como las tiras de papel que cubrían el suelo. Levantó la vista hacia mí. Me di cuenta, de repente, de que el perfume de Joséphine había desaparecido, como si se lo hubieran llevado las nubes de vapor. Me sentí solo con Napoléon y al instante me avergoncé de ese sentimiento.

—¿Hijos? —murmuró—. No lo sé. Anda, ven. Es hora de cultivarse.

Y lanzó su rascador al barreño con el gesto elegante y desenvuelto de un jugador de baloncesto que está seguro de encestar.

El pequeño transistor chisporroteó unos segundos y luego la voz del locutor se volvió más nítida.

De aquel concurso nos gustaba todo. La voz del presentador que, entusiasta como el primer día, arrastraba al público para que anunciase con él «el

Concurso de los Mil... EUROOOS!»). El silencio insoportable que seguía a cada pregunta, las tres notas que señalaban el final del tiempo de reflexión y, sobre todo, la vacilación del concursante cuando tenía que elegir entre plantarse o continuar jugando, influido por el público enfervorecido que gritaba:

—«¡QUE SI-GA! ¡QUE SI-GA! ¡QUE SI-GA!»

—«Me voy a plantar» —decía a veces el concursante.

—¡Vamos, pichafloja! —exclamaba Napoléon.

Había sido en su taxi donde Napoléon cogió la costumbre de escuchar aquel concurso. Se paraba en la cuneta o en el carril de emergencia, fuera quien fuese el cliente que llevara en el coche o la prisa de la carrera.

En ese concurso a prueba de bomba se habían sucedido varios presentadores, pero mi abuelo los confundía. Y como no se acordaba de quién se había jubilado, quién la había palmado y quién era el que hacía las preguntas en este momento, los reunía a todos en un solo personaje: Fulano.

Ese día Napoléon abrió una lata de sardinas. Cogió una agarrándola por la cola con el índice y el pulgar y se la ofreció a Punto, que se la zampó de un golpe de mandíbula. Luego, con un trocito de cola asomándole por el belfo, el animal apoyó el hocico en el muslo de Napoléon. Mi abuelo aplastó las otras dos sardinas en unas rebanadas de pan y me tendió una.

—Debería haber sido cocinero —dijo hincando los dientes a su rebanada.

La primera pregunta llegó:

—«Una pregunta difícil, atención. ¿Por qué no hay Premio Nobel de Matemáticas?»

Los segundos pasaron.

—«Piénselo bien» —murmuró el presentador—. «Es una pregunta difícil. La respuesta es insólita...»

Napoléon reflexionó moviendo la cabeza arriba y abajo.

—¿Tú lo sabes? —me preguntó.

Yo me encogí de hombros y meneé la cabeza de derecha a izquierda.

Las tres notas resonaron, cristalinas e implacables.

—«¡Escuche atentamente! La mujer del creador del célebre premio tuvo un amante que era matemático y, en venganza, este se negó a galardonar el genio matemático.»

Era el tipo de anécdota que hacía las delicias de mi abuelo.

—¿Oyes eso, Punto? ¡Unos chiflados, esos lumbreras!

Acercó la oreja, aguzada súbitamente la curiosidad, y luego arrugó el ceño

mientras se aproximaba un poco más al aparato.

—Shhh —me chistó para que me callara.

—Pero si no he dicho nada, eres tú el que...

—Shhh, te digo. Joder, ¿has oído?

Había oído. Unos días después, el programa se emitiría cerca de donde vivíamos nosotros. Y la noticia me emocionó tanto como a Napoléon. El presentador seguía ensalzando los méritos incomparables de nuestra ciudad.

—«¡Ah! Su bosque, su castillo, su emperador y, ejem..., su gimnasio.»

—Tenía que ocurrir algún día —declaró mi abuelo—. ¡Se han tomado su tiempo para decidirse a venir a vernos!

Apagó el transistor, apoyó los codos en las rodillas y posó el mentón en la palma de las manos. Puso una expresión soñadora, como si estuviera muy lejos.

De pronto, me hizo una seña para que me acercara y me dijo en voz baja:

—¿Sabes?, solo me pregunto una cosa.

—¡Ah! ¿Qué?

—Me pregunto si Fulano será realmente feliz. Viajar de una ciudad a otra sin parar, sin poder reposar el culo quieto ni cinco minutos, todo para largar todas esas preguntas, ¿a ti te parece que eso es vida?

—A lo mejor le gusta hacer preguntas.

—Pues a mí me tocaría las narices —dijo—, y estoy seguro de que a él también le harta. Venga, un pulsito para estirar un poco y ¡vuelta a la faena!

Nuestras manos pegadas. Los músculos se tensan. Muecas falsas. Mi brazo haciendo el semicírculo en el aire. Nada que hacer. Imbatible.

—¡Coser y cantar! —dijo Napoléon—. Pasará mucho tiempo antes de que me ganes.

Se levantó y se plantó delante de una imagen recortada burdamente de una revista y fijada con dos imanes a la puerta de la nevera.

—Es bonito, eh, Venecia, toda esa agua, las góndolas, todos esos chismes que flotan...

Unos días después, sorprendí a Napoléon en el cuarto de baño lavando a Punto, que, cubierto de espuma, se dejaba hacer dócilmente.

—Abuelo, ¿estás bañando a tu perro?

—¡Sí que tienes sentido de la observación! ¡Impresionante!

—¿Lo estás bañando con lavavajillas?

—Va muy bien. ¿No notas ese perfume? ¡Pino de las Landas! Bueno, ya he terminado.

Punto salió de la bañera de un salto y desapareció dejando una estela de espuma tras de sí.

—¿No continuamos con la obra? —pregunté.

Napoléon se secó las manos meticulosamente antes de responder:

—Hacemos un *break*. Nos tenemos que preparar.

—Vale —dije yo.

Reflexioné unos segundos y entonces pregunté:

—¿Prepararnos para qué?

—Para dar un buen golpe. El gran golpe. Un golpe histórico.

Y aporreó tres veces la mesa del comedor. Como en el teatro.

—¡Es imposible cagarla! Lo he calculado todo al milímetro, Coco. Tenemos el fin de semana por delante. Con Punto, me darás apoyo.

—Abuelo, me gustaría saber una cosa.

—Adelante, pregunta. Es preciso dejar las cosas claras antes de empezar.

—¿Por qué quieres secuestrar a Fulano?

Porque se trataba de eso, a grandes rasgos: de secuestrar al presentador. Justo antes de que llegase al gimnasio.

—¿Por qué? Piensa un poco, Coco. Porque hay que liberarlo. Sí, sí, no me mires así. Liberarlo de su trabajo y de todas esas preguntas que hace. ¡Hay que sacarlo de esa prisión! Que viva un poco la vida.

Me quedé atónito. Tenía una manera tan seductora de presentar las cosas.

—Puede que no esté de acuerdo, ¿sabes? —dije.

—Es evidente que no estará de acuerdo, por eso es un secuestro. Pero luego nos lo agradecerá.

—Si tú lo dices...

El itinerario, el trayecto, el material, el método: todo estaba calculado, absolutamente todo.

Un trabajo de orfebrería en el que Punto desempeñaría el papel fundamental.

Mi abuelo va de un lado para otro por el salón sorteando los barreños y los botes de pintura, como si estuviera encima de un escenario. Se entusiasma, ya cree en el plan.

—Paramos su coche, él se baja y ahí, catapum, lo agarramos y nos lo llevamos. Lo hacemos desaparecer en cuestión de segundos.

—¿Y dónde lo metemos?

—En el maletero del 404.

Un maletero grande tenía que servir para algo algún día. Pero un golpe como ese no se improvisa, hay que ensayarlo.

—Vamos, Coco, mañana mismo nos ponemos a ello. —Luego hizo el gesto de coserse los labios—. Pero tú ni mu. No vayas a cagarla.

¡Oh, sí, me sujeto la lengua, con lazo! Está bien amarrada, como los asados que compra mi madre los domingos, que los atan como para impedirles escapar. Oficialmente, voy a casa de mi abuelo para seguir con la obra y por la noche, cuando mis padres me preguntan por los avances, respondo evasivamente que si enlucido para alisar, que si sellante, que si lijado con lija de grano grueso, que si realzado y encolado. Les enseño las manos, que Napoléon me ha untado con pintura antes de volver. Me da un poco de vergüenza mentir, pero Napoléon parece darle tanta importancia a su gran



golpe que no podría traicionarle nunca.

En realidad, Napoléon me lleva a un antiguo camino de sirga de lo más tranquilo, en las afueras de la ciudad, a orillas de un canal en el que hay unas cuantas barcazas más o menos abandonadas. Según él, sin duda el coche del presentador cogerá la nacional, que corta el camino en el que el 404 está aparcado con disimulo.

—Viene del sur —declara Napoléon— y se dirige al norte en dirección al gimnasio. No será tan gilipollas de pasar por otro lado.

Por eso me gusta mi abuelo. Porque no pierde el tiempo discutiendo. Tres días para ensayar.

—Lo tengo todo previsto. Al milímetro.

Mete los brazos en un saco grande de pienso, palmotea, da puntapiés, dispersa el pienso por el borde de la carretera, hasta donde Punto tiene que aprender a hacerse el muerto.

—Un poco de salsa de tomate y listo —me explica Napoléon—. Aquí Fulano saldrá de su coche.

—¿Estás seguro?

—Al cien por cien. Un día dijo que tenía perro. Y que le gustaban mucho los perros.

Pues sí, he ahí una buena razón. Napoléon se da cuenta de que vacilo un poco.

—Aunque, si dudas de mi mando y de mi estrategia...

—¡Solo preguntaba!

Reflexionó mirando hacia arriba y dándose unos toquecitos en el mentón con el dedo índice.

—Fue el diecisiete de enero de 1979, en Valenciennes, cuando habló de su perro.

—¡Tienes una memoria de elefante!

Durante tres días hago el papel de presentador saliendo de su coche para socorrer a Punto, que ahora está tendido en la cuneta, muy obediente. Con la lengua asomándole por la boca, finge a la perfección estar muerto.

Napoléon se me acerca por la espalda y me agarra, tapándome la boca con la mano. Yo hago como si tratara de soltarme. Y en menos de lo que canta un gallo, me veo dentro del maletero. Napoléon para el cronómetro y anuncia:

—En diecisiete segundos lo tenemos dentro del maletero. Niquelado.

Luego da una palmada en la chapa de su coche.

—De primera, este 404.

Hay un punto inquietante en esos días en que ayudo a mi abuelo a preparar su gran golpe. Tengo la sensación de que camina por la cuerda floja sin red, pero nos reímos, nos lo pasamos bien. Organizar el secuestro de Fulano se convierte en el mejor juego del mundo.

A mediodía, Napoléon abre una lata de sardinas. Le lanza una a Punto, que la atrapa al vuelo, y abre las otras dos con la hoja de su navaja para ponerlas en una rebanada de pan. La miga embebe el aceite y este chorrea sobre nuestros muslos, pero nos tronchamos de risa.

—Abuelo, a Fulano lo metemos en el maletero, ¿correcto?

—Correcto.

—Bueno, y después ¿qué hacemos con él?

Sonríe con la expresión sabia de quien lo tiene todo previsto.

—Oye, oye, no he dejado nada al azar, ya te lo he dicho, Coco. Está todo calculado.

Con el dedo índice, Napoléon señala una de las barcas amarradas a lo largo del canal.

—¿Ves esa barcaza? Lo metemos en ella.

—Pero se va a escapar.

—Me extrañaría. A no ser que le guste el agua fría, porque habré soltado las amarras.

La carcajada lo sacude de tal manera que se le cae la sardina.

—Ejem, ¿quieres decir que...?

—Eso es. Asombrado, ¿eh? Yo me largo. Oh, pero no por mucho tiempo. Unas semanas, lo justo para tomar el aire. ¡Eso le parará los pies al pichafloja! Si quiere atraparme, ya puede echar a correr. ¿Por qué me miras así?

—¿Sabes conducir una barcaza?

Él se encoge de hombros.

—¡Bah! ¡Minucias! No debe de ser más complicado que un coche.

—¿Y adónde irás con Fulano en tu barcaza?

—A Venecia. Así se olvida un poco de su radio. Por fin verá otra cosa que gradas de polideportivos o las letrinas de los salones de actos donde nunca hay papel de váter. ¡El aire libre! ¡La gran vida! Solo espero que no me haga demasiadas preguntas.

Una sonrisa aflora a mis labios. La imaginación se me dispara, veo la barcaza de Napoléon por el Gran Canal, oigo al presentador que le avasalla con preguntas verdes, rojas, azules. Un gran golpe, en eso tiene razón. Una

campanada que pasará a la historia. Me encanta cuando se cree más fuerte que nadie.

Mira su reloj.

—Por cierto, hablando de Fulano...

Napoléon sintoniza la radio del coche. La voz del presentador, borrosa y lejana al principio, se torna nítida. Las preguntas se encadenan, blandas como el malvavisco. A lo mejor es verdad que nos espera.

—Paciencia, amiguito —dice Napoléon—, dentro de nada darás esa campanada. ¡Ya vamos!

Y vamos, efectivamente. Ese miércoles, Napoléon, fresco como una rosa, lanza una última ojeada a su casa. Yo, que he dormido mal, tengo los párpados un poco pegados. La impaciencia se mezcla con una ligera angustia, me pregunto si he hecho bien en retener mi lengua. Pero la confianza inquebrantable de Napoléon borra todo eso de un plumazo.

—¡La recta final, Coco!

Vamos por el camino de sirga con el 404, cargado con una reserva de pienso y un montón de ketchup. Punto, detrás, parece una estrella de cine. Napoléon echa el freno de mano, da unos toques en el relojito del 404 para verificar que funciona.

—El plan va sobre ruedas —dice exultante—. Media hora de adelanto.

Damos una vuelta juntos alrededor del coche. Él comprueba los neumáticos dándoles una patada. Yo le copio. Él se para delante del maletero cogiéndose la barbilla.

—Me pregunto una cosa, Coco. Una tontería, pero en fin... ¿Cuánto crees que medirá Fulano?

—No lo sé. La radio no ayuda mucho a hacerse una idea.

—¿Te imaginas la risa si resulta que es demasiado grande y tenemos que dejarlo con los pinreles asomando? Hay que comprobarlo.

Dicho y hecho: abre el maletero.

—Me voy a meter aquí, Coco. Lo vamos a ver ahora mismo. Rápido, hay que darse prisa.

Y se sube al maletero. Colocado en diagonal, cabe justito.

—Cierra, Coco, solo para ver cómo se está aquí dentro.

Clac. Silencio. Nada de nada. Transcurren muchos segundos.

—¿Abuelo? ¿Sigues ahí?

—¿Y dónde quieres que esté? ¿Bailando el jerk por ahí? Ábreme.

Sonrío. Punto me mira. Y yo digo:

—Imposible. Tienes tú las llaves.

Al cabo de unos instantes, mi abuelo suelta sin más:

—Me cago en la madre que me parió.

Después de darle vueltas al asunto, se crispa, forcejea, patatea, da puñetazos al maletero. No sirve de nada, está atrapado.

—¡Se nos va a escapar! —grita—, ¡se nos va a escapar! ¡Estábamos a nada de la jugada maestra!

El coche se bambolea. Los amortiguadores chirrían. Los minutos pasan. Un cuarto de hora. Media hora.

—Estaba todo calculado al milímetro —se lamenta—. ¡Ahora se ha ido al carajo! ¡Campanada de los huevos!

—¡Vamos a tener que pedir ayuda! —digo—. Papá debe de tener copia de las llaves.

—Jamás. ¿Me oyes? ¡Ja-más!

—Pero tendrás que comer algo.

—Tengo pienso de sobra.

De todas formas, es imposible que nos quedemos así. En primer lugar, los ciclistas y los paseantes empiezan a extrañarse de ver a un crío de diez años hablando con el maletero de un Peugeot 404, y además Napoléon se pone a toser, a bramar, a ahogarse.

Y que yo tengo hambre, sed, miedo.

—Me han entrado ganas de mear —dice Napoléon finalmente.

Al cabo de una horita, el premio gordo: dos gendarmes han detenido su vehículo en la cuneta y sus siluetas uniformadas se recortan al final del camino. Enseguida, Punto se tumba de lado y se hace el muerto.

Yo informo a mi abuelo, al que le entra un ataque de risa nerviosa.

—¿Por qué te tronchas de risa?

—Por todo.

—¿Por todo qué?

Entre dos hipidos, logra decir:

—Si quieren encerrarme, ¡ya está hecho!

Los dos gendarmes piensan que mi abuelo y yo jugamos a unas cosas muy raras y que será mejor que les dé el número de mi padre. Eso, o al cuartelillo.

Mi padre se presenta unos minutos después, agita en el aire la copia de las llaves y habla con los gendarmes, que se aplacan poco a poco. Uno de ellos dice al final:

—¡Ah! A mí también me pasa, mi padre se está haciendo viejo.

Mi padre gira la llave en la cerradura del maletero. Pero este se niega a abrirse. No cabe duda, Napoléon está bloqueándolo desde dentro.

—Sal ahora mismo —ordena mi padre.

—Ni hablar —responde Napoléon a voces—. ¿No tienes que trabajar?

—Pues sí, un montón, pero no me iré de aquí hasta que hayas salido de ahí.

—Ya puedes marcharte, te digo.

—¡No me lo puedo creer! —vocifera mi padre—. ¿Lo dejo todo para venir a rescatarte y lo único que se te ocurre decirme es que ya puedo marcharme?

Mi abuelo suelta una carcajada.

—¿Rescatarme? ¿Me tomas el pelo?

—Exacto, rescatarte. Perdona, pero te has metido en un buen lío.

—Me las estaba arreglando muy bien sin ti. Estábamos jugando, nada más.

—¿Y a qué jugabais los dos aquí? ¿Eh? Si no es indiscreción.

—¡Al escondite!

—¿Al escondite? ¿En un maletero, a orillas del canal?

Mientras tanto, Punto, al ver toda esa agitación, se había vuelto a tumbar de lado.

—¿Y tu perro también está jugando? —pregunta mi padre.

Entonces pega un puñetazo en la chapa del maletero, que se hunde ligeramente.

—Pero ¿qué edad tienes, papá? —grita.

—¡La edad de mear más lejos que tú! —responde Napoléon.

Al día siguiente, se limitó a quitar de la nevera la fotografía del Gran Canal.

—No vamos a dejar que nos hundan, Coco. A quién le importa Venecia. Por lo visto, huele que apesta.

Contempló la foto y con una mano hizo una pelota con ella y la lanzó a la basura. Luego agarró unos alicates y se puso a abrir una lata enorme de pintura.

—Y encima, ya ves —dijo—, Fulano no es más que una voz.

Aunque se hubiese frustrado, aquella aventura había tenido su lado positivo. Napoléon redescubrió su casa como si volviese de un largo viaje. Nos esperaba la obra, las brochas tendían hacia nosotros sus cerdas y los rodillos no pedían otra cosa que rodar.

Una vez abierta la lata de pintura, removi6 el contenido con ayuda de un palo.

—Todo esto demuestra una cosa, Coco. Que hay que desconfiar de todo y no bajar la guardia jamás. Un momento de distracción y la has fastidiado. ¡Jamás dejes que te encierren!

Luego me pasó por la cara una brocha grande.

—¡Que me haces cosquillas en los ojos!

A través de mis párpados entornados veía a Napoléon riéndose de su propia gracia. Mientras me divertía de esta manera, decidí que esos segundos perdurarían por siempre en mi recuerdo.

—Y no racanees —dijo—, sé generoso, pon una buena capa: ¡paga la

banca! Vamos a dar unas cuantas manos, con mucho cuidado. Tenemos tiempo. Que no nos han puesto un petardo en el culo. Y así después no habrá que volver a pintar hasta dentro de cinco años por lo menos.

—O diez, incluso.

—Eso, diez años.

De toda aquella aventura solo le quedó una vaga cicatriz, un pellizco en el corazón del que no hablaba nunca pero que, me daba cuenta, se hacía más presente a la hora del concurso. El transistor estuvo callado unos cuantos días. Al final de la mañana, como movido por una atracción irresistible, Napoléon se ponía a dar vueltas por la cocina, acercaba la mano para encender la radio, pero la retiraba al instante como si fuera a quemarse.

—¡A la mierda!

E incluso después, cuando volvió a escuchar con regularidad su programa favorito, lo hacía con una bruma en la mirada, como si estuviese navegando imaginariamente por el Gran Canal de Venecia.

Entre brochazo y brochazo Napoléon nunca se quedaba callado mucho rato. Disfrutaba contándome por milésima vez cómo se había hecho *taximan*. Había tenido que intervenir el azar.

—Un día, estaba yo volviendo del gimnasio Wagram, donde habían tumbado a Villemain. Era muy tarde, las dos de la madrugada por lo menos. Llegué a un semáforo en rojo. No me apetecía volver a casa, sabes... Y entonces, pum, una señorita me da unos golpecitos en el cristal y me pregunta si estoy libre. Jovencita, muy mona. Yo le digo que sí. ¿Qué? Era libre como el viento. Y, hale, coge y abre la puerta de atrás. Se llamaba Joséphine.

Napoléon había considerado aquello como una señal del destino. Su segunda vida sería la de *taximan* casado.

—Cuando quieres cambiar de vida, no merece la pena devanarse los sesos durante siglos. Metí mis guantes en la guantera y *avanti!* ¡La gente que he llevado, Coco! No te haces idea. Ricos, pobres, parlanchines, mudos, jóvenes, viejos, tristes, alegres. Simpáticos, tocapelotas de manual. Y cabrones. Toda clase de cabrones.

Lo que le gustaba, sobre todo, era que los pasajeros le hiciesen confidencias que no podían contarle a nadie más, porque de esta forma tenía la sensación de conocerlos mejor que nadie.

—He llevado a hombres que acababan de ser padres, o que ingresaban en el hospital, o que se marchaban de viaje a la otra punta del planeta para huir de la justicia. Unos se reían, otros lloraban.



Al principio los viajeros lo reconocían. Lo habían visto boxear aquí y allá. O recordaban su foto en los periódicos. Él les firmaba un autógrafo. Le preguntaban por su extraña derrota ante Rocky.

Echaba un poco de menos el mundo del boxeo, pero consideraba que la desaparición de Rocky era una señal. Él también debía colgar los guantes. Y ese día, entre los efluvios de la pintura, añadió:

—Un día lo entenderás, Coco. A Rocky le debo las mayores alegrías de mi vida.

¿De qué alegrías hablaba? Había adoptado ese tono de voz que no permitía hacer más preguntas.

—Qué serios estamos —dijo—. Pon algo de música, Coco, para animarnos. Es importante trabajar con alegría y buen humor. Sobre todo cuando se inicia una vida nueva.

Encendí el transistor y la voz de Claude François brotó en medio de los botes de pintura.

*Je suis dans ta vie  
Je suis dans tes bras*

Napoléon se puso a canturrear mientras daba brochazos siguiendo el compás. Cada quince segundos metía la brocha en el bote gigante contoneándose ligeramente. Algo andaba tramando. Y de pronto lo hizo. Giró sobre su eje y se plantó en el suelo, abriendo las piernas, y entonces dibujó por toda la habitación una serie de espirales con la brocha. Echó la cabeza hacia atrás y se lanzó a hacer con las manos toda clase de arabescos, levantó los brazos al cielo, agitó los codos como si quisiera alzar el vuelo. Levantó una pierna, flexionada, bailoteó con la otra, daba saltitos en el sitio, meneó el trasero y lo proyectó hacia atrás. Imitaba a las bailarinas de la canción. Era una linda *claudette* velluda con un torso igual de grácil que un hipopótamo.

—¡Mira, Coco, mira!

Movía los hombros de delante atrás, levantaba la barbilla, avanzaba, retrocedía y terminaba con un remolino en el sitio.

*J'ai plus d'appétit  
Qu'un barracuda*

—*Barracuda...* —cantó a coro Napoléon abriendo mucho la boca y

siguiendo con la mirada la curva imaginaria del sol.

Yo estaba mudo de admiración. Todo músculos, seco como un insecto enorme, revoloteaba, taconeaba, entrelazaba las manos en la espalda para después desplegarlas en el aire.

—¡Bailas genial! ¿Dónde aprendiste eso?

—¡En Broadway! —Se tomó unos segundos para subirse los vaqueros hasta el ombligo y añadió—: Espera al estribillo, ¡esto no es nada!

El estribillo llegó en el tobogán de las pirámides y Napoléon levantó los brazos para mecerlos de derecha a izquierda, como diciendo adiós, con la melodía eterna de las sirenas de Alejandría de fondo.

—¡Uouououo! —repetía haciendo eco.

—¡Se te da genial, abuelo! —grité yo, y me eché a reír—. ¡Eres la famosa barracuda! Eres el número uno, el emperador, y nadie podrá nunca contigo.

En ese momento, como le contaría a Alexandre unas horas después, realmente tenía la sensación de hallarme ante un ser eterno. Un ser que siempre estaría a mi lado. Alguien con quien echaría pulsos toda mi vida. Napoléon formaba parte de esos seres cuya ausencia era imposible de imaginar.

De pronto, me quedé de piedra:

—¡Espera! —grité—. ¡Cuid...!

Demasiado tarde. Completamente enfrascado en sus piruetas cada vez más arriesgadas, Napoléon había puesto el pie sobre una tira de papel embadurnada con una mezcla de cola húmeda y pintura. Derrapó como si estuviese en una pista de patinaje y terminó estampándose contra los muebles que habíamos dejado apilados en el centro del salón.

Claude François, imperturbable, seguía cantando a voz en cuello:

*Ce soir j'ai de la fièvre et toi tu meurs de froid*

*Ce soir je dans', je dans', je danse dans tes draps.*<sup>[1]</sup>

Pero el abuelo, en cambio, gesticulaba tendido bocarriba como una cucaracha que no puede ponerse del derecho. Yo solté una carcajada, pero al instante me di cuenta de que esa risa sin timbre resonaba de un modo lúgubre en el salón.

—¿Estás bien, abuelo?

—No me llames así.

Como el árbitro que cuenta en el ring, me puse a recitar:

—Uno... Dos...

—Para, muchacho, soy yo el que tiene que contar.

—¿Qué?

—Mis huesos. Tengo la impresión de que me he quedado sin la mitad.  
¿Por fuera se me ve entero?

—Sí, creo.

«Barracuda...», vociferaba aún Cloclo.

—¿Quieres cerrarle el pico a ese cabronazo de Cloclo? Nos está tocando ya las narices con su barracuda.

Volvió a reinar el silencio. El abuelo parecía encontrarse mal. Apretaba los dientes y se le escapaban gemiditos lastimosos.

—Espera, Coco, ayúdame a levantarme. No permitas que se caiga tu emperador. Está atravesando un momento difícil. El enemigo nos ha cogido por sorpresa. Ya ves, un instante de distracción y...

—Nos tomaremos la revancha.

—Tienes razón, no caigamos en el pesimismo. Que no somos unos pichaflojas.

Traté de auparlo pero pesaba demasiado y me daba miedo que se rompiera en mil pedazos. En el suelo parecía diminuto, apenas un poco más grande que un niño.

—Tira del bote de pintura. Me gustaría recuperar mi pinrel.

Con todo el lío, no me había dado cuenta de que, en su intento por no perder el equilibrio, había metido el pie en el bote de pintura y se le había quedado encajado. Agarré el bote con las dos manos para tirar con todas mis fuerzas, pero no hubo manera, arrastraba a Napoleón entero.

—Bueno, Coco, ¿qué se hace en situaciones como estas?

—Normalmente, mi emperador, se recurre a los aliados.

Por su mirada y sus cejas fruncidas, comprendí que estaba tratando de pensar en todos los que podían acudir en su ayuda. Pero la corte estaba vacía. Todos sus compañeros se habían ido. Al final, dijo avergonzado:

—¿Él? ¿Tú crees? ¿El pichafloja?

—No se me ocurren muchas más opciones.

—¿Tú me ves pidiéndole socorro? ¿Yo?

Una luz siniestra bañaba la casa. Tal como estaba, en obras, con las paredes medio embadurnadas de pintura y el suelo cubierto de papeles y trozos de escayola, parecía abandonada. Era como si Joséphine la hubiese dejado hacía siglos. El sol se ponía y unas sombras grandes recorrían la casa

como fantasmas.

—¿Qué hacemos, mi emperador? ¿Llamamos a papá? A veces conviene tragarse el orgullo.

—Tráeme un vaso de agua, será más útil y después lo veré todo más claro. Bebió un buen trago, pero la cosa no mejoró.

—¡Qué cabrón, el Cloclo ese! Ha sido culpa suya. ¡Me cago en la barracuda de los cojones!

Ahora estaba blanco como una sábana y la frente se le cubrió de una película de sudor.

—¿Te duele? —pregunté.

—Ni lo más mínimo. Sin embargo, creo que tengo la columna hecha trizas, Coco. Si ves una vértebra por ahí guárdala, que será mía.

Fingí mirar a mi alrededor y después me senté en un peldaño de la escalerita.

—¿Por qué no le quieres llamar?

—¿Al pichafloja? ¿Sigues con esas?

—¿Qué te costaría? Hemos caído en una emboscada y yo creo que vamos a necesitar refuerzos.

—Que no, que dentro de un cuarto de hora estoy en pie. ¡Y esta noche nos vamos a la bolera!

—Tengo una idea. Lo echamos a cara o cruz.

—Vale —dijo él—. Cruz, no le llamamos. Cara... ¡tampoco le llamamos!

Soltó una carcajada que se transformó casi al instante en refunfuño:

—Para que me deporte a una de esas residencias, todas equipadas... Sé muy bien que ha estado informándose... Ya lo conoces, se toma su tiempo, lo hace metódicamente. Y si no me ando con ojo, un día ¡zas! Me echará el guante. Sin comerlo ni beberlo, me veré en uno de esos cuarteles que tienen para viejos donde huele a pis. No tengo ninguna gana de estar con esos carcamales. Me quedaré aquí y me las apañaré yo solito. Yo solito con mi fiel ayudante de campo, hasta que... Hasta que...

—¿Hasta qué?

—Hasta que dejen de fastidiarme, ea. ¿Adónde vas?

—Al cuarto de baño, no te muevas.

—Vaya, ¡había pensado irme de marcha!

Cierro la puerta a nuestra época. Oigo la respiración entrecortada de Napoleón. Oigo los gritos del público. Los puños chocando con la carne. Hendiendo el aire. Las botas acariciando el suelo. Miro a Rocky a los ojos.

Lo conozco desde pequeño. Tengo la impresión de que me está diciendo algo. No creo que el combate esté amañado. Creo que Napoléon ha flaqueado. Pero Napoléon no puede flaquear. Napoléon pelea hasta el final. Napoléon no abandona. Napoléon es mi emperador y yo tampoco lo abandonaré jamás. Si me está mintiendo, sus razones tendrá. Yo le quiero, a él y su mentira. Me gustaría que Rocky me lo explicase.

—¡Ah, aquí estás! —exclamó Napoléon—, ya pensaba que te habías caído en el agujero. No sería de extrañar siendo un pispajo como tú.

Me puse en cuclillas cerca de él.

—¡Emperador, oh, mi emperador, no saldremos de esta solos! Es necesario pedir ayuda.

Me lanzó una mirada negra que me hizo un nudo en la garganta.

—Tengo miedo, abuelo —susurré—. Por ti.

Él sonrió con tanta ternura que creí que iba a echarme a llorar sin poder contenerme. Dijo entre dientes:

—Tienes razón, un buen soldado debe saber confesar cuando tiene miedo. Llámale. Pero procura preservar la dignidad de tu emperador. Nos batimos en retirada por el momento, nada más. No estoy pidiendo auxilio, yo no me bajo los pantalones, no estoy planteando una alianza.

—Claro que no. Es una alianza estratégica.

—Eso. No está mal, una alianza estratégica. Distraemos al adversario, lo envolvemos en humo. ¡Y regresaremos aún más fuertes! ¿Sabes quién era Joe Louis?

—No.

—Un americano. Ese era su truco. Hacía como si estuviera flaqueando para despistar al adversario.

—¡Pues nosotros vamos a hacer algo así!

—¡Sí! ¡Vamos a despistar al pichafloja!

Mi padre atendió la llamada de inmediato y no pareció sorprenderse.

—Voy para allá —dijo con un suspiro.

Como si estuviese esperando la llamada, vestido y con la llave del coche en la mano. Durante la media hora que tardaría en llegar, yo traté de averiguar por qué Napoléon y mi padre se habían distanciado tanto con el paso de los años. Supuse que mi emperador se negaría a contestarme, pero parecía en buena disposición, pese a las circunstancias:

—Quise hacer de él un hombre de bien, me habría gustado que se tomase las cosas en serio, pero tendrías que haberlo visto en el ring, era la monda... Se quedaba como un pasmarote, con los brazos extendidos a lo largo de los muslos, mirando a su alrededor... Todo el mundo se tronchaba de risa. ¡Menuda vergüenza pasaba yo!

—¿Querías que se pareciese a ti?

Él dudó unos segundos antes de responderme.

—No —dijo—, yo no quería que se pareciera a mí, pero tampoco que fuese tan diferente; solo le interesaban cosas raras, el cálculo, la química, la literatura. ¡Y los sellos! ¡Había sellos por todas partes! Y todos esos libros que se bebía, ¡por el amor de Dios! Yo no sabía que hubiese tantos libros. Mientras yo iba a echar el boleto de la hípica, había que dejarlo a él en la biblioteca, cómo no. Para que te hagas una idea. No era muy espabilado, no se peleaba nunca, pero, en cuanto tenía deberes, se tiraba de cabeza con un ahínco... Le llevaba a los combates de boxeo, pero él se quedaba frito al segundo *round*, y cuando se despertaba se ponía a lloriquear diciendo que llevaba retraso en geometría. Cualquiera habría dicho que había elaborado una lista de todas las cosas que podían darme gusto y hacerme sentir orgulloso, para hacer justo lo contrario. En el fondo, es culpa mía, Coco.

—¿Culpa tuya?

—Sí, se echó a perder. Debería haber vigilado más con quién iba, haber sido más autoritario. Por suerte, tú deberías resultar mejor que él, por lo visto este tipo de puñeta salta una generación.

El dolor le arrancó un lamento. Luego levantó una ceja:

—¿Qué has sacado en cálculo?

—¿En cálculo? Tres sobre veinte, abuelo.

Levantó un pulgar.

—¿Y en tu último dictado?

—¡Treinta y siete faltas, sin contar los acentos!

—¡Anda ya! ¡Te estás haciendo el chulo!

—¡Que no abuelo, te lo aseguro!

—¿Eres constante con los deberes?

—Sí, abuelo, superconstante: no los hago nunca.

—¿Y qué hay de los castigos?

—Media docena desde que empezó el curso.

—No está mal, pero lo puedes hacer mejor. ¿Te firman los cuadernos?

—Nunca, abuelo.

—¿Qué técnica empleas?

—Un calco en el que he copiado la firma de mamá.

Mis mentiras le divertían. ¿Se las creía? ¡Qué más daba!

—¡Eres mortal! —gritaba yo.

—¡No me digas! —refunfuñó él.

Se puso ceñudo.

—Mi emperador —dije yo—, cuéntame otra vez...

—Otra vez esa historia...

—Anda...

—Pero si te la he contado lo menos cincuenta veces... Bueno, venga... Pero que sea la última vez...

En cierta época, que yo no lograba determinar bien, mi padre tenía la costumbre de presentarse ante un nutrido público de profesionales. En sus conferencias se hablaba de cifras, porcentajes, curvas, inversiones...

—Esa clase de cosas, Coco, ¡nada del otro mundo! ¡Para llorar, incluso!

El abuelo le había regalado una bonita corbata negra por su cumpleaños y mi padre se había tomado el gesto como un intento de reconciliación.

—Gracias, papá —había dicho muy emocionado—, mañana mismo la estreno. Me la pondré para la conferencia.

—Ah, pues iré a oírte.

—¿De verdad, papá?

Sin duda, se sentía feliz de ver que Napoléon por fin se tomaba en serio su trabajo. Pero se trataba de una de esas corbatas de broma que, en la oscuridad, muestran una mujer desnuda fluorescente, mimosa como una sirena. Irónicamente, papá cosechó un gran éxito entre los numerosos banqueros y personalidades que habían ido a escucharlo. Se produjo un murmullo en la sala y a continuación una carcajada general. Y para todos pasó a ser el banquero de la corbata fluorescente.

Papá volvió a casa furioso como un toro bravo, dispuesto a hacerlo todo añicos.

—¡Esta vez sí que me has humillado! Se acabó.

—Humillado, siempre con palabras rimbombantes —había dicho Napoléon—. ¡Para una vez que haces reír a alguien!

Esta historia me provocaba una especie de desazón triste. Pese a ello, no podía evitar pedirle una y otra vez que me la contara. Me imaginaba la alegría de mi padre al pensar que su padre al fin se interesaba por su mundo, su vergüenza delante de su público y su decepción. Y se me encogía el corazón

por él.

Esta vez, quizá porque sentía que ese día marcaba el inicio de una etapa importante de nuestra vida, pregunté a mi emperador:

—Pero, en realidad, ¿por qué le gastaste esa broma?

—Tengo mis razones —me respondió él sin entrar en detalles—. Después de esa anécdota, tiré la toalla. Entendí que la cosa no tenía remedio, que lo había estropeado todo.

—¿Todo qué?

Creí que iba a echarse a llorar a lágrima viva. Un ruido de motor. Un portazo.

—Hale, ahí está —murmuró Napoleón—. Para verme tirado sí que se da prisa.

—¿Y entonces qué? ¿Qué pasó? —me preguntó Alexandre, exaltado a más no poder—. ¡Cuenta, hombre, cuenta!

—Lo acompañamos al hospital. No quería quedarse, ¡tendrías que haberlo oído vociferando por los pasillos! Decía a grito pelado que lo único que necesitaba era un par de aspirinas.

—¿Y es grave?

—Fractura de columna vertebral. Pero él no quiere ni oírlo, dice que es un lumbago y que es una artimaña de mi padre, que ha pagado a los médicos para que no le dejen salir.

—Y lo de tus deberes, tus notas, tus castigos, no es verdad, ¿no?

—No, no es verdad. Al contrario. A mí lo que me gusta es tachar de la agenda los deberes según los voy acabando. Pero cuando estoy con Napoleón, ¿sabes?, es como si fuese otro. Como si me pareciese a él. Me dan ganas de ser libre y de ir a la aventura. Tengo la sensación de que le sienta bien saber que me parezco a él, que eso le da esperanza.

—¿Y Punto?

—Punto está en mi casa. ¡No lo íbamos a dejar solo! Mi madre lo dibuja, dice que es un modelo muy paciente.

Él se paró, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta. Siempre llevaba la misma ropa: la misma chaqueta de pana, los mismos pantalones con la tela raída a la altura de las rodillas, las mismas zapatillas de deporte en las que el dibujo de las suelas se había borrado ya, y yo suponía que su familia no tendría mucho dinero.



—Lo has contado bien —me dijo—, toma otra canica.

Luego clavó la vista en el suelo. Cerca de sus viejas zapatillas se paseaba un bichito y lo cogió con dos dedos.

—Pobre —dijo Alexandre—, se resiste, está más solo que la una. Cualquiera lo puede aplastar en cualquier momento.

## *Carta de la abuela*

Hola grandullón:

Cariño, hace nada que me he ido y he decidido que te daría noticias de mí por escrito, por teléfono no es práctico, se le quedan a una mil cosas en el tintero y después de colgar siempre piensas, vaya, tendría que haberle dicho tal y tal y tal cosa, y escribiendo se pasa el rato, es verdad hay que escoger la palabras, ir a por el sello y el sobre y correr a echar la carta al buzón, casi es un deporte completo, pero por el contrario verás que tengo problemillas con la puntuación, mis puntos nunca están en su sitio, pero lo entenderás igualmente, y lo mismo las faltas, trata de no verlas He de decir que tengo tiempo, muchísimo tiempo, ya ni sé qué más hacer, si pudiera vender todo el tiempo que me sobra me haría millonaria, los primeros días no me di cuenta de que tendría todo este tiempo disponible, más bien era al revés, no tenía ni un minuto para mí, iba de acá para allá corriendo, había que montar la casa, organizar todos mis asuntillos, plantar cosas en el jardín y arrancar otras, ni siquiera tenía tiempo para pensar, ni en el pájaro de tu abuelo ni en vosotros ni en nadie, ni siquiera en mí.

Al cabo de una semana ya no había nada más que hacer, empezó a entrarme una pena tremenda, me levantaba con pena y con pena me acostaba y entre medias lloraba sin parar por culpa de los

recuerdos que son grandes enemigos cuando se está completamente sola, y grandes amigos cuando se es dos, lloraba tanto que creía que estaba lloviendo, entonces tuve que espabilar,

Tu abuelo sabes es un tipo al que una no olvida así como así chascando los dedos y ya está, cuando se ha vivido toda la vida con un huracán se hace raro cuando para, hay que comprobar los daños e iniciar las reparaciones, hay grietas por todas partes,

A pesar de que más bien es cansino y un viejo egoísta, es un tipo al que no puedes evitar querer toda tu vida, pero no hay que creérselo, yo sé muy bien lo que tiene en su cabeza escacharrada, y un día lo sabrás tú también.

Total que he husmeado, he intentado encontrar a mis amigas del pasado, casi todas se han ido no sé adónde, encontré 3 en el cementerio, nada práctico para charlar, al final solo me quedan 2 por esta zona, justamente las dos más agarradas de la tierra, las que peor me caían en el colegio, empecé a ir a tomar el té a su casa, una de ellas se tira pedos todo el rato, cada dos minutos te lo juro, no me aguantaba más la risa, y entre dos cuescos pone a caer de un burro al mundo entero, hombres, mujeres, viejos e incluso bestias, y la otra mientras tanto, suelta una especie de relincho cada 10 segundos para decir: «Yo me comería un guisito». Esa no piensa más que en zampar, entre el guisito y los pedos acabé hasta el moño, así que decidí no ir más.

A propósito de bestias, para entretenerme me he metido en las apuestas, relleno mi boleto cada mañana delante de un café con leche, espumoso, nunca pensé que haría esto un día, yo no sé nada, de caballos, lo rellené al tuntún, por el momento, no he obtenido resultados; ayer quise comprar un periódico especializado para estar informada, como por ejemplo las apuestas frente a los nulos, birlé uno del expositor, y una vez en casa quise estudiármelo, pero resulta que no era una revista de carreras para nada, no tenía nada que ver, era una publicación que alguien había debido de poner ahí por error y que contiene anuncios por palabras, esos anuncios para encontrar compañía, no un perro, no, un hombre, entonces quise devolverla, que yo lo que busco es un caballo, no un señor, pero tuve la mala suerte de leer el primer anuncio y luego el segundo y a media noche ahí seguía todavía. Viejos, jóvenes, bajitos, altos,

ricos pobres, de todo hay, y lo que dicen para que los adopten: soy así, soy asá, esto me gusta, aquello me disgusta, ni te imaginas, cuando metes las narices ya no las sacas, y te quedas como hipnotizado. Sale los martes. Y precisamente mañana es martes.

Te mando un beso enorme  
Tu abuela que te quiere

PD: Si ese pájaro de Napoléon te pregunta si tienes noticias mías, hazme el favor y dile que no, sé que un día volverá a llamarme pero preferiría que no sea dentro de un siglo si no vamos a tener gran cosa que contarnos

PD 2: me parece chic poner p.-d.

PD 3: Si te encuentras con el que inventó los puntos, sácale la lengua de mi parte.

La habitación de Napoléon estaba situada en la última planta del hospital. Por la ventana que no se abría se podía ver una vista panorámica. Unas vías de tren seguían la orilla del Sena, que extendía sus meandros entre colinas tapizadas de árboles. Más allá, en el horizonte brumoso, se adivinaban las pistas de un aeropuerto hacia las cuales desfilaban continuamente aviones que brillaban en el cielo.

Mi padre había pagado un suplemento para que Napoléon estuviese solo y enseguida había mandado conectar la televisión. Desde su llegada, le sugirió llamar a Joséphine.

—Si la avisas, ya puedes echar a correr a toda pastilla. Desde luego, no eres muy bueno en muchas cosas, pero para humillarme eres un as. En cuanto me notas disminuido, se te ocurren mil ideas. Menudo chacal.

Fui a verlo al día siguiente de su ingreso y, sin saludarme siquiera, me dijo:

—Cuando se trata de reducirme al silencio, tu padre siempre es el primero. Durante la guerra me habría entregado a la Gestapo, estoy seguro.

—¿Tú estuviste en la guerra?

—Ni mucho menos. Estaba en América cuando estalló, así que allí me quedé. No soy un loco. Me importaban un pito sus historietas. A mí me gustan las peleas, pero entre caballeros.

—¿Allí fue donde conociste a Rocky?

—Sí, cuando empezó la guerra. Entrenábamos en el mismo gimnasio.

Era tan menudo que se confundía con la sábana. Pero estaba muy guapo,

con su mata espesa de cabellos blancos. Volvió la cabeza hacia la ventana:

—¿Sabes, Coco?, cuando se ha vivido un poco, como yo, no digo cuando se es viejo, ¿eh?, sino cuando se alcanza, digamos, cierta madurez, muchas cosas te resultan extrañas.

Su brazo se estiró en dirección a la ventana, dando la impresión de elevarse de manera independiente, como accionado por un sistema de poleas oculto en el techo.

—Esos trenes que circulan sin cesar... Esas gabarras que pasan cada cinco minutos, esos aviones en fila india, y todo ese tráfico... ¡Por Dios!, de verdad que me pregunto por qué la gente se mueve así. ¿Qué es eso tan urgente que tienen que hacer? ¿Tú lo sabes, Coco?

—No.

Esta constatación lo puso melancólico. Cuando era *taximan* ya le gustaba observar a los pasajeros, imaginarse su vida y las razones de sus desplazamientos. Cada año, por mi cumpleaños, me llevaba en su taxi y encendía el leterrito.

—¿Está libre? —le acababa preguntando siempre alguien.

—Sí. ¿Y usted? —respondía él.

Esta pregunta sumía al pasajero en una estupefacción que tardaba un buen rato en disiparse. Durante la carrera, protegidos por el esperanto, intercambiábamos hipótesis sobre el cliente que acababa de subirse. ¿De dónde salía? ¿De casa de su amante? Y ese otro, ¿qué oficio tenía? ¿Enterrador? ¿Vendedor de paraguas? ¿Cómo saberlo?

El taxímetro estaba estropeado y no se movía del 0000, por lo que Napoléon cobraba unas tarifas totalmente caprichosas. Los clientes no rechistaban nunca. Yo me embolsaba la carrera.

—¡Por tu cumple!

Él alimentaba una especie de odio hacia ese taxímetro que ahora estaba escacharrado. Durante años, lo había puesto dócilmente a cero y el tic-tac le había vuelto loco. Tenía la sensación de que esa máquina idiota le contaba el tiempo.

—Un día le arreé con el zapato, tenías que haberlo visto, no dijo ni pío. No te dejes dominar nunca por los contadores. Cárgatelos todos. Si no, te comen la vida.

Lo único que lamentaba era no haber tenido nunca a Punto a su lado, en el asiento del acompañante. Además, en el hospital empezó a echar de menos a Punto.

—Así es la vida —le dijo mi padre—, no merece la pena que te cabrees, está prohibido traer perros de visita.

—*La senkojonulojn oni pli guste malpermesu!* (¡Lo que habría que prohibir es a los pichaflojas!)

—¿Qué dice? —preguntó mi padre.

—Oh, nada —respondí yo—, que no importa, solo eso.

Al día siguiente, para distraerlo de su melancolía, empecé a llevar a Napoléon los dibujos que mi madre había hecho de Punto. Posaba de perfil. Su mirada era irónica y daba la impresión de que se estaba aguantando la risa. Parecía que iba a ponerse a ladrar y sus bigotes a temblar.

—Menos mal que estás ahí, Coco. ¿Has visto?, se diría que Punto va a menear la cola. ¿Quieres que te lo diga? Tu padre no se la merece.

—¿A quién?

—A tu madre. Si yo hubiese tenido una hija, fíjate, me habría gustado que se le pareciera. Primero porque no habla mucho, cosa que es rara y digna de aprecio en una mujer. Y luego sus dibujos... No hacen falta palabras cuando se dibuja como ella. Además, siempre se habla de más. Ella lo sabe bien.

Pasaron unos días y dejó de ser suficiente con los dibujos, quería verlo.

—Aunque sea de lejos, te lo suplico. Solo te tengo a ti. Solo a ti. Eres mi único aliado.

Así pues, tomé la costumbre de llevar a Punto y pasearle por el aparcamiento. Alexandre Rawcziik me acompañaba. Un día, le hizo gracia ponerle a Punto su gorro, y creo que fue la primera vez que le oí soltar una carcajada. Una risa franca y clara que subió muy alto en el cielo.

Desde su cama, muy cerca de la ventana, Napoléon podía seguir las evoluciones de su perro. Punto se cansaba enseguida del paisaje soso del aparcamiento y acababa dejando una caca. Levantaba el hocico como si estuviese buscando la ventana de su amo. Luego miraba los aviones que descendían a lo lejos. Y si llegaba un coche, de pronto se tumbaba de lado.

Al cabo de diez días, lo sentaron en una silla de ruedas. La melancolía que lo habitaba desde que llegó dio paso a la rebeldía que constituía la base de su carácter. Daba vueltas por su habitación como un león enjaulado, quejándose por todo. Desde la comida hasta los programas de la tele, no dejaba títere con

cabeza:

—Coco, majo, ¡aquí huele a pis! Y al jefe de servicio le apesta el aliento que no es normal, lo nunca visto, casi es de premio. Cuando sonrío, te crees que se ha tirado un pedo. Debería apuntarse a un concurso. ¡Y luego los programas de la tele! Ya no tengo duda, me han enganchado a una cadena especial para que me muera de aburrimiento: ni una del Oeste, ni un combate de boxeo, ni un reportaje sobre bolos, ni un solo buga ni una chavala en cueros. ¡Menudo tostón! ¡No hablan más que de economía, de crisis, de la bolsa! ¡Tele de pichaflojas!

Según él, siguiendo instrucciones de mi padre, el servicio del hospital lo retenía por la fuerza:

—Van a acabar conmigo antes de tiempo, Coco —suspiró—. Además, ya han empezado. ¿Sabes qué? ¡Me han puesto a régimen!

—Qué cerdos —respondí yo.

—Nada de salchichas, figúrate. Y todo por un lumbago.

—Una fractura, abuelo, y de las vértebras, para colmo.

—Lo mismo da. Me quieren deportar por un dichoso lumbago, te lo digo yo... ¿Esto es cuidarme? ¡Y un cuerno! ¡Me tienen encerrado! Están ganando tiempo para encontrar una residencia de ancianos. Estoy seguro de que tiene una pila de folletos ordenados por precio. Si quisieran cuidarme, no me quitarían las salchichas.

Le pirraban las minisalchichas naranjas en ristra. Me guiñó un ojo zalamero.

—¿Tal vez tú puedas hacer algo?

—Prometido. Mientras tanto, tampoco es tan malo, hay que vivir con moderación.

—¿Tú crees que Rocky vivía con moderación? ¿Y que se bajaba del ring dejando que un vulgar lumbago lo tumbase? No, no, él peleaba hasta el final. Así, pim, pam, pim, pam.

Durante su ingreso hospitalario, comprendí que había conocido a Rocky mucho mejor de lo que había dado a entender hasta entonces. Incluso habían compartido habitación durante la guerra, cuando Napoleón se quedó bloqueado al otro lado del Atlántico. Dormían en literas. Era gracioso imaginárselos el uno encima del otro.

Los padres de Rocky habían llegado de Italia a América diez años antes de que naciera. Habían nacido en la miseria, habían vivido en la miseria y habían muerto en la miseria. Su única alegría había sido el nacimiento de su



hijo y su única victoria fue contra una neumonía que estuvo a punto de llevarse a Rocky con un año.

Napoléon pensaba que Rocky, para ganar, dirigía su energía inagotable tanto al recuerdo de la miseria de sus padres como a esa enfermedad que por poco acabó con él. Como si su vida no tuviese que ser otra cosa que una venganza interminable.

—Esa pobreza y esa enfermedad fueron lo que hicieron de él un Rocky. Su nombre auténtico era Roberto.

Y para resumir lo que lo unía a Rocky, un día murmuró:

—Todo lo que un boxeador puede darle a otro boxeador, ¿sabes?, Rocky me lo dio a mí.

No me atreví a preguntar qué quería decir con eso, pero yo opinaba lo mismo: todo lo que un abuelo le puede dar a su nieto Napoléon me lo daba a mí. Además, como si siguiese el curso de mis pensamientos, me dijo:

—Gracias, Coco, no sé lo que haría sin ti. No sé qué sería del imperio. Oye, encendamos el transistor, vamos a cultivarnos. Daño no va a hacernos, en cualquier caso.

La voz del presentador nos llegó nítidamente, límpida y relajante. Dentro de mil años, sin duda, la misma voz alentadora seguiría planteando las mismas preguntas. Yo observaba de reojo la reacción de Napoléon. Su sonrisa estaba un tanto desdibujada.

—«Pregunta azul. ¿Hasta qué edad vivió Victor Hugo?»

Oímos a los concursantes, que murmuraban sin lograr decidirse.

El presentador les sopló:

—«Vivió mucho tiempo, nuestro querido Victor Hugo...»

—«¡Setenta y cinco años!» —probó uno de los concursantes.

Napoléon no se pudo contener:

—¿A eso le llama vivir mucho tiempo ese merluzo?

—«Pues no, ochenta y tres años... Victor Hugo fue un señor muy viejo...»

El público aplaudió.

—Apágame eso —rugió Napoléon—. Muy viejo... ¡tonterías! ¡Si era un crío! Tendría mala salud. ¡A veces este Fulano se merece que le den de bofetadas! Qué bien le habría venido viajar. Empieza a oler a cerrado.

La puerta se abrió, empujada por una enfermera precedida por su carrito de utensilios médicos. Apósitos, compresas, termómetro.

—¡Hora de la cura! —pregonó la mujer.

—Curar, dice —farfulló Napoléon—. Querrá meterme otra vez un

supositorio.

Dirigió la silla de ruedas hacia el cuarto de aseo.

—¿Adónde va? —preguntó la enfermera.

—A mear. ¿También está prohibido?

En cuanto regresó, declaró en voz alta:

—Se lo advierto, mi ayudante de campo no se va de la habitación. Si tenía la intención de envenenarme a la chita callando, se le fastidió el plan.

La mujer se encogió de hombros y preparó unas píldoras de todos los colores que le ofreció con un vaso de agua y una sonrisa. Luego, aprovechando un momento de distracción, le coló el termómetro en la boca.

—Normalmente —me dijo en voz baja—, no se lo pongo en la boca, pero así al menos se callará unos minutos. Tu abuelo no para quieto, hace gala a su nombre.

Napoléon miró al cielo con gesto furioso. La cólera era buena señal.

Por fin la joven le quitó el termómetro y lo consultó:

—¡Cuarenta y un grados! Qué raro, si se le ve en plena forma.

—Me alegro de oírsele decir, señorita. —Luego, volviéndose hacia mí, añadió—: *Belas la flegistino, cu ne?* (No está mal la enfermera, ¿eh?)

—¿Qué dice? —preguntó la joven.

—Ah, nada, que es usted muy amable.

Mientras ella arreglaba la cama, Napoléon me hizo una seña para que me acercase.

—Dime, Coco, no veo bien. ¿Me puedes decir lo que pone ahí, mira, en la bata de la enfermera?

—¿En su bata?

—Sí, encima de la pera derecha.

—Pone «Geriatría», abuelo.

La mirada se le congeló de repente. Se habría dicho que tenía canicas en vez de ojos. Se puso pálido. La boca se le volvió fina y cortante.

—Me cago en la puta, ¿estás seguro?

Respondí que sí con la cabeza.

—Abuelo, ¿qué te pasa?

—No me llames así, no es el momento más oportuno.

Aviso de huracán. Sus ojos afilados como dos cuchillos estaban como enganchados a la bata de la enfermera.

—¡Señorita! —bramó.

—¿Sí, señor? —La joven se sobresaltó.

—¿Qué es lo que lleva ahí escrito?

Su dedo se apoyó en la bata de la enfermera, que hizo el amago de echarse para atrás.

—¿Aquí?

—Sí, ahí. ¿Está sorda, además?

Me pregunté si Napoléon no estaba perdiendo un poco los estribos. La desconcertada joven estaba tardando en responder.

—Sigo esperando —insistió Napoléon—. No hago otra cosa, por cierto. Pero se lo advierto, mi paciencia no es infinita.

—¿Aquí? Pues fíjese, aquí dice «Geriatría».

Mi abuelo se cruzó de brazos. Se había puesto ceñudo.

—Ya sé leer. Gracias.

—¡Es mi servicio! Yo trabajo en geriatría, así que aquí pone «Geriatría».

Lo decía como disculpándose.

—Ah, muy bien. Entonces, señorita, hágame el favor de traerme un diccionario.

—¿Un diccionario? Ah, ya veo, para el programa de juegos y letras. ¿La final es en diferido?

—No, señorita, para el programa en directo «Dejo de burlarme de la gente o la cosa acabará mal».

Sin saber qué era lo que le había molestado, salió.

—Tú lo entiendes —dijo Napoléon—, no es contra ella, pero es preciso puntualizar ciertas cosas. Y dejarlas claras. Inmediatamente. Después todo irá mejor.

Diez minutos más tarde, la enfermera le daba a Napoléon su diccionario.

—Se lo he pedido prestado a su vecino, que lo usa para el juego de la palabra más larga.

Napoléon me lanzó una mirada furtiva:

—*Alkrocu vin, Bubo, forte skuigos.* (Agárrate, Coco, que vienen curvas.)

Después impulsó la silla de ruedas para colocarse muy cerca de la enfermera.

—No me cuente su vida, señorita, ni la de mis vecinos, me la trae al fresco, y busque usted misma «geriatría».

Ella pasó las páginas dejando asomar entre los labios una puntita de lengua rosa.

—Geriatría... Geriatría... ¡Aquí está!

—Lea. ¡A no ser que no sepa hacer ni eso!

—A ver... «Rama de la medicina que se ocupa de las personas de edad avanzada.»

Ella levantó la nariz y sonrió ingenuamente.

—Ya ve, viene del griego. Ji, ji. Sorprendente, ¿eh? Es una locura las cosas que se aprenden en un diccionario. ¿Está satisfecho?

Napoléon clavó las uñas en los brazos de la silla. Unas venas azules gordas le surcaban las sienes.

—¿Quiere saber de verdad lo que me dejaría satisfecho? Pues mire, me cago en todo, sería... sería saber qué coño pinto yo en este servicio para viejos.

La enfermera ya no sabía qué hacer ante este pirata de casi ochenta y seis años que amenazaba con mandarlo todo a pique y que seguía vociferando:

—¡Sí, señorita, quisiera saber qué coño pinto yo con viejos chochos! No le estoy pidiendo la luna, ¡solo que reconozca su error! ¡ESO ES TODO!

La enfermera salió de la habitación a zancadas. Al otro lado de la ventana, el sol del atardecer besaba el paisaje anchuroso. Mi emperador parecía haberse olvidado de mí y, sentado en su silla de ruedas, daba puñetazos al aire. Se habría dicho que se estaba peleando con el sol que moría en las grandes llanuras imperiales.

Quince días después, el jefe de servicio convocó a mi padre. El médico estaba preocupado y no se anduvo con rodeos. Era mejor decir la verdad, y de golpe:

—Señor Bonheur, voy a ser claro: no podemos tener a su padre aquí más tiempo. ¡Todo el servicio está al límite y dentro de nada será a nosotros a quienes habrá que ingresar!

Entonces nos lo contó. Yo no perdí detalle.

Napoléon jugaba a los bolos en los pasillos con las bombonas de oxígeno, visitaba a los enfermos para proponerles echar un pulso, multiplicaba las alusiones soeces cuando las enfermeras entraban en su habitación y, desde hacía poco, las perseguía para tocarles el trasero.

—Y lo peor, mire usted, lo peor es que destroza cualquier objeto que se parezca a un taxímetro. Los pone a cero mientras grita «¡Cabrón!». Ayer saltaron los plomos, a saber por qué.

Lo cierto es que alrededor de Napoléon todo eran persecuciones a la carrera, carcajadas y grititos escandalizados.

—Ayer entró en la unidad de cirugía gritando: «Parece que aquí se lo están pasando en grande sin mí, ¿eh?».

—¿A ti te parece gracioso? —me preguntó papá cuando reparó en la sonrisa que yo no conseguía reprimir.

—En cualquier caso, hay que reconocer que como poco es... sorprendente —dijo mi madre riéndose en bajito.

Su mirada era divertida. Apoyó la mano en mi rodilla.

—Pues a mí me parece que no tiene ninguna gracia —declaró mi padre.

—Lo de las enfermeras —prosiguió el médico—, puedo entender que sea tentador. Yo mismo a veces tengo que contener... Esto, qué tonterías digo, disculpen, es el cansancio, seguramente. Pero lo de su manía de los bolos, ¡va a conseguir que saltemos todos por los aires! ¿Está seguro de que no hay ningún error en su fecha de nacimiento? Un error de diez o veinte años.

—Seguro —dijo mi padre.

—Porque, para su edad, es muy vigoroso. Anormalmente vigoroso. A partir de los ochenta años, sobre todo después de un problema así, que lo deja a uno clavado a una silla de ruedas, la gente empieza a dejarse ir, a pensar en el pasado, y pone en orden sus cosas. Pero él, ¿saben la última?

—N... n... no —balbució mi padre.

—Pues agárrese: está hablando de comprarse una moto.

A mi padre se le fue descolgando la mandíbula lentamente.

—¿Una moto?

—Exacto. Dice que, puestos a desplazarse sobre dos ruedas... Está dudando entre una de seiscientos cincuenta o una de ochocientos centímetros cúbicos. Que de menos de quinientos es de...

—¿Pichaflojas? —tanteó mi padre.

—Eso.

Total, que había que encontrar una solución. Napoléon era un incordio. Y fue en un restaurante chino de una zona comercial donde mis padres debatieron sobre el porvenir del emperador y su imperio.

—No hay muchas soluciones —dijo mi padre cogiendo un ravioli con los palillos chinos—. Yo ya tengo una, pero se lo va a tomar a mal.

—Te refieres a una residencia de...

—Sí, de...

Una mueca torció los labios de mi madre.

—Me cuesta imaginarlo allí. ¿Y tú te ves diciéndole: «Papá, tengo que darte una noticia: vas a ir a una residencia de an...»?

—Es verdad, no sigas, solo de pensarlo...

Los dedos de mi padre se crisparon, el ravioli resbaló entre los palillos y salió volando hasta zambullirse en el acuario, donde cayó al fondo dibujando una espiral. Un camarero indicó por gestos a mi padre que no estaba permitido dar de comer a los peces.

—Y bien que lo siento —continuó mi padre—, porque estaría muy bien allí... Mira al señor Branchu. Y a la señora Torpillon. Están estupendamente

en la residencia: atendidos, mimados. ¿Sabes?, esa residencia que hay justo enfrente del colegio... Es bonita, tranquila.

Mi madre le respondió con una sonrisa. «Bonita, tranquila...», eran palabras un tanto limitadas para mi abuelo.

Así pues, mi emperador tenía razón. Había adivinado la maniobra del enemigo.

—¡Era eso! —dije yo—. ¡Queréis deportarlo!

Mi padre se sobresaltó y se metió uno de los palillos por el agujero derecho de la nariz. Empezó a salirle sangre. Se pegó la servilleta a la nariz.

—¡Deportarlo, pero qué barbaridad! No queremos deportarlo, solo que esté bien atendido en un establecimiento especializado, con gente que se ocupe de él y lo entretenga. ¡Una movida que, dicho sea de paso, me va a costar un dineral!

Como para dar salida a la rabia, engulló un ravioli y se puso a masticarlo con frenesí, haciendo unos ruiditos un poco desagradables. De pronto, se detuvo en seco. Y mientras su servilleta seguía empapándose de sangre me observó con atención. Estuvo mirándome así, sin moverse, unos segundos. Luego me preguntó, repentinamente dulcificado:

—Léonard, ¿tú sabes lo que significa deportar a una persona?

Me miraba fijamente a los ojos y yo, como si tuviera un anzuelo enganchado, no lograba apartar mi mirada de la suya.

—Pues... en realidad...

Mi padre suspiró y después hizo una pelota con su servilleta. Cruzó una mirada avergonzada con mi madre.

—Deportar a una persona, cariño —dijo ella—, es obligarlo a abandonar su casa e incluso su pueblo para encerrarlo lejos.

—Ya ves —dijo mi padre—, ¡nada que ver!

—¿Y qué le pasa entonces? —pregunté yo.

—Pues que esa persona ya no tiene derecho a nada. Le quitan todas sus cosas. Se la llevan lejos, muy lejos de sus seres queridos y no vuelve a verlos nunca más.

En el lapso de un segundo, el rostro de Alexandre me pasó por la mente.

—¿Y por qué se hace eso? —seguí preguntando—. ¿Por qué?

¿Por qué? Mi madre me habló de la guerra y de unos trenes que, tiempo atrás, como metrónomos horribles, surcaban Europa cargados con todas esas personas a las que nadie volvía a ver.

Sus palabras se evaporaban en cuanto las decía y no retuve todo, pero me

pareció que la frase «Se la llevan lejos, muy lejos de sus seres queridos» se me quedaría grabada en la cabeza como si la hubiesen esculpido en mármol.

El camarero vino hacia nosotros pertrechado con un utensilio pequeño que pasó por encima del mantel para limpiarlo de migas.

—Qué práctico, ¿has visto, querida? —murmuró mi padre, divertido de repente.

Cuando el camarero se hubo marchado en pos de otras aventuras, mi madre se inclinó en dirección a mi padre:

—¿Y si nos lo llevásemos a casa unas semanas? —le propuso tímidamente.

—¿A nuestra casa? —preguntó mi padre arrugando la frente—. ¿Tú crees? Su mirada denotaba una mezcla de tentación y recelo.

—Hasta que se recupere —insistió mi madre—. A lo mejor así podrías acercarte a él, ¿eh, cariño?

—Pero si es él quien no quiere acercarse a mí. Aún no he superado el golpe de la corbata. Acercamientos como ese, no, gracias.

Se señaló la garganta. De pronto, en su semblante podía verse una expresión casi infantil.

—La verdad, creo que jamás me ha tenido aprecio. ¿Y qué le voy a hacer si nunca me gustó dar puñetazos, y menos aún que me partieran la nariz todos los fines de semana? —Se puso a mover los puños haciendo unos círculos penosos delante de sí—. Lo único que habría podido hacer que me quisiera es eso: pim, pam, hacerme boxeador. Y con ochenta y seis años eso no va a cambiar. Ni con cincuenta.

Mi madre apoyó una mano en la mano de mi padre y dijo simplemente:

—El tiempo no se puede recuperar. Napoleón no es eterno.



## *Carta de la abuela*

Hola grandullón:

Bueno, ¿por dónde iba? Ah, sí, la revista del martes, a mi sobrina que estaba de paso y que se volvió para Madrid para estudiar danés le pareció que me podría venir bien para animarme un poco, pero no había que fiarse según ella, que me dijo: «No sabes con quién te vas a encontrar, ¿y si es un bicho raro que te quiere cortar en lonchas, eh?».

Pero con tanto desconfiar, no lograba decidirme, y además había tantos que al final se parecían todos, es como cuando quieres comprarte un coche, nunca sabes si hay que elegir el modelo básico, fiable e irrompible, o el modelo con extras pero que es más frágil y caprichoso.

Al final escogí tres modelos diferentes que ordené por preferencia, como los caballos de las apuestas, escribí una carta a los tres (la misma, solo que cambiándole el nombre), la carta que le mandé al primero me vino devuelta con las palabras: «Ya no reside en la dirección indicada» escritas encima, la segunda, ni pío, directamente no respondió, pero me encontré la respuesta del tercero en el buzón una semana después.

Quedé con él, con este señor, estaba como un flan, no te haces una idea, me invitó a un chino, cenamos únicamente cosas

enrolladas y envueltas que ni te imaginas y al final nos trajeron unos rulos blancos humeantes, una especie de crepes, yo les hincé el diente, Édouard (es como se llama el señor) soltó una carcajada, no eran crepes sino servilletas húmedas. Para que se limpie las manitas, me dijo Édouard, no sabía que los chinos se limpiasen las manos en la mesa, él no paraba de reírse, y me dijo que le sentaba bien, que ya no recordaba lo que era reírse de esa manera, según dijo era señal de algo, sí, de que se estaba pitorreando de mí.

La parte positiva es que vi claramente que no tenía la intención de cortarme ni en lonchas ni en rebanadas, así que con este señor como Dios manda me di una vuelta y me contó que tuvo una ferretería cuando estaba en activo, cuando le dije que no era viuda como pensaba él sino que mi marido boxeador me había mandado a freír espárragos a sus 85 años para renovarse, primero creyó que le estaba tomando el pelo, viuda, menuda ocurrencia, no se me había ocurrido nunca. Lógicamente, con tu abuelo lleno de vida, no pensamos mucho en cosas así, a este señor le tengo que volver a ver la semana que viene, me va a llevar a un japonés, dice que antes vendía palillos a los asiáticos y les compraba cerillas, en fin, que con su estúpida historia de la viuda me ha metido en la cabeza ideas tristes y entonces empecé a tejerle un jersey a tu abuelo, sé que le quieres mucho así que cuida bien de él en su nueva vida, pero sobre todo no le digas que te he escrito porque le avergonzaría en su juventud recobrada, la juventud ya es frágil con 20 años, así que con 86 puede ser duro.

Tu abuela que piensa en ti

—¿A vuestra casa? —preguntó Napoléon con voz velada—. ¿He oído bien? ¿Empiezo a tener problemas de oído? ¿Ya? ¿A mi edad?

Mi padre estaba de pie delante de él, apoyado en la punta de los zapatos. Un tic que solía hacer cuando se sentía incómodo.

—Eso es, a nuestra casa.

—¿Y se os ha ocurrido a vosotros solitos? —preguntó Napoléon—. ¿O habéis sacado la idea de un paquete sorpresa?

—Hasta que vuelvas a estar en forma, vaya.

—Cuando necesite que te ocupes de mi forma, te lo haré saber. En cambio, si pudieses ocuparte de tu trasero...

De pronto, Napoléon miró fijamente el suelo. Sonrió.

—Ah, mira, ahora que lo pienso, quería decirte que... Hay una cosa que me ha molestado siempre de ti.

—¿Solo una?

—No, pero esta me molesta un poco más que las otras. Y es que llevas zapatos de punta cuadrada.

Mi padre se miró los pies. Con los brazos colgando a los lados, parecía un niño pequeño al que le hacen ver que ha olvidado atarse los cordones.

—No me digas que no, siempre te han encantado los zapatos de punta cuadrada. Pues a mí se me hace extraño tener un hijo que lleva zapatos cuadrados. Hala, ya lo he dicho. ¿Puedes responder una pregunta?

—Sí, creo —contestó mi padre un tanto desconcertado.

—¿Alguna vez le has dado un puntapié en el culo a alguien?

—Yo qué sé. Pero espera... ¿Por qué lo dices?

—Bueno, porque el que lo recibió tuvo que hacer cagarrutas cuadradas durante un tiempo.

Mi padre se quedó callado delante de Napoléon, que se retorció de risa. Luego se acercó a la ventana, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. Su cara se reflejaba vagamente en el vidrio y se mezclaba con el paisaje ondulante. Napoléon, que se había puesto serio, hizo chirriar los neumáticos de su silla de ruedas para ponerse a su lado y los dos siguieron con la mirada la trayectoria descendente de un avión. Sentado en la cama, los veía de espaldas: Napoléon hundido en su silla de ruedas y mi padre poniéndose de puntillas con sus zapatos cuadrados para intentar llegar a una altura imaginaria. De espaldas, parecían aún más diferentes entre sí que de frente.

—Qué raro, ¿eh? —murmuró Napoléon—, toda esa gente que circula sin parar.

—Sí, es verdad —respondió mi padre—. Raro.

Esos pocos segundos de complicidad suspendidos, estoy seguro de que mi madre habría sido capaz de captarlos al vuelo y traducir su extraña ternura con sus lápices de colores.

—Y tengo otra idea —añadió de pronto mi padre—. Una enfermera domés... Bueno, una señora de compañía...

Napoléon dejó que pasaran unos segundos, como si esperara a que un avión desapareciera entre las nubes, muy arriba en el cielo, y farfulló:

—¿Es guapa, la dama de compañía?

Las referencias de Irène eran de hormigón armado; formaba parte de algo así como una brigada especializada en vigilancia de personas conflictivas, ancianas en su mayoría, y practicaba varias artes marciales: el judo, el jiu-jitsu, el kárate, el taekwondo, el boxeo tailandés, el kravmagá, el kickboxing, y también el yoga. Así pues, era una experta en dominar al prójimo y a sí misma. Cosa que demostraba entrelazando los dedos por delante del vientre antes de cerrar los ojos y soltar un gruñido sostenido que duraba muchos segundos.

—Nadie ha conseguido hacerme perder la calma —dijo el día que nos visitó—. Ni siquiera los más contumaces. Los dejo rendidos. Conmigo

regresan al gran mar de la serenidad. Porque llevo dentro el espíritu del... ¡SHOGUN!

Tenía la cabeza hundida entre los hombros. Parecía un erizo cuando estaba de buen humor y un bulldog cuando enseñaba los dientes. Se le habría podido echar veinte años o cincuenta.

—De todos modos, no se fíe —le dijo mi padre—. ¡Se enfrenta a un peso pesado! Acuérdesse de que se llama Napoleón, ¡es una señal!

—Yo me encargo —declaró Irène.

—Solo le pedimos que le haga ver que, a los ochenta y seis años, la gente necesita ayuda y no puede seguir viviendo sola... Si fuese usted capaz de hacerle entender que es viejo, muy viejo, y no eterno...

Irène parecía muy tranquila. Mamá se había puesto en un rincón del salón y manejaba sus lápices con tanta rapidez que casi no se veían.

—Puede darlo por hecho —dijo Irène—. Está escrito en el gran rulo. Dentro de un mes será él quien les pedirá que lo lleven a una residencia de ancianos. Yo adopto una técnica ancestral de los shogunes japoneses: aísló, envuelvo y ¡asfixio!

—De todos modos, no se fíe. Él pega, golpea y ¡zurra!

—Y sobre todo —dijo ella clavando los ojos en los de mi padre—, sobre todo hipnotizo. Como la serpiente con su presa. Hmmmmmmmmm... ¡confíe!

—Es verdad, tiene usted una mirada extraña. Se siente uno como raro, como flojo.

—¿Lo ve? ¡Ya puede ir reservando plaza en la residencia! Pero recuerde: ¡ni una sola visita antes de que se lo indique yo! Porque con el espíritu del shogun, aísló, envuelvo y... asfixio. Así. —Y cerró los puños como apretándole el gaznate a una presa invisible.

Durante más de quince días no tuve noticias de mi abuelo. Cada vez que llamaba por teléfono, respondía Irène. Me dejaba hablar y luego se limitaba a replicar:

—Se lo diré.

Irène aislaba.

Su voz neutra no denotaba ningún sentimiento, ninguna emoción.

—Pero... ¿está bien?

—Vamos juntos por la senda.

—¿La senda?

—La senda del gran mar de la serenidad, el océano infinito de la sabiduría. ¡El ombligo del shogun brilla sobre nosotros!

A veces pasaba por delante de su casa y veía, detrás de las cortinas, la silueta borrosa de su silla de ruedas empujada por Irène. Me los imaginaba frente a frente, cada cual a un lado de una mesa.

Irène envolvía.

Llegó el horario de invierno. Tocó retrasar la hora en los relojes y la luz fue muriendo cada vez más temprano. Papá contaba los días en el calendario; cada día que pasaba le llenaba de esperanza y en la mesa del salón se acumulaban los folletos de residencias de ancianos.

—Cuando la shogun llegue al gran mar de no sé qué —dijo mi padre una tarde—, avisaremos a Joséphine. Y se irán los dos juntitos a una residencia agradable y bonita.

Irène asfixiaba.

La estación era fría, gris y triste. Echaba de menos a mi emperador. Y también Punto, del que Irène no había querido encargarse, sin duda para que el aislamiento fuese total y para que no mordiese a la shogun. También él estaba tristón, y acechaba desde la ventana el regreso de su amo. Al anoecer, se ponía a gemir como si entendiese que tendría que seguir esperando para volver a verlo. Y cada vez que oía el motor de un coche se hacía el muerto. A los grandes actores a veces les cuesta dejar las tablas.

A menudo sacaba a pasear a Punto en compañía de Alexandre. Y aunque en algún momento no tuve muy claro cuál de los tres estaba paseando a los otros dos, siempre tuve la sensación de que nos unía un lazo invisible. Éramos tres pobres soldados en retirada. Alexandre no se separaba nunca de su gorro, que se asemejaba más a un sombrero de carnaval o a un gorro de cosaco, que a un gorro de verdad.

En ocasiones, Alexandre desaparecía toda una tarde y nadie ocupaba su sitio en clase. ¿Dónde se metía? Nunca me explicaba estas ausencias. En virtud del acuerdo tácito que nos unía desde el principio, yo procuraba ocultar mi curiosidad, pero los demás no dudaban en acribillarlo a preguntas. Su silencio invariable desencadenaba a su alrededor aluviones de desprecio y desconfianza, y empezaron a circular los rumores más inverosímiles sobre él.

De cada una de sus escapadas volvía con un pequeño tesoro, que se

cuidaba mucho de mostrar a los demás pero que a mí me concedía el honor de enseñar: insignias delicadas de color rojo y dorado, cromos de futbolistas y chucherías por el estilo. Y una noche me permití elogiarlo:

—¡Qué llavero más chulo! —le dije—. Me encantaría tener uno igual. Qué suertudo.

—A lo mejor sí que lo soy —murmuró.

Comprendí que no diría nada más.

No lograba entender qué me atraía de Alexandre Rawcziik. ¿Su gorro increíble, que cuidaba como un tesoro? ¿El desamparo secreto que gritaban todos sus silencios? ¿Su curiosa pasión por los insectos? ¿O simplemente el interés que manifestaba por las aventuras de Napoléon? Las esperaba como el que espera los capítulos de un culebrón que no debe, que no puede terminar nunca. Me parecía que solo él podía entenderlas y que entre los dos podíamos protegerlas frente al olvido.

Porque, en efecto, yo no me cansaba de contarle los combates de antaño, el griterío del público, la soledad de los vestuarios y los enfrentamientos amañados. Le hacía viajar a las salas de entrenamiento de Brooklyn, lo introducía en los chanchullos de los boxeadores. Embellecía las historias, las adornaba, las decoraba. Me inventaba para él la vida de Napoléon con Rocky, de la época de su exilio en América. Bajábamos por Broadway detrás de ellos. Y le decía que no había que preocuparse, que Napoléon daría con el punto débil del shogun y volvería a nosotros más fuerte aún.

Y Alexandre sacaba siempre otra canica de su bolsita.

—Lo has contado muy bien, toma una canica.

Pasaba mucho más tiempo en casa. Un domingo por la tarde mi madre me enseñó escenitas de nuestra vida que había ido dibujando a lo largo de los años. Unas veces las dibujaba en directo; otras, dejaba correr su lápiz, que seguía la curva tan obstinada como indecisa del recuerdo.

—¿Te acuerdas de eso? —me preguntó.

El instante en que papá recibía la corbata que le había regalado Napoléon. En el papel, la sostenía con orgullo. Los ojos le brillaban como a un niño al abrir los regalos de Navidad. ¿Mamá había acentuado la alegría que lo inundaba?

—Y eso es al día siguiente, justo después de la conferencia. ¡Qué cambio!

Papá, furioso, sostenía en alto la corbata de mi abuelo, que se tronchaba de

risa. Casi podía oírse la rabia de mi padre y la risa alegre de mi emperador.

Pero al observar todos esos dibujos me di cuenta de una cosa que me dejó de piedra. Napoléon había envejecido. Su piel, primorosamente reflejada por mi madre, estaba arrugada, al igual que su rostro; los hombros, cuadrados en los primeros dibujos, se habían redondeado y sus ojos, sus ojos chispeantes y amenazadores, habían ido dulcificándose página a página. El tiempo congelado en la realidad discurría, fluido e indómito, sobre el papel. Si en carne y hueso me parecía que era eterno e invencible, en los dibujos se tornaba frágil y efímero.



A lo largo del puñado de semanas que transformaron el otoño en invierno, mi padre recibió cada sábado un informe meticuloso que Irène introducía en nuestro buzón.

Él iba ganando. Napoléon se acercaba suavemente a la orilla del gran mar de la serenidad. A mí me irritaba que saborease la victoria antes de tiempo.

—Esa mujer es alucinante. Por mucho que digan de la sabiduría oriental, de Lao Tse y todo ese rollo, no hay nada igual para que la gente entre en razón. Es verdad, ¿qué es eso de seguir luchando a los ochenta y seis años? A esa edad la gente ya no se pelea. La gente se vuelve sensata. Es ley de vida... Hala, se acabó la rebeldía.

Esas palabras me rondaban durante la noche como buitres. Soñaba con un bosque en el que los árboles se mecían sin razón: no había viento y, sin embargo, esos gigantes temblaban y luego caían, todos, con un silencio resignado, empujándose unos a otros como fichas de dominó. Y daba igual que Punto, Alexandre Rawcziik y yo nos tirásemos de un tronco a otro para tratar de sujetarlos con todas nuestras pobres fuerzas, porque no servía de nada, caían todos sin motivo aparente. Y al final solo quedaba una llanura tétrica y en el centro, a pie firme, un emperador solitario y melancólico que repasaba mentalmente su pasado.

Me despertaba con un sobresalto.

Sudando de miedo.

Un miércoles sonó el teléfono. Yo me había levantado hacía nada y mi madre estaba dibujando ya en su tallercito, como si no hubiese salido de allí en toda la noche. Descolgué.

—Desearía hablar con mi ayudante de campo.

Sentí que me temblaban las piernas. El corazón empezó a palpitarme tan fuerte que parecía que iba a estallarme el pecho.

—¿Mi emperador? —dije yo titubeando.

—El mismo. *L'arqueo disigis sed la imperio savigis!* (¡El ejército se ha dispersado pero el imperio está a salvo!)

—¿Has podido con ella?

—Sí, pero era una adversaria contumaz. Tuve que repetir con ella el golpe de la final contra Etchevaria. ¿Te acuerdas?

—¡Sí! ¡La táctica del fantasma!

—Exacto. Haces creer que ya no existes, te vuelves transparente y, justo cuando el otro cree que estás acabado, catapum, un torpedo en el último momento.

—Eres demasiado fuerte. ¿Entonces sigue la lucha?

—¡Y tanto! Si luchas es que estás vivo. Ven a buscarme, que necesito desentumecerme.

Me fui pitando a su casa.

—¿Dónde está? —le pregunté.

Napoléon, en su silla de ruedas, se puso como buenamente pudo su chaqueta negra y se encasquetó el gorro. Con un gesto estudiado del pie, levantó a *Born to Win* y se la puso en el regazo. Luego señaló con el mentón el final del pasillo.

—¿En el baño? —exclamé yo—. ¿La has encerrado en el baño?

—Sí. Lo sé, no es que sea una táctica defensiva de altos vuelos, las hay más finas, pero a veces para salvar el combate están permitidos todos los golpes. Hale, Coco, vámonos...

—¿La vas a dejar ahí?

—¡Le está bien empleado!

La mujer debió de oírnos porque empezó a gritar a voz en cuello desde el fondo del pasillo:

—¡«El sabio no humilla a su adversario», dijo Confucio!

Y mi abuelo soltó:

—¡El filósofo sabe adaptarse a los sitios pequeños!

Siguieron unos segundos de silencio.

—¿Lao Tse? —preguntó Irène, dubitativa.

—No, ¡Napoléon!

Conseguí auparlo sin demasiada dificultad al asiento delantero del Peugeot 404. Antes de arrancar, me preguntó:

—¿Y Punto, qué tal?

—Está vigilando la retaguardia.

—Bien, muy bien. El imperio está seguro con vosotros dos.

En la bolera, la entrada a bombo y platillo de Napoléon en su silla de ruedas fue como para dejar pasmado al personal, pero la gente se limitó a saludarle diciendo:

—¡Me alegro de volver a verlo, emperador! ¿La pista de siempre?

Pretendía ponerse sus zapatos elegantes. Yo vacilé. No, iba en serio. Sus pies en mis manos me parecieron minúsculos.

—Aprieta fuerte, Coco. ¡Haz un nudo doble en los cordones!

Ahora bastaría con adaptarse a la nueva situación. Me lo había explicado todo en el coche.

—¡Dale, campeón!

Empujo la silla de ruedas por el parquet. Él apenas se mueve del sitio. Las ruedas chirrían en la madera barnizada.

—¡Más deprisa! ¡Más fuerte, carajo!

Yo corro, me caigo, me raspo las rodillas, agarro de nuevo la silla. Salimos disparados a toda velocidad. Piso el freno con un pie y la silla derrapa.

—¡Corre, nena! —dijo Napoléon liberando a *Born to Win*.

Los bolos saltaron por los aires como la carcajada de mi abuelo. El mecanismo automático recolocó las piezas para volver a empezar. Clac, clac.

Entre dos *strikes*, fuimos a tomarnos una Coca-Cola a una de las mesitas bajas. A él le gustaba ese refresco que le recordaba a América.

—¡Estoy hasta la coronilla de este lumbago! —dijo.

—No te preocupes, abuelo, te recuperarás.

—¿Sabes lo que más me molesta? —preguntó.

Yo respondí que no con la cabeza mientras le daba un sorbo a la Coca-Cola.

—Que ahora eres casi tan alto como yo.

Le di un empujón cariñoso en el hombro y me puse al lado de la silla de ruedas.

—Más alto, dirás. ¡Mira!

—Eso es discutible. Te estás poniendo de puntillas, no cuenta. Y las ruedas están desinfladas. Viéndote así, me recuerdas a tu padre haciendo la bailarina de puntillas. En cambio, ejem...

Con el codo apoyado en la mesa, agitó los dedos para llamar a mi mano.

—¿Te rajas?

—Para nada.

Nuestras manos se entrelazan. Nuestros músculos se contraen. Palma contra palma para toda la eternidad. Nos sostenemos la mirada. Yo resisto. No, hago algo más que resistirme. Y me doy cuenta de que mi emperador no está de broma. Percibo un brillo de inquietud en su mirada que intenta hacer desaparecer con una sonrisa despreocupada. Él no puede más, mandíbulas crispadas, mientras que a mí aún me quedan recursos. Recursos de sobra. Me bastaría con hacer un esfuerquito más para vencerlo. Pero de repente me invade una tristeza inmensa. Esta vez me toca a mí fingir. Me dejo. Mi mano plancha la mesa, como de costumbre.

—Invencible —dije.

Hay una sensación de incomodidad entre él y yo.

—Júrame una cosita, Coco.

—Lo que quieras.

—Que nunca, jamás de los jamases, usarás zapatos de punta cuadrada.

A nuestro alrededor caían los bolos y los jugadores soltaban gritos de alegría. El abuelo se puso a sorber lo que quedaba en el fondo de su vaso con la pajita; arrugó una ceja y después adoptó una expresión relajada. A ambos lados de sus ojos, unas arañitas extendieron sus patas minúsculas.

—¿Sabes algo de tu abuela?

—Nada, abuelo.

—No me llames así. ¡Pues...!

Una camarera se acercó a recoger nuestros vasos. Napoléon se interrumpió en mitad de la frase.

—¡... ya le vale!

—¿Ya le vale? ¿Y lo dices tú?

—Pues sí, ¡mira que desaparecer así!

Me pregunté si me estaría tomando el pelo. Pero no, su expresión era seria. Paseó una mirada imperial por la sala y los jugadores que daban sus pasitos por la pista antes de lanzar la bola.

—¿La ves, Coco? —dijo Napoléon señalando la bola que sostenía en los brazos como si fuese una criatura.

—Sí. *Born to Win*.

—Bien, pues será para ti. Cuidarás de ella.

Dos días después, papá recibió la carta de la enfermera. Esperándose cualquier cosa menos una rendición sin condiciones, comenzó a leer en voz alta, confiando en la sabiduría del shogun.

—«Señor, puedo decirle que he conocido a decenas de ancianos, pero como su padre, francamente, no hay muchos... Un caso único... Por fortuna, porque si hubiese todo un ejército...»

Mi padre arrugó las cejas, se mordió los labios. Sus ojos inquietos recorrieron toda la carta. A continuación, su voz fue apagándose poco a poco y empezó a ponerse pálido como si estuviera quedándose sin sangre.

—«Y eso no era nada, porque al día siguiente, figúrese que se metió en mi cuarto y...»

Por poco no se desmayó; las piernas le flaquearon y tuvo que agarrarse a la mesa para no caerse. Mamá le abanicó con la sartén que tenía en la mano. En cualquier caso, hizo un esfuerzo para continuar con la lectura, con voz temblorosa. Mamá leía el escrito a la vez por encima de su hombro.

—«... Entonces, cuando me recuperé, le expliqué que los guantes de boxeo y el rock and roll eran lo opuesto de la filosofía del shogun. Lo sé, no debería haberlo hecho (entiéndame, estaba al límite y había olvidado la sabiduría), pero al final lo llamé “viejo chiflado”. Y entonces me dijo una cosa que me cuesta repetir, una cosa que me causó el mismo efecto que un puñetazo directo a mis entrañas... Me dijo...»

—¡Hay que tener cara! —resumió mi padre.

Para terminar, la especialista en casos difíciles anunciaba que se marchaba al sur, que no quería volver a tropezar con energúmenos del estilo de mi abuelo que se resistían a todo, por sistema. En su última frase, muy amable, aseguraba que no estaba enfadada con nadie más que con ella misma y simplemente lamentaba que Napoleón no hubiese sabido aprovechar la sabiduría del shogun. Le deseaba una vida larga y afirmaba que el shogun en su gran bondad se ocuparía de él, de todos modos. Pero de lejos.

Mi padre arrugó la carta y le dio un puntapié como un portero sacando el esférico.

—¡Volvemos a la casilla de salida! —murmuró—. Menos mal que Joséphine está lejos de aquí.

## *Carta de la abuela*

Hola grandullón:

Francamente, los japoneses son la repera, pero de un complicado que nunca lo habría imaginado, fíjate que el sábado Édouard me llevó a cenar a un restaurante japonés porque, como sabes, Asia le chifla, allí todos los platos acaban en i, nos sirvieron unos cachitos de pescado cuadrados, sin nada de nada, ni salsa ni crema; sin cubiertos además, así que, ya me conoces, pedí que lo devolvieran todo a la cocina porque no estaba hecho, ni sazonado ni nada, y pensé que a pesar de su imagen aseada y sonriente, se reían de la gente.

Édouard me explicó que se trataba de una gastronomía milenaria muy refinada a la que no te acostumbras de buenas a primeras sino que te la ibas ganando, yo le dije que vale pero no entendía ni jota, mil años para llegar al pescado crudo... Y si ahora hay que ganarse a la comida, voy a necesitar clases de recuperación, no sabía yo que era necesario sacarse un diploma para llenarse el buche.

Entre las servilletas calientes del otro día que parecían crepes y el pescado crudo de ayer, por no hablar de los palillos que tomé por mondadientes gigantes, me pregunto si este caballero no estará contándome milongas para hacerse el sabiondo; en mitad de la cena, Édouard me contó (le gusta mucho contar historias) que su

mujer se había ido hacía dos años por una cosa del pulmón, no me acuerdo del nombre, no sé qué me entró (a lo mejor el chisme ese verdísimo y picante que le ponen encima al pescado), le pregunté si había tenido un buen viaje, entonces se le llenaron los ojos de lágrimas y yo sin poder parar de reír, era de tontos pero cuanto más lo intentaba, menos lo conseguía, y cuanto menos lo conseguía, más se le arrugaba a él la cara, y verlo así tan arrugado me hacía reír más, para que me perdonara le di un beso en la mejilla, y él se puso colorado, y fue bonito. Nos quedamos callados un ratito, la verdad es que era incómodo, y al final dije que lo sentía aunque siendo sincera no lo sentía tanto, me di cuenta de que tú siempre sales de todos los aprietos diciendo que lo sientes (acuérdate de eso).

Hacia el final de la cena, me preguntó si me gustaban los juegos de mesa y eso me agradó, sobre todo porque con tu abuelo no he podido disfrutarlos, el bridge, el pinnacle o el whist como sabes no son santo de su devoción debido a su paciencia tan limitada y del Scrabble jamás quiso ni oír hablar, decía que era cosa de pichaflojas, un día para darme gusto me acompañó al centro de día y aquello acabó en escándalo porque montó un pollo por un quítame allá esas pajas.

Total que fue un punto a favor de Édouard, eso, lo de los juegos de mesa, tomamos un vaso de sake en un vaso que tenía un dibujo, y yo me puse como un tomate porque era de un hombre desnudo con un pito enorme, no dije nada porque no quería hacerme la remilgada, y entonces Édouard me preguntó: «¿Le gusta el go?».

¿Mande?, estuve a punto de decir, pero estaba hasta el moño de preguntarle todo el rato, me estaba convirtiendo en un signo de interrogación con patas, así que le dije que sí, en general es más sencillo decir que sí, dices que sí y en paz, acuérdate de eso también. «El go, el juego de go, un juego japonés, el ajedrez nipón, si lo prefiere, un día se lo explicaré, ya verá lo bien que lo vamos a pasar», me hablaba como si fuese imbécil de nacimiento y me pregunté quién se creía que era,

me ponía de los nervios con tanto tratarme de usted y sus aires de superioridad, sus aires de profe, ya ves lo primero que diferencia a Édouard de Napoléon, es que tu abuelo a los 5 minutos de haberme

subido a su taxi ya me tuteaba, mientras que Édouard sigue hablándome de usted y nos conocemos desde hace semanas.

Dimos un paseo por el lago, no sé por qué pero tenía unas ganas tremendas de llorar, me sentía huérfana sin tu abuelo, y solo podía pensar en él, nada más volver a casa me puse con la labor que empecé y me sentí su Penélope, Édouard me prometió llevarme a comer a un restaurante coreano la próxima vez, solo piensa en zampar, no es posible, así que busqué en un mapa dónde está eso, Corea, y ya ves, es un viaje muy largo, hijo.

Espero que no le hayas dicho nada de mis cartas a Napoléon, no hago más que pensar una y otra vez en la noche que llamé a su ventanilla con los nudillos y le pregunté si estaba libre, y aunque yo también estaba libre, al día siguiente ya no estábamos libres ni uno ni otro, conocí la Felicidad (nunca he visto a nadie que lleve tan bien su apellido como tu abuelo) ya ves, a veces tengo la sensación de que por culpa de Napoléon (¡menudo pájaro, cada vez que lo pienso!) me voy a tirar llorando la pizca de vida que me queda, y otras veces es al contrario, tengo la sensación de que sigue a mi lado, que va conmigo a todas partes y que no tendría más que darme la vuelta para verlo sonriéndome.

Tu abuela que te quiere



La vida volvería a ser como antes, estaba seguro. Exactamente igual que antes. Solo había sido un contratiempo, como decía mi abuelo. Se había levantado tantas veces, que una más no le costaría el menor esfuerzo.

La alegría del reencuentro se difuminó enseguida; las paredes despojadas del papel, los muebles apilados aún en el centro de la estancia y el olor a humedad me colmaron de tristeza. Era como si rondase el fantasma del abandono. De golpe y porrazo, por primera vez tuve la sensación de que la realidad era más fuerte que nosotros. Más fuerte que mi emperador. Más fuerte que los esfuerzos de todos los hombres juntos.

Tuve de pronto la certeza de que jamás lo conseguiríamos, y me avergoncé de esa certeza, me avergoncé de pensar como mi padre. De hacerme mayor y de haber dejado de sentir que mi abuelo y yo éramos invencibles.

—¿Qué hay, Coco, no estás a gusto? Hemos avanzado mucho, ¿eh? Ya se ve el final, ¿verdad?

—Sí, mi emperador, ya se ve el final.

Así pues, con el pasar de los días y con el avance lento e insignificante de nuestra tarea, tomé por costumbre disimular mi desaliento. A veces Napoleón caía en un silencio y en un abatimiento que lo dejaban hundido en su silla de ruedas, donde acababa adormilándose; era como si estuviese vacío por dentro.

Yo corría al cuarto de baño a evadirme de la realidad. ¿Era mi emperador el que había dado la vuelta a la fotografía de Rocky? Puesto así, de cara a la

pared, Rocky estaba realmente muerto. Yo lo resucito, me mira de nuevo. Vuelven a brotar los ruidos de los torsos electrizados. Los puños entrechocan con ruido sordo. Rocky no pegaba con plumeros... gancho contundente... Napoléon se tambalea pero se recupera... Delante de él, Rocky hace el truco de la bailarina, lo pone nervioso.

Napoléon cae en la trampa, no consigue endiñarle la famosa táctica del fantasma. Sin embargo, no hay duda, es superior en todos los aspectos y Rocky parece estar pasándolo mal. A Napoléon no se le puede escapar el combate. A la vuelta del descanso, las tornas han cambiado... Rocky sigue una línea espléndida... Juego de piernas... Mi emperador está en el suelo... El árbitro cuenta: Uno... Dos... Tres... Y soy yo el que, decenas de años después, estoy KO.

Algunos días mi emperador recobraba el aspecto de boxeador, y entonces casi se parecía al de siempre. Yo aprovechaba para acribillarlo a preguntas; una por aquí, sutil y delicada como una caricia, otra por allá, fulgurante como un derechazo.

—Mi emperador, ¿cuál era tu secreto?

—¿Mi secreto?

—Tu secreto de boxeador...

—Ah...

Su voz vibró con un leve alivio.

—Pues verás, Coco, era una táctica muy estudiada, muy fina. Trata de grabártela en la memoria.

—Vale.

Punto, como si fuese consciente de la importancia de lo que su amo se disponía a revelar, se colocó a mi vera.

—Era de la siguiente manera: al inicio del combate, pegaba con todas mis fuerzas. Así.

Sus puños parecían propulsados hacia delante por unos pistones.

—En mitad del combate, pues nada, pegaba con todas mis fuerzas...

—¿Y al final? —pregunté inocentemente.

—¿Al final? Pues pegaba con todas mis fuerzas, hombre. ¡Así!

Su puño se estampó contra la pared; la silla de ruedas retrocedió y luego giró sobre sí misma.

—¿Estás bien? ¿Tu puño? —pregunté.

—Sí, ¿por qué?

—Porque a la pared no le ha hecho mucha gracia, ¿has visto?

Una grieta subía en diagonal y había caído algo de yeso al suelo.

Estaba obsesionado con su última pelea contra Rocky. Cuanto más pasaba el tiempo, más cuajaba en mí la certidumbre de que aquel combate no había estado amañado, y que Napoléon no había peleado hasta el final como habría debido. Algo había pasado, pero ¿qué? Ese misterio me quemaba la lengua y un día se me escapó la frase, a mi pesar:

—Oh, mi emperador, ¿por qué no peleaste hasta el final?

—¿Qué estás diciendo, Coco?

Sin esperar mi respuesta, encendió la radio.

—El Concurso de los Mil —dijo—. Menos mal, así dejaremos de pensar en todos los pájaros de mal agüero y en todos los pichaflojas. ¡Chitón, que va a empezar!

—Si no soy yo el que habla sin parar, eres tú.

—Chitón. Escucha, maldita sea. ¡Es el colmo! Esto me recuerda a un boxeador que era incapaz de callarse en el ring, no paraba de contarte su vida. Y bla, bla, bla y bla, bla, bla.

—¿Lo ves? Ya empiezas otra vez. Calla.

—Chitón.

—«Pregunta de matemáticas. Si se coge una cifra y se aumenta un veinticinco por ciento, ¿en qué porcentaje hay que reducir el resultado obtenido para volver a la cifra de partida?»

Napoléon se volvió hacia mí.

—¿Lo sabes?

—No.

—«Veinte por ciento» —dijo el concursante.

—Eso es, eso es —dijo Napoléon.

—¿Lo sabías?

—Qué va.

Las preguntas se sucedieron. ¿Cuántos estómagos tienen las vacas? ¿En qué año nació Sarah Bernhardt? ¿Cuántas botellas de plástico hay que reciclar para hacer un jersey? ¿Quién inventó las comillas? (Mi abuelo contestó «Yo no» y soltó una carcajada.) ¿Por qué se dice «aló» cuando se descuelga el teléfono?

—Se podría decir «mierda» —dijo Napoléon—, pero no funcionaría igual de bien.

Y apagó la radio.

—¡Es increíble lo que sabe la gente! No doy crédito. Un día yo también

voy a mandar una pregunta. —Me guiñó un ojo y dijo—: Es más fácil hacer preguntas que responderlas. ¿Eh?

—¿Nos ponemos otra vez manos a la obra? —pregunté yo.

Él miró las paredes con una expresión un tanto sorprendida, como si estuviera viéndolas por primera vez.

—Qué coñazo —dijo sin más—. Digo yo, ¿servirá para algo todo esto? Ya ves, Coco, hacemos cosas y justo después no sabemos ni para qué.

—Querías hacer una reforma, acuérdate. ¿Has cambiado de idea?

—Ni mucho menos. Pero a lo mejor la etapa de las grandes conquistas está tocando a su fin. No te preocupes, ¡defenderemos las fronteras! —Estiró el puño hacia delante—. Con uñas y dientes. Y salvaremos el territorio.

Fuera, la luz declinante parecía portar partículas de polvo. La casa se llenaba de sombras. Acarició la cabeza de Punto tomándose todo el tiempo del mundo y luego rememoró con pelos y señales momentos de su vida americana. Las cuevas de jazz. Broadway con las primeras luces del alba en compañía de Rocky. Yo oía sus pisadas en el asfalto. La Harley enorme en la que se desplazaba.

—Los yanquis no son tan tocapelotas con el permiso de conducir como aquí. Pagas, te ponen un sello y tira millas. Y el casco lo puedes usar de orinal si te da la gana.

La vez que Gary Cooper acudió a ver el combate.

—Bueno, a mí no, exactamente, pero me estrechó la mano en el vestuario. Sabes quién era Gary Cooper, ¿no?

Yo respondí que no con la cabeza. Él dio un manotazo en el reposabrazos de la silla de ruedas.

—¡Joder, mira que no conocer a Gary Cooper! No me extraña que el mundo vaya de culo.

Parecía escandalizado de veras. Me mordí la lengua para no decirle que nadie de mi edad sabía quién era Gary Cooper. Cuestión de generaciones. Él colocó los dedos de forma que imitasen dos pistolas y apuntó hacia mí.

—Prepárate a morir, Bill —dijo con voz profunda.

—Piedad —imploré yo.

—No, Bill, no hay sitio para los dos en la Tierra. O tú o yo. Y he decidido que seré yo. Porque yo estoy en el lado bueno del Colt.

Hizo el sonido de un disparo, yo me tiré al suelo. Sopló en el cañón humeante de sus armas imaginarias.

—Gary Cooper era así, Coco. Un vaquero. El vaquero. No como los

pichaflojas de hoy. ¡Con los actores de ahora ni siquiera se sabe ya si son tíos o chavalas!

Se quedó callado durante unos segundos. Reprimió una serie de eructitos.

—Coco, vas a tener que ayudarme.

—¿A qué?

Él vaciló.

—Estoy cansado.

¿Cansado? ¡Qué raro se me hacía oír esa palabra en sus labios! Pareció reponerse.

—No te hagas líos, solo es una flojera momentánea. Me duele un poco la barriga. Abrí una lata de sardinas que quedaba por ahí. Y ahora están nadando hacia atrás. La lata estaba un pelín oxidada. Y las sardinas también.

Rebusqué en el cubo de la basura. La lata de conservas tenía fecha de antes de que existieran las latas de conservas.

—¿Te la regaló Gary Cooper?

Él sonrió.

—Prohibido contarlo. Anda, ayúdame a tumbarme.

Se apoyó en mi hombro para auparse hasta la cama. Era tan liviano como una mariposa. Le subí la sábana y las colchas hasta la barbilla. Era raro, por primera vez tuve la impresión de estar ocupándome de él. Me acerqué a su cabeza. Su cabello era sedoso, un poco ralo.

—Mi emperador, ¿y si avisamos a Joséphine? ¿No quieres volver a verla?

—¿Te ha escrito?

Yo dudé.

—No.

—Mira, Coco, hay una cosita que no te he contado nunca.

—¿Sobre el combate contra Rocky?

Él dejó pasar unos segundos de silencio, durante los cuales me pregunté si no se habría quedado dormido.

—No —respondió—, es sobre Joséphine. Ya sabes, esa noche que te conté que se montó en mi taxi.

—Sí, me acuerdo.

—Me dijo: «Vaya todo recto y ya veremos adónde llegamos». Nos paramos en una playa de Normandía, un sitio que se llama... Ah, ya no sé el nombre. Ella seguro que se acuerda; se acuerda de todo. Ella recuerda por los dos.

Le di un beso en la mejilla. Su piel era suave. Salí. El aire era glacial y mis

lágrimas se transformaron sobre mis mejillas en regueritos de escarcha.

En mi sueño, los árboles gigantes siguieron cayendo en medio del silencio, uno tras otro. Y de pronto, de madrugada, me despertaba con la frente empapada de sudor.

El teléfono sonó en mitad de una de esas noches. Mi padre se levantó. No sabía qué hora podía ser, ni si estábamos más cerca del anochecer o del amanecer. Traté de adivinar quién podía estar al otro lado de la línea telefónica, pero mi padre casi no replicaba, o hablaba en voz baja y me costaba adivinar sus palabras. ¿Le estaba pidiendo ayuda mi emperador? Unos minutos después, se oyó la puerta de la entrada y el coche arrancó.

Ya no era un sonido de motor tranquilizador, sino como las tres llamadas del destino. Por la mañana, aproveché el desayuno para decirle a mi madre:

—Mamá, me pareció que alguien llamó por teléfono anoche.

—Un empleado de tu padre, que tuvo un accidente con el coche.

—Pero papá se fue, ¿no?

—Sí, para... recoger unos expedientes importantes que el empleado llevaba consigo.

Su sonrisa era tan poco convincente como su mentira. Me fui al colegio, con las mandíbulas apretadas de angustia. Por mi mente desfilaron las peores imágenes.

Alexandre me lo notó. Llevaba su gorro, que le quedaba altísimo encima de la cabeza, y las correas de piel brillaban al sol. Pensándolo bien, nunca había visto a nadie con ese tipo de prenda.

Quiso hacerme hablar, pero yo no lograba articular palabra. El ruido de las canicas, que él hacía entrechocar en su bolsillo para tentarme, no conseguía liberar mi nudo. Sonrió, soltó un suspiro y murmuró:

—Hay cosas que no se pueden decir, y esas cosas son sagradas.

Tuve entonces la sensación de que el silencio unía mucho más que cualquier palabra.

Cuando empezó el recreo siguiente, al pasar por delante de los percheros, los chicos cogieron el gorro de Alexandre. Con su botín en la mano, salieron en tromba hacia el patio lanzando gritos de siux. Alexandre, aturdido como si acabaran de arrancarle el cuero cabelludo, se limitó a decir:

—¡Estaba seguro de que algún día iba a pasar!

El increíble gorro volaba de mano en mano, como los balones de rugby, o

rodaba por la tierra del patio, donde se lo pasaban unos a otros con grandes patadas. Cuando se cansaron, les dio por rematarlo pisoteándolo.

—Espera —dije—, ahora verás.

—¡Déjalo! —murmuró él intentando retenerme.

Pero yo ya estaba lejos. Noté que el hombre invisible se separaba de mí y que por mis venas corría todo lo que yo tenía de Napoléon en mi ser. Les largué un puñetazo a tres a la vez y los otros consideraron que valía más interesarse por otra cosa que por el dichoso gorro. Total, para lo que quedaba de él...

Alexandre Rawcziik lo contempló con lágrimas en los ojos. Le dio vueltas, intentó devolverle la forma, pero ya no era más que un trozo de tela cuyos colores llamativos habían desaparecido bajo una capa de polvo. Le temblaba el mentón. Se encogió de hombros y me dijo:

—Toma, tus canicas, te las has ganado. No vuelvas a jugártelas.

—Quédatelas un poco más, si quieres.

Sonrió, dijo que sí con la cabeza y me enseñó el andrajo abigarrado que había sido su gorro.

—¿Has visto? Está para tirarlo a la basura.

—No, no... En las vacaciones de Navidad iremos a casa de mi abuela, en el sur de Francia. Estoy seguro de que ella te lo podrá arreglar. Dámelo.

Dudó un instante y luego me lo tendió. En sus ojos leí que ese gorro era para él tan sagrado como mis canicas para mí.

—Estoy seguro de que mi madre me ha mentado —dije—. A Napoléon le ha pasado algo.

En el camino de vuelta del colegio, Alexandre y yo paramos en una cabina telefónica para marcar el número de Napoléon. Pero no lo cogió nadie y la señal sonó una docena de veces en el vacío.

Entonces nos separamos, casi sin mediar palabra.

Esa tarde, tal vez porque me había quedado con su pobre gorro, o tal vez para conjurar la angustia que me atenazaba, no aguanté más y me puse a seguirle. Él caminaba despacio, con las manos en los bolsillos, la nuca curvada hacia delante, absorto en sus pensamientos. La bolsa de las canicas, atada al cinturón, se bamboleaba contra su muslo a cada paso. Entendí rápidamente que andaba no sin rumbo pero sí sin la voluntad de tomar el camino más corto. Al contrario, le gustaba elegir las calles más solitarias, los

itinerarios más insólitos, tomar varias veces el mismo camino, y en un momento dado me pregunté si no estaría tratando de borrar sus propias huellas.

A veces se paraba de repente, como si algo le hubiese llamado la atención, se agachaba y sacaba del bolsillo un trocito de madera que arrastraba por el suelo. Alexandre ponía a resguardo los insectos que iba encontrándose: debajo de un banco o a lo largo de un muro, en todo caso allí donde nadie pudiese aplastarlos. De pronto me sentí avergonzado por haberme lanzado a aquella persecución y tiré por otra calle bruscamente.

Regresé corriendo a casa, atravesado de nuevo por la incógnita de lo que le habría pasado a mi abuelo y decidido a sonsacárselo a mi madre. Pero no estaba. Me refugié en mi cuarto, destrozado igual que el gorro de Alexandre.

Oí que se abría la puerta de casa. Detrás de mis padres apareció una señora muy delgada, con el cabello marrón recogido en un moño tenso, bien sujeto con dos palillos chinos entrecruzados. Todo en ella era seco, cortante, afilado. El moño era lo único redondo y mullido.

Comprendo que se trata de la directora de la residencia de ancianos y me sorprende el alivio que eso me provoca. Al menos Napoleón está vivo. Me deslizo por el pasillo, y a través de la puerta entornada intento observar la escena.

—Su padre estará muy bien con nosotros, se lo aseguro. Contamos con un personal altamente cualificado y dispuesto a hacer frente a cualquier situación.

—No es un anciano como los demás. Está fatal pero no se resigna en absoluto. Digamos que es mucho más cabezota que la media.

Tengo esa extraña sensación de hallarme en el corazón de un dibujo de mi madre. Estoy viéndola: sin perder el hilo de la conversación, no puede apartar la mirada del moño de la directora. Ese moño hace pensar en un ombligo detrás de la cabeza.

—Muchos llegan a regañadientes, es cierto —dijo la señora—, pero al cabo de unas semanas se sienten como en su casa. ¡Y no se marcharían por nada del mundo! Los mimamos, los colmamos de atenciones, los entretenemos. Y acaban aceptando la idea de aprovechar esta última, sí, pero enriquecedora recta final. Fíjense que hasta van a la piscina con Silvio.

—¿Silvio? —pregunta mi padre arrugando el ceño.

—Sí, el monitor de natación. Con él, la rebeldía de nuestros jubilados acaba diluyéndose en el agua templada.



—Oiga —dijo mi padre—, que tampoco le estoy pidiendo que lo disuelva en cloro. Solo que lo proteja de sí mismo.

El rasgueo de las estilográficas sobre el papel. Mi padre firma con aire sombrío. El semblante de mi madre es opaco, neutro. La señora cierra con un chasquido el maletín. Sonido de guillotina.

—Ahora queda lo más difícil —dijo mi padre—: convencerlo. No me siento orgulloso de lo que acabo de hacer, se lo aseguro.

La señora interrumpió a mi padre apoyando la mano en su hombro. Una sonrisa de una ternura inesperada dulcificó su rostro.

—Una situación clásica, estimado caballero. Se siente culpable.

—No le digo que no —respondió mi padre elevándose sobre las puntas cuadradas de sus zapatos—, un pelín culpable, sí. Bastante culpable, vaya.

—Sin tiempo, con poco sitio, la vida moderna. Estará mejor con nosotros.

El rostro de mi padre se afloja de repente, una bruma nostálgica humedece su mirada.

—De todas maneras, ¿quién habría podido imaginar esto? —murmura—. Usted, naturalmente, no lo conoció en sus tiempos de...

Se interrumpe, las palabras son caprichosas, baja la vista al suelo, traga saliva y mira a la directora fijamente.

—En sus tiempos de esplendor. ¡Mi padre en un asilo para ancianos! ¡Hay que joderse!

—Una residencia de convivencia, haga el favor. Verán como dentro de unas semanas, cuando vengán a verlo, no se arrepienten de nada.

—Si usted lo dice. De todas formas, es que no veo otra solución. ¡Se le va la olla! Desde hace unas semanas ya no rige bien. Divorciarse a los ochenta y cinco años fue una idea peregrina, no me diga que no. Y luego nos lo encontramos encerrado en el maletero de su coche. Esa historia no quedó del todo aclarada. Y anoche, la guinda: me llaman de la comisaría de Chartres, que un camionero se lo había encontrado a orillas de la carretera.

—Pero ¿cómo hizo para llegar hasta allí? —pregunta la señora, extrañada.

—No lo sé, supongo que haría autostop. Esta mañana ya no se acordaba de nada. Simplemente me dijo: «¿Qué narices haces aquí, con tus zapatos de punta cuadrada?».

Se hace un silencio que dura unos segundos. La directora deja que su mirada se pose en la punta de los zapatos de mi padre. Una sonrisa se dibuja en sus labios.

—¿Quiere que hable con él? —preguntó—. ¿Que le presente a sus futuros

compañeros?

—¡NI DE BROMA! A no ser que le encanten las escenas y le apetezca que le den con la puerta en las narices. Una idea pésima. No, yo tengo una mucho mejor. La semana que viene es su cumpleaños. Le invitaremos. Y si se lo toma a bien, a lo mejor...

Me voy discretamente a mi cuarto. Saco un atlas de mi pequeña biblioteca y busco un mapa de Francia.

Chartres. Hacia Normandía.

Esa misma tarde llamo por teléfono a Napoléon otra vez. En esa ocasión lo coge enseguida y me dice, como si no pudiera ser nadie más que yo:

—¡Coco, querido! Pensé que estabas en algún lío.

Escuchar su voz firme me reconforta al instante.

—¿Todo bien?

—De lujo. ¿Qué querías que me pasara? Tu padre sí que está patinando un poco en estos momentos. Me lo he encontrado en casa esta mañana, con una cara más larga que un día sin pan.

—Abuelo, ¿estás sentado?

—¡Estoy haciendo el pino, si te parece!

—Tengo un mensaje para el emperador.

—Ándate con ojo, puede que nos hayan pinchado el teléfono. No hay que fiarse de nada. Ni de nadie.

—*Vi rajtas, ili deziras deporti vin.* (Tenías razón, te quieren deportar.)

Esta vez el silencio dura más. Una especie de gruñido resuena en el teléfono. Luego pregunta:

—¿Pasamos a la resistencia?

—¡A sus órdenes!

## *Carta de la abuela*

Querido Léonard:

Sinceramente, cariño, estoy en un aprieto y me quedo corta, Édouard, del que ya te hablé (ya sabes el que se come el pan con palillos), bueno, pues se le ha metido entre ceja y ceja llevarme a visitar el Japón y toda Asia, de norte a sur y de este a oeste, que es muy amable de su parte tú me dirás, pero yo es que prefiero Europa, y aún más el oeste de Europa, e incluso el norte del oeste de Europa, como te dije conoce muy bien esa región del mundo donde pasó toda su vida vendiendo cerillas y comprando palillos (pero por qué cortaba cerillas si necesitaba palillos, y por qué allí no cortan sus palillos si necesitaban cerillas, es algo que no me he atrevido a preguntarle).

Como me lo veía venir, le dije que no podría desplazarme antes de terminar una labor de punto que tenía empezada, naturalmente como tengo mi orgullo no le he dicho que estoy tejiéndole un jersey a mi antiguo marido que ni más ni menos me puso de patitas en la calle para renovarse después de 50 años de casados, entonces volví a pensar en Penélope la mujer de Ulises que gana tiempo tejiendo. Fíjate si lo piensas, Penélope es la primera mujer de marino, ¡la primera tonta del bote!

Al parecer la gente vuelve transformada totalmente de Japón y

de Asia, pero yo personalmente no entiendo el interés que tiene volver transformada de un viaje, yo me encuentro muy bien tal como estoy y cuando me miro en el espejo todavía entiendo menos por qué tu padre me echó, bueno, entender no es la palabra, porque sé muy bien lo que tiene en esa cabezota abollada de pájaro viejo, que tiene pero un montón, de abolladuras digo, no una ni dos, por culpa de su orgullo de boxeador. Y estos días me acuerdo sin parar de una playa de Normandía a la que llegamos al amanecer Napoléon y yo, un viaje aún más largo que a Japón, estoy segura de que lo habrá olvidado, no es un sentimental, pero yo me acuerdo por los dos

Sobre todo, no le vayas a decir que te cuento todo esto, creerá que me aferro, cuando en realidad pienso dejar que ese viejo chiflado navegue a solas todo lo que quiera, y peor para él, será él quien me pida de rodillas que vuelva, total, Ed (Édouard) me preguntó cuándo acabaría con lo del punto para encargarse de los billetes de avión y yo le dije que aún iba por las mangas así que teníamos tiempo y que ya veríamos qué pasaba, en realidad iba ya por la mitad del delantero, es que me cunde mucho, él se quedó un poco con cara de disgusto y también de no creérselo del todo, pero justo en ese momento se apoyó en las dos manos como si fuese a lanzarse sobre mí para besarme, como si todavía tuviera 20 años, pero el problema es que puso la mano derecha encima de la rejilla de la barbacoa coreana empotrada en la mesa, con lo cual se le cortó el impulso y soltó un grito al tiempo que echaba los pies por alto, con la parrilla pegada a la mano, que sonaba pshhhhhht, y se le quitaron las ganas de besarme, te podrás figurar.

Hubo que llamar a los bomberos, mientras los esperábamos él apretó los dientes para disimular pero las estaba pasando moradas con la parrilla que seguía abrasándole la mano, aquello olía a lechón asado, pero no se lo dije, se calmó soltando dos o tres haikus, una cosa de por allí verdaderamente pasmosa.

Hubo que vendarle el puño con un montón de gasa y a mí se me saltaron las lágrimas porque me recordó los guantes de boxeo de tu abuelo, me dio rabia pensar en ese viejo pájaro cuando Ed estaba ahí, delante de mí, sufriendo por mi culpa, los bomberos lo montaron en el camión pero me hizo prometerle que, cuando se

recuperara, nos iríamos derechos al Japón en el primer metro, yo se lo prometí porque el hombre se encontraba en un estado que necesitaba apoyo moral, se despidió de mí con una sonrisa preciosa diciendo, sin dejar de apretar los dientes: «El amor duele».

Y las puertas del camión de bomberos se cerraron, y yo tuve que volver sola a casa, pensando en el pájaro de tu abuelo, y en la frase de Ed, era cierto lo que decía esa frase, increíblemente cierto, con su albornoz blanco debía de estar soberbio, tu abuelo, lástima que no le vi nunca pelear, a veces, te vas a reír, le pedía que se vistiera de boxeador solo para mí, de verdad que es una lástima que lo dejase después de aquel combate contra Rocky, yo intenté animarlo para que volviera a subirse al ring, pero fue inútil, no quería ni oír hablar del tema, ha debido de contarte que el combate estuvo amañado, y en cierto modo es verdad, me senté en un banco, el lago exhalaba una especie de vapor fresco, sutil y delicado, sentía el corazón pesado y ligero al mismo tiempo, no sabía si me alegraba de mi vida pasada o si estaba triste por mi presente, para él siempre tendré los ojos de la joven viajera de antaño, y siento como si todavía tuviera granos de arena metidos entre los dedos de los pies, cuídalo bien porque es de los que no saben vivir solos, de los que entran en la tercera edad dando saltitos sin darse cuenta de que el árbitro está a punto de hacer sonar el gong del final.

Como tu madre me ha dicho que ibais a venir por Navidad, me escribirás en un papelito las palabras que hay bordadas en los guantes de boxeo y en la bola de jugar a los bolos de tu abuelo, porque no estoy nada segura de la ortografía, es inglés o americano, creo, cópialas bien sin faltas, porque me fastidiaría mucho tener que deshacer la labor solo por una cosa de ortografía

Tu abuela que te quiere

PD: Cuando vengas te hablaré de los haikus, ya verás, es una cosa fenomenal para relajarse

PD: ya ves que no se me da bien lo de los puntos pero nos entendemos igual

Mi padre contaba más que nada con el efecto sorpresa:

—No le decimos nada y en el último momento, zas, vamos a recogerle. No podrá negarse. Él se viene y durante la comida: bogavante, lentejas con tocino (su plato favorito), tarta, velitas, *happy birthday*, recuerdos de la niñez y *tutti quanti*. ¡Toda la parafernalia! Nos lo trabajamos a fondo, oye. —Se miró la punta de los pies y añadió—: Y mira, hasta me quitaré los zapatos de punta cuadrada. Que no se diga que no he hecho todo lo posible...

En el último momento, cuando nos disponíamos a ir a por Napoléon en el coche, se le ocurrió una idea que le iluminó el rostro.

—Escucha, ¿y si fueses a buscarlo tú? —me preguntó.

—¿Yo?

—¡Sí, estaría muy bien! Llegas tan tranquilo, relajado, y le dices algo como: «Vente a comer a casa». Como si nada, como si no hubieras roto un plato en tu vida. De ti no desconfiará. ¿Entiendes?

—Sí, entiendo. Papá, eres maquiavélico.

—Pero no le digas ni pío de nuestro plan; solo dile que tenemos ganas de verle.

Se puso de puntillas, apoyó una mano en mi hombro y anunció:

—Serás mi agente infiltrado.

Antes incluso de que llamase a la puerta con los nudillos, él gritó:

—¡Entra, Coco!

Entré.

Fue como una aparición: allí estaba, en el centro del salón, hecho un pincel. Y sobre todo, cosa increíble, de pie, recto como un palo, apoyado como si tal cosa en el brazo de la silla de ruedas, con los pies cruzados y como envuelto en un vapor majestuoso que se confundía con su traje blanco y sus cabellos. Estaba espectacular.

—¡Estás de pie, abuelo! ¡Puedes estar de pie!

—Ya lo ves, Coco. Te lo dije, un simple lumbago. ¡Para que luego diga el médico! ¿Tú crees que un boxeador se deja ganar así como así?

Estaba sonriendo, a gusto y relajado con su hermoso pelo blanco peinado hacia atrás y engominado con esmero. Suspendida sobre su cabeza había una nube de colonia.

Mi emperador en plena forma.

Pero me di cuenta de que su brazo apoyado en la silla temblaba levemente. Una pequeña mueca deformaba su sonrisa y unas perlititas traslúcidas, minúsculas, brillaban en su frente.

Tenía ante mí una bella imagen de mi emperador, pero no quería ver esa imagen desmoronarse delante de mis narices.

—Siéntate —dije—, tengo que decirte una cosa.

Él no se resistió.

—Tienes razón. Las reuniones del Estado Mayor no se celebran de pie. — Luego se secó la frente y dijo con solemnidad—: Te escucho.

Y, en efecto, me escuchó con toda la atención del mundo. A continuación soltó una carcajada:

—¿Eso es todo lo que se le ha ocurrido? Vamos allá. Hay que reírse un poco, Coco.

Se puso su eterna cazadora negra con los bolsillos raídos que contrastaba con su conjunto blanco. Entonces vaciló un momento.

—Oye, hace tiempo que me apetecía, pero esta noche es una buena ocasión. Ya no eres mi ayudante de campo.

—¿Y eso?

—A partir de ahora serás mi general en jefe. ¡Ese con quien llevaré a cabo mis últimas batallas!

Lo senté en el Peugeot 404 y metí detrás la silla de ruedas, plegada. La noche era fría pero sin una nube. Una bóveda de estrellas se extendía sobre nuestras cabezas.

—¿Y si siguiésemos todo recto, Coco? Todo recto sin pararnos. ¿Aunque solo fuese para comernos un bocata en un bar de carretera y dormir en un aparcamiento?

—Sí, abuelo, estaría genial. ¿Adónde iríamos?

—Todo recto hasta el mar. A la aventura y a la libertad. Todo recto hasta...

Paró al llegar a un semáforo en rojo que enseguida se puso en verde, pero él no arrancó.

—Ya ves, Coco, qué cosa tan rara, a veces tengo la sensación de que me acuerdo de todo y otras es como un vaho que se evapora. Incluso Rocky, a veces tengo que buscar por lo menos diez minutos para reconocerlo. Me digo, oye, ese tío me recuerda a alguien...

Se me encogió el corazón. Todas esas cosas que ya no haríamos juntos nunca más, todas esas cosas de mi vida que él no conocería me hicieron un nudo en la garganta.

Un coche tocó el claxon detrás de nosotros.

—¡Pero qué prisas tiene la gente! —dijo Napoléon.

Napoléon tenía una montaña de marisco rojo en su plato. Cangrejos, bogavantes, langostinos: mi padre estaba tratando de ganárselo por el estómago. Y él lo había abierto todo sin tenaza alguna, con su fuerza de boxeador.

Mi madre sirvió las lentejas con tocino, un plato sencillo y reconstituyente que Napoléon adoraba.

—Te gusta, ¿eh? —le preguntó mi padre.

—¡Mejor un poco de tocino que un cerdo de pies a cabeza!

Mis padres se miraron sin entender bien, mientras Napoléon se reía armando mucho alboroto. Luego empezó a comerse las lentejas. Levantó la nariz del plato y añadió:

—Esto da gases, pero bueno...

Este detalle elegante se cargó la conversación hasta pasado un buen rato. De todos modos, de tanto esquivar los temas que amenazaban con hacer derrapar la situación, ya solo quedaban motivos para estar callados.

—¡Menudo frío polar! —declaró mi padre finalmente.

—Pues sí —respondió Napoléon—. Calor no hace, no. Sobre todo en tu casa. En la mía se está bien. Debe de ser cosa del ambiente.

Mi padre fingió no haberlo oído. Se puso a apilar los platos sucios.



—¿Vas a cambiar los platos? —preguntó Napoléon.

—¡Para el queso!

—No te molestes, yo tengo mi Opinel —dijo mi abuelo.

Dio unas palmaditas al bolsillo de su camisa, donde llevaba su famosa navaja que acababa sacando siempre en las comidas.

—Quita, quita —respondió mi padre—, hoy tiramos la casa por la ventana. Es tu día. ¡No todos los días cumples años! Un poco de ceremonia, qué demonios.

Napoléon escuchaba a mi padre con los brazos cruzados delante del pecho.

—Al final, como hijo eres bastante majo —dijo con voz neutra.

Una sonrisa agradecida surcó la cara de mi padre. Luego buscó la mirada de mi madre como queriendo compartir con ella su alegría, tan viva que no podía quedársela toda para sí.

—No listo listo, pero sí bastante majo —continuó Napoléon—. Tenía razón Joséphine.

—¿Qué tiene que ver Joséphine? —preguntó mi padre con una voz carente de entonación—. ¿Qué quieres decir, a ver?

—Nada en especial.

—Pero, en fin, reconocerás que esta noche estamos bien aquí, todos juntos. Es bueno reunirse, ¿no?

Mi madre, que se había levantado de la mesa, regresó para poner una bandeja con quesos, hacia la que Napoléon se inclinó:

—¡Joder con la bandeja! Gracias, Samy.

La sorpresa que se llevó mi padre me conmovió.

—Vaya —dijo—, hacía mucho que no me llamabas por mi nombre; me gusta. Pensaba que se te había olvidado.

—Y así era, esta mañana tuve que buscarlo en el libro de familia.

Napoléon disimuló una sonrisilla de regocijo. Luego paseó la nariz a ras de la bandeja antes de declarar solemnemente:

—Apesta como es debido. Yo creía que a ti solo te gustaban los quesos de plástico.

Luego sacó de su bolsillo la navaja, y abrió su hoja brillante delante de su cara. Pasó la yema del pulgar por encima para verificar que estaba bien afilada.

—¡Sé que te encanta el queso! —dijo mi padre—. Sobre todo el camembert. Recuerdo que, de pequeño, siempre pedía camembert en el comedor. Para ser como tú.

—Para, que me vas a hacer llorar.

—Venga, admite que estás emocionado. Te sorprende, ¿eh?, que me acuerde de todo eso.

Napoléon se burló:

—Oh, no es eso exactamente lo que me sorprende...

A mi padre le temblaba el mentón; durante unos segundos tuve la sensación de que Napoléon estaba tratando de hacerle llorar y que solo el hecho de que mi madre estuviese mirando impedía que se le saltaran las lágrimas.

—¿Y... qué es lo que te sorprende... papá? —logró decir con gran esfuerzo.

—¿De verdad quieres saberlo? Lo que me sorprende, verás, es todo este montaje... ¿A santo de qué? Bogavantes, lentejas con cerdo, digo... perdona, tocino, recuerdos de mierda de la niñez... Para que te hayas quitado los zapatos cuadrados, debe de ser algo importante.

Pinchó con la punta de la navaja un trozo de camembert, que se puso a la altura de los ojos para examinarlo como si se tratara de una pepita. Luego le dio un mordisco y lo masticó ruidosamente mientras le dedicaba a mi padre una mirada apagada.

—¿Por qué te hemos invitado? —murmuró mi padre—. ¡Pues por tu cumpleaños, papá! Para verte y pasar un rato contigo. Así de simple. Pero las cosas nunca son sencillas contigo. Además, ya que en Navidad estaremos en casa de Joséphine, pensamos que... Que somos una familia, vamos a ver. Incluso te hemos hecho una tarta.

—¡Qué enternecedor! —dijo Napoléon fingiendo secarse una lágrima de la mejilla—. Y aparte de hacer que me ahogue en el merengue, ¿cuál es la idea?

Mi madre se deslizó entonces a la vera de mi abuelo y le acarició la cabeza con un gesto tan delicado, tan íntimo, que pareció que el tiempo se detenía unos segundos.

—Napoléon —susurró—, permítame decirle que se está pasando. No entiende lo que su hijo tiene en el corazón...

Mi abuelo se encogió de hombros.

—¿Es que tiene corazón? Enhorabuena.

—Claro que sí. Un corazón grande, muy grande, incluso.

—Si tú lo dices... Habría que cachearlo para estar seguros. —Luego fijó los ojos en los de mi padre y añadió—: Bueno, qué, ¿lo sueltas ya?

Mi padre cogió aire.

—Queríamos decirte que no puedes seguir viviendo solo.

—Bueno, por fin llegamos al meollo. Ya creía que nunca saldría el tema, que te tirarías estreñado hasta el día del juicio final. Que no puedo seguir viviendo solo, eso es todo. ¡El notición del siglo! ¿Y has llamado a France-Press?

Napoléon extrajo del bolsillo de la camisa una cerilla tallada en punta, que se metió entre dos dientes. Allí se quedó, encajada, recta.

—Sí, papá, al pan, pan y al vino, vino. El divorcio, la reforma, tu caída, el modo en que te portaste con Irène. Y luego, la semana pasada... ¿Me puedes explicar qué se te había perdido a ti en Chartres en plena noche?

—Tú sabrás. Yo no me acuerdo de nada. Solo de tu careto al amanecer, y de tus zapatos cuadrados; eso no se olvida, menudo despertar.

—Pues eso es aún más preocupante. Hay una residencia que está muy bien, enfrente del colegio. Te tratarán como a un rey. ¿Qué dices?

—Digo que tu queso está de muerte. Recuerdo que en Boston, en 1952, encontré un camembert extraordinario. En Boston, en 1952, ¿te das cuenta?

Entonces se puso a olisquear la punta de su mondadientes.

—Para con eso, es asqueroso —exclamó mi padre.

—¡Menos asqueroso que lo que me estás proponiendo!

Cerró un ojo para apuntar al cubo de la basura y lanzó el palillo, que terminó su viaje en una maceta con flores.

—¡Por poco! —dijo, y puso una sonrisa provocadora.

—Pensamos —continuó mi padre— que a lo mejor te apetece tener amigos, practicar toda clase de actividades, ya sabes, por lo visto hacen cerámica...

—Joder, cerámica...

—En fin, que se ocupen de ti. ¿De verdad que no te tienta frecuentar a personas como tú?

—¿Me puedes decir lo que entiendes por personas «como yo»? —preguntó Napoléon con voz glacial.

Por toda respuesta, mi padre se puso de puntillas. Luego sintió la necesidad de aflojarse el cuello de la camisa. Napoléon prosiguió:

—Resumiendo: ¡me quieres deportar, puñetas!

—Estás delirando, papá, no te estamos hablando de un campo de concentración sino de una residencia de convivencia.

—*Kia gastameco, fik', cu ne Bubo!* (¡Convivencia, y un cuerno, eh, Coco!)

Yo sonreí y mi padre me preguntó en voz baja:

—¿Qué dice?

—Ah, nada, que eres muy amable.

Mi padre dio unos pasos en dirección a Napoléon y se agachó delante de él para colocarse a su altura:

—En fin, papá, resumiendo, una residencia donde te cuidarán, donde no te pondrás en peligro y donde te lo pasarás genial. Hacen funciones musicales. Si lo piensas bien, has perdido a todos tus amigos.

—Eran unos flojos, eso es todo. No hacían suficiente ejercicio.

—Iremos a verte a menudo, está aquí al lado. Lo tienen todo muy bonito; hay forsitias en los jardines.

—La forsitia huele a pis —declaró Napoléon.

—Una residencia que me costará un riñón cada mes. Sinceramente, no veo en qué se parece a un campo de concentración.

—Lujosa o no, nadie ingresa ahí de buen grado, ¡y nadie sale vivo! Eso ya son dos cosas en común, como mínimo.

Mi padre suspiró, desalentado. Dio unas palmaditas en la rodilla de Napoléon y a continuación se levantó:

—En fin, si prefieres quedarte solo en tu casa, que está tan vieja como tú, hasta que la espiches o si te gusta comer pienso en el maletero de tu 404, allá tú.

—Tú lo has dicho, engréido: allá yo. ¿Ruptura de las negociaciones? —preguntó Napoléon con una sonrisa.

Mi padre se esforzó en hablar con tono jovial:

—Venga, tiempo muerto, vamos a comer la tarta. Una tarta de las que te gustan a ti, con un montón de nata. Con eso nos recuperaremos.

—¡Premio! —exclamó Napoléon.

Mi madre trajo la tarta, a pasitos para que no se apagaran las velas.

—Coge aire, papá. Si no consigues apagarlas todas, te ayudaremos.

Uno... dos... y...

Unos segundos después, la nata que el soplado de Napoléon había proyectado resbalaba por la cara de mi padre.

—¿Qué decías? —preguntó Napoléon—. ¿Que ibais a ayudarme, era eso?

Miró largamente a mi madre y añadió:

—Está muy buena. ¡La nata, quiero decir!

El tono de su voz delataba su regocijo. Por el contrario, mi padre, mudo de estupor, de cólera y de humillación, con los brazos colgando a los lados del cuerpo, parecía un payaso grotesco en el centro de una pista de circo. No

pude evitar bajar los ojos.

—¿Sabes cuál es tu problema, papá? —preguntó de repente, con la voz quebrada—. ¡Ahora lo vas a ver!

Y desapareció a toda prisa.

—Pero bueno, ¿adónde va? —preguntó Napoléon mirando a mi madre con una expresión interrogativa—. ¿Qué le pasa? Con lo que nos estábamos riendo...

Las manos de mi madre temblaron ligeramente.

—No, Napoléon, no nos estamos riendo. Está hiriendo mis sentimientos también.

—Te pido perdón. Daño colateral.

—Su hijo no se merece esto.

—Que se vaya él a esa residencia de ancianos lelos, ya que se está tan bien.

La puerta del sótano volvió a oírse. Y unos segundos después apareció mi padre.

—¿Esto es lo que quieres? —exclamó con una voz que nunca le había oído—. ¿Así es como me quieres ver? Como me habrías querido ver, papá. Te molesta esa palabra, ¿eh?: papá, papá, papá.

Enarbolaba dos guantes enormes de boxeo.

Napoléon, pillado por sorpresa, desestabilizado, intentaba decir alguna de las réplicas a las que nos tenía acostumbrados pero de su garganta no salía ningún sonido.

—Para con eso —fue todo lo que pudo farfullar.

Mi padre hizo remolinos con los puños delante de su cara, torpemente, como una marioneta. Luego, percibiendo que estaba anotándose puntos, se puso a dar saltitos en el sitio, de un pie a otro.

—Joder —exclamó Napoléon—, deja ya esa pantomima.

Pero mi padre se estaba metiendo de cabeza en la brecha que hacía saltar por los aires las defensas de Napoléon. Le largaba los puños al frente con sus brazos fofos, pasaba de una pierna a la otra sin la menor gracia, adoptaba la posición de mantenerse en guardia de un modo patético. Era una caricatura horrorosa y ridícula de boxeador. Cuanto más grotesco se ponía, más se envalentonaba y se regocijaba.

—¿Así es como querías que fuese, eh? ¿Como querías que fuese tu hijo? La única oportunidad que tenía de conseguir que me quisieras era con estos malditos guantes de boxeo.

Mi madre, nuevamente tras sus lápices de colores, inmortalizaba la escena

sobre la caja de cartón de la tarta.

—Para ya, para ya —dijo Napoléon.

Se tapaba los ojos con el antebrazo como si los puñetazos que mi padre lanzaba al aire fuesen golpes directos que impactaban en él. Nunca había visto a Napoléon tan a la defensiva.

—Ahí sí, en un ring, a lo mejor me habrías tomado en serio, a lo mejor no habría sido un payaso para ti. Pero, ya ves, no elegimos. No he salido a ti. ¡A ver si te entra en tu cabeza abollada!

—Pues a la mierda, me largo de aquí —dijo Napoléon—. ¡Esto es una caseta de feria!

—¿Adónde vas? —gritó mi padre.

—Me piro. Creo que guardé una granada en el sótano, en alguna parte. Voy a regalarles a tus ancianitos unos fuegos artificiales. Déjame pasar.

Trató de mover su silla de ruedas para batirse en retirada pero mi padre le cortó el paso.

Y ahí, en el espacio de un segundo, qué digo un segundo, en lo que dura un relámpago, vimos que mi padre adoptaba la pose de un boxeador de verdad: en guardia, bien apoyado con la pierna adelantada, los hombros encorvados, una mirada de acecho detrás de los guantes, firme y ágil a la vez sobre las rodillas con el peso hacia las puntas de los pies. La pose instintiva de todo gran púgil.

Este espectáculo que duró lo que dura un latido del corazón nos dejó fulminados a mi emperador y a mí. Tuve la sensación de que Napoléon, abrasado por aquella visión, estaba a un tris de romper a llorar a mares.

Pero ahí quedó la cosa. Mi padre, atónito, estupefacto ante su propia osadía, se miraba los guantes como si le extrañase encontrárselos ahí.

—Ya lo ves —dijo—, ni siquiera me consideraste digno de tener unos nuevos. Estos siempre me quedaron grandes. Y apestan. ¿Dónde los encontraste, eh?

Mi madre hizo un gesto discreto de apaciguamiento en dirección a mi padre. Napoléon había perdido la batalla y no servía de nada pisotearlo más. Estaba de espaldas a nosotros, frente a la puerta-ventana, como absorto en la contemplación de una llovizna helada que caía del cielo negro.

De repente, se volvió hacia nosotros y declaró:

—Ahora que habéis terminado con vuestras gilipolleces, ¿sabéis lo que me gustaría?

Sábado noche. Bolera de Melun. Jóvenes por todas partes y ríos de cerveza. Algunos vienen para olvidar que no tienen trabajo el lunes. Y otros para olvidar que lo tienen. En todas las miradas, una bola y doce bolos.

Napoléon saludó a unos y otros, chocando esos cinco o puño contra puño. Le habían reservado su pista de la suerte. Llevó a mis padres al mostrador de alquiler de zapatos.

—¿Treinta y siete y cuarenta y dos? —dijo el empleado—. Para la señora, no hay problema... Pero para el caballero... Solo me quedan del treinta y nueve...

—¡Servirá! —dijo Napoléon—. Servirá perfectamente. Conviene cogerlos un poco justos...

Mientras mis padres se ponían el calzado especial, yo lo ayudé a meter los pies en sus preciosos zapatos.

—No te olvides del nudo doble, Coco.

Luego se puso a calentar haciendo grandes molinetes con los brazos.

—Parece fácil —dijo mi padre observando cómo se lanzaban los jugadores—. Aunque con estos zapatos... no sé, pero me da la impresión de que...

Andaba con dificultad, con los pies abiertos y apoyándose en el hombro de mi madre.

—¿Está seguro de que se llevan así? —le preguntó ella a mi abuelo—. Porque le están haciendo mucho daño.

—Sí, se llevan prietos —respondió Napoléon—. Claro que, de tanto usar

zapatos de punta cuadrada... Bueno, venga. ¿Quieres las barreras de ayuda?

—Ni hablar. Ya verás.

Y lo vimos.

Dos horas después, mi padre no había conseguido derribar ni un solo bolo, se le había caído la bola cinco veces encima del dedo gordo del pie y tres veces se había dado en la nariz con ella. Cogía impulso cojeando por la pista y lanzaba la bola que parecía que la llevaba pegada a la mano con pegamento; esta rebotaba penosamente por el parquet y acababa en el canalón.

Mientras tanto, sentado en su silla de ruedas que yo me encargaba de empujar por la pista, Napoléon lanzaba su bola negra con elegancia y donaire. Se giraba antes de que la bola llegase a los bolos, y cuando los oía entrecrochar unos con otros proclamaba: «*Strike*». Algunas veces erraba el tiro y, solo por el sonido que hacía el desbarajuste de los bolos al caer, era capaz de decir:

—Mira, hay uno que hace lo que le da la gana. El del medio.

Mi madre, que había tirado la toalla nada más empezar, parecía disfrutar de lo lindo observando todo aquel mundillo.

—Anda, aplícate —dijo finalmente Napoléon—. Una vez más. ¡Hay que terminar con una tirada maestra! Relájate, estás muy tenso.

—Muy gracioso —refunfuñó mi padre—. Con estos zapatos...

—Que se llevan así, te digo. Tírate un pedo, te sentirás mejor.

Ese comentario tan fino desató un aluvión de risas a nuestro alrededor.

—Ya vale, ¿eh?

Mi abuelo me guiñó un ojo.

—*Grandajn batalojn onivenkas lastminute, memoru tion, Bubo.* (Los grandes combates se ganan en los últimos minutos, recuérdalo bien, Coco.)

Tiempo después evocaría aquella frase con una mezcla de ternura y pena.

—¿Qué está diciendo? —me preguntó mi padre, disponiéndose a coger carrerilla.

—Oh, nada, que estás bien colocado.

Cogió impulso pero la bola, en lugar de salir disparada, se le quedó enganchada en los dedos y, arrastrado como un torpedo, mi padre se deslizó por la pista panza abajo hasta los bolos.

—¡Joder, qué *strike*! —murmuró Napoléon—. El estilo es discutible pero reconozco que la idea es buena.

Cuando logró sacar la cabeza de entre los bolos, con la barbilla raspada y los dedos todavía metidos en los orificios de la bola, mi padre regresó hasta



donde estábamos, con paso indeciso, por el centro de un pasillo doble de jugadores, admiradores y guasones a partes iguales. Se refugió en mi madre, que intentó sacarle la bola.

—Nada, imposible —dijo ella—. Está encajada. Puede que se te hayan hinchado los dedos.

—La verdad, cariño, ya no puedo más. El año que viene recuérdame que tengo que olvidarme de su cumpleaños.

Mi madre se sobresaltó, durante unos segundos no pestañeó y, a continuación, dio un paso atrás y contempló a mi padre con gesto meditabundo.

—¿Qué pasa? —preguntó mi padre—. ¿Por qué me miras así?

—Por nada. Es que me pareces muy guapo.

—¿Con la bola, los morros raspados y los pies torcidos?

—Muy guapo, de tan frágil. Todo lo que es frágil es bello, ¿no te parece?

Mi padre se encogió de hombros y blandió la bola.

—Te prometo que lo pensaré. Pero ahora tengo preocupaciones más urgentes. ¿Cómo me las voy a apañar para conducir? —Luego, volviéndose hacia Napoléon—: Lo tenías todo previsto, ¿verdad? Todo calculado, ¿eh?

Napoléon se limitó a encogerse de hombros. Después hizo pequeños rebotes con su bola negra en las manos.

—Prefiero no contestar. Vamos, ¡me toca!

Una sola mirada, un gesto discreto con el dedo índice, y comprendí que debía dejar actuar a mi emperador. Solo.

Y de pronto, como impulsado por un resorte poderoso, se levantó. A mi padre se le descolgó la mandíbula; su brazo, lastrado por la bola, empezó a balancearse, y se dejó caer en el banco al lado de mi madre.

Se hace un silencio absoluto. No cae ningún bolo más. Ninguna bola más rueda por la pista. A nuestro alrededor, el coro de jugadores entona al unísono:

—¡Oooh!

Napoléon camina con pasos un tanto inseguros, pasitos cortos y mecánicos, pero avanza hacia la pista, majestuoso, paseando su mirada altiva y dominadora entre la concurrencia.

Es el emperador en toda su eternidad.

Aún le faltan tres metros, dos, uno... Ya está frente a la pista.

Una carrerilla de unos metros para coger impulso... Se dobla por la mitad... La pierna derecha detrás, la otra delante, rodilla flexionada en

ángulo recto. Articulaciones sólidamente ancladas. Geometría perfecta del artista. La bola sale disparada por el aire con la misma gracia que un ave negra que recobra su libertad.

Todo el mundo se frota los ojos. De repente, dos manos aplauden, luego cuatro, después diez, y pronto se desencadena un aluvión de aplausos. Napoleón saluda.

Yo soy el único que ve que se le petrifica la sonrisa, se le crispa la mandíbula, vacila imperceptiblemente. Igual que los árboles de mis pesadillas nocturnas. Le acerco discretamente su silla de ruedas.

Toma asiento con elegancia, la sonrisa en los labios.

Sincronía perfecta. Está al límite.

—*Dankon Bubo, post dek pluajn sekundojn mi cedus! Kaj li povis deporti min kiel plukita floro.* (Gracias, Coco, diez segundos más y me caigo. Y él me podría deportar como a una flor.)

—¿Qué dice? —preguntó mi padre.

—Oh, nada, que con mucho gusto se iría a bailar ahora.

Una hora después, me despedía de él en su casa. Estaba nevando y la silla de ruedas resbalaba en el suelo.

No volveríamos a vernos hasta muchos días después. Llegaban las vacaciones y pronto nos iríamos a ver a Joséphine.

—¿Quieres que le diga algo de tu parte?

—Dile que va todo bien, querido Coco.

Los copos iban posándose uno tras otro en los cristales.

—Y que pienso en ella —añadió—. Un poco. No a diario, sino un poco. — Reflexionó unos segundos y agregó—: Qué demonios, dile que pienso mucho en ella.

Lo ayudé a acostarse. Apenas ocupaba sitio en la cama. Con un ademán, me indicó que me acercara y me susurró al oído:

—Coco, ya ves, hay mil cosas que se me escapan en estos momentos. La mayoría de ellas me da igual, pero el nombre de aquella playa... Me paso las noches tratando de recordarlo, pero nada. Ya sabes, la playa de Joséphine. Así que, si puedes, como quien no quiere la cosa, a lo tonto...

—Te lo prometo, puedes dormir tranquilo.

Dos días después nos pusimos en camino hacia el sur de Joséphine, atravesando una cortina incesante de lluvia.

Después de la comida de cumpleaños y de la tarde en la bolera, mi padre no había vuelto a decir nada sobre la hazaña de Napoléon. Tampoco volvió a hablar de la residencia de ancianos. Las conversaciones habían girado en torno a su trabajo en el banco y las obligaciones que conllevaba, o bien en torno a mis resultados académicos, que él juzgaba impecables.

Tuvimos que parar a echar gasolina. Mi padre estaba ensimismado y con la mente en otra parte, y se le desbordó el depósito. Más adelante, en el peaje, detuvo el coche demasiado lejos de la máquina y no llegaba con el brazo para meter la tarjeta, tuvo que bajarse y ponerse entre la puerta del coche y la rampa de asfalto para poder pagar. Cuando terminó con la operación, se quedó mirando al infinito sin arrancar, mucho después de que se hubiese levantado la barrera. Al fin, dijo con voz solemne, como si aquellas palabras llevasen días pidiéndole salir:

—Estoy pensando una cosa. Igual os resulta chocante, pero quizá... ¿Y si estuviera... ejem...?

—¿Y si estuviera qué? —preguntó mi madre.

—No sé, ya lo viste, el otro día se puso de pie. De eso no hay ninguna duda. Todos lo vimos, no lo he soñado, ¿no?

—No.

—Sin embargo, el médico dijo claramente que jamás podría ponerse de

pie. Mover las piernas, sí; ponerse de pie, no. Acuérdate de lo tajante que fue. ¿Y si hubiera, no sé, algún tipo de chisme para regenerarse, una especie de suero? He leído cosas en la biblioteca, al parecer hay insectos que pueden vivir cien años, ciento cincuenta incluso.

—Pero, por favor, Samuel, que tu padre no es un insecto. —Luego, viendo que esa respuesta no era del agrado de mi padre, añadió—: Pero es cierto, hay que reconocer que es raro. Tu padre desmiente a la ciencia.

—Y además —dijo mi padre—, recuerdo que cuando yo era pequeño íbamos a veranear a un sitio que no estaba lejos de una central nuclear. Nos bañábamos en un agua muy caliente, un poco verde. Él decía que era porque había estratos subterráneos, pero si el lugar se encuentra... Había algas por todas partes y Napoléon decía que eran buenas para la salud, que la ensalada salía muy rica. Una radiación se te cuele sin que te des cuenta y, catapún, te vuelves... —Se giró hacia mí sin dejar de conducir—: ¡Léonard, es posible que Napoléon sea un MUTANTE!

Esa misma tarde, Joséphine me mostró su labor de punto. Tenía hechas las mangas y el delantero hasta la mitad. Lo más complicado ahora era tejer las palabras *Born to Win* con lana blanca.

—Estará terminado dentro de unas semanas. —Joséphine suspiró—. Mi pretendiente, ya sabes, el tal Édouard, está esperando a que lo acabe para embarcarme rumbo a Asia. —Esbozó una sonrisa pícara y prosiguió—: No sabía que pudieran secuestrarme a mi edad. ¡Qué gracioso! ¿Ves el cabo de la lana? ¿No te dan ganas de tirar de él?

—Se estropeará el jersey —dudé yo.

—Por eso mismo, venga, solo dos o tres vueltas. Para ganar algo de tiempo. Se ha hecho toda la vida, ¡un clásico!

Y entonces, dándose cuenta de la maraña cada vez más grande de lana, me paró y dijo con cierta melancolía:

—Bueno, ya es suficiente, ¿sabes?, me gustaría que a Napoléon le diese tiempo de ponérselo un poco. Ese es el problema con el tiempo, que nunca sabes si conviene ganarlo o perderlo.

A la mañana siguiente le enseñé el gorro de Alexandre. Ella lo examinó y me prometió que se ocuparía de él. Yo le señalé la etiquetita que llevaba cosida en el borde.

—Es imprescindible mantener las iniciales. «R. R.» Una erre de Rawcziik,

con dos íes. La otra erre no tengo ni idea. Creo que esas iniciales son muy importantes para él.

Joséphine estaba bien. Incluso había engordado un poco y su cara rellena la rejuvenecía. Llevaba, como si de una medalla se tratara, una tristeza discreta que no la abandonaba. Me parecía mucho más joven que Napoléon y casi me costaba imaginármelos juntos. ¿Qué estaría haciendo él en esos momentos? No podía evitar verlo solo en su cama, con los brazos extendidos a lo largo de su cuerpecillo, con los puños apretados a más no poder. También intentaba imaginar cómo sería la Navidad de Alexandre Rawcziik, pero la verdad es que no lo conseguía.

Mi madre no tardó en desembalar su material de dibujo. Se pasaba la mayor parte del día sentada en un banco de piedra del jardín, con su cuaderno en las rodillas, abstraída en su universo de papel y pinturas al pastel. En cuanto a mi padre, se había propuesto poner orden en un antiguo granero. Yo acompañaba a Joséphine para ayudarla a llevar la compra; ella iba saludando a todo el mundo, preguntaba por unos y otros como si hubiese vivido siempre allí, y la veía rellenar los boletos de las apuestas delante de un *café crème*.

—Yo no tengo ni idea de caballos. Lo relleno al azar.

Al día siguiente comprobábamos los resultados: los que había elegido llegaban siempre los últimos.

Juntos pelábamos kilos de judías blancas que no cocinábamos nunca.

—Lo único que me gusta de las judías es sacarlas de la vaina —me dijo—. Me relaja. Mientras lo hago, no pienso en nada. ¡Es mi versión de jugar a los bolos!

O bien veíamos series policíacas un poco tontas en las que a los cinco minutos ya adivinabas quién era el culpable, y mientras tanto ella se ocupaba del gorro de Alexandre.

En realidad, todos estábamos deseando hablar de Napoléon, hasta tal punto resonaba su ausencia en el corazón de nuestros silencios. Hasta tal punto su rostro y su cabello blanco planeaban sobre las malas hierbas del jardín, y sus puños golpeaban las baldosas cubiertas de escarcha.

—Ya ves —me dijo Joséphine a los pocos días de nuestra llegada—, en lugar de irme a pasear por Asia, me pregunto si en el fondo no estaría mejor en una residencia. Para descansar y no tener que ocuparme de nada. Eso de las residencias es algo que me ha gustado siempre.

Con un dedo, me hizo una seña para que me acercase y me dijo al oído:

—No se lo digas a nadie, Coco, pero hace unos meses, un poco antes del divorcio, me informé sobre las habitaciones dobles. Pero no me atreví a decírselo al pájaro de tu abuelo.

Me pregunté cómo esta pastorcilla había podido vivir con el megaciclón Napoléon, y me dije que la rebeldía permanente de él había debido de compensar la dulce resignación de ella. No solo viven aquellos que luchan, como decía Victor Hugo. Los que viven son los que viven, y punto.

Una tarde estábamos seleccionando lentejas. Mi pensamiento derivó hasta el retrato de Rocky y le pregunté:

—¿Te acuerdas de Rocky?

Vi que los dedos se le quedaron inmóviles entre las lentejas.

—¿Rocky? Espera... Rocky...

—El último contrincante de Napoléon.

—¡Ah, sí, ya caigo, el italiano! El del combate amañado.

Combate amañado. La misma cantilena. Combate amañado.

—¿Por qué vuelves otra vez sobre eso? —preguntó Joséphine—. Es una historia lejana. Ya no tiene importancia. Todo el mundo se ha olvidado de Napoléon y de Rocky. Rocky falleció hace décadas y Napoléon... —Se quedó callada unos segundos y añadió—: El reino de los boxeadores es breve y decepcionante.

Cogí aire y dije:

—Hay una cosa que no termino de entender. Rocky murió a las pocas semanas del combate; tenía que estar cansado ya, frente a Napoléon...

Joséphine miraba a un punto indefinido delante de sí. Me pregunté si me había oído. Proseguí:

—Entonces ¿cómo es que Napoléon no lo noqueó? Estaba como un toro en aquellos tiempos. En los cinco primeros *rounds* pegó con todas sus fuerzas y de repente, después de la pausa, ni sus brazos ni sus piernas reaccionaban, igual que un pelele. ¡Puro teatro! Rocky se impone y gana por puntos.

Joséphine clavó su mirada en la mía. El brillo acerado de sus ojos, como dos dardos, me impresionó e incluso me asustó un poco.

—Tengo que contarte una cosa —dijo de pronto.

El corazón me empezó a palpar a toda velocidad.

—¿Sobre Ro... Rocky? —tartamudeé.

Joséphine se encogió de hombros.

—No, hombre, es una cosa de la que me he enterado por Édouard, mi

pretendiente. Una cosa realmente asombrosa.

Con los ojos entornados, levantando el índice delante de su nariz y con un tono de voz que denotaba una gran sapiencia, dijo lentamente:

—«Escucha una hierba; el viento. Pasa la golondrina.»

Se hizo un silencio que duró varios segundos. Continuó:

—«Viene el tiempo, mira el silencio. Un ojo te perturba.»

Balanceó la cabeza como si se dejase mecer por una suave brisa, como si estuviera en el corazón del tiempo, del silencio y del viento.

—¿Qué es, abuela? La hierba, el viento y el ojo que mira el silencio.

—Son haikus.

—¿Haikos?

—Kus. Haikus. Poemas japoneses.

Eran cortitos, bellos, extraños. Límpidos. Se parecían a los dibujos de mi madre. Curiosamente, gracias a Édouard, Joséphine sabía de lo que hablaba.

—El haiku trata de captar la evanescencia de las cosas, ¿entiendes?

—No sé qué significa «evanescencia».

—Pues la evanescencia es cuando las cosas están acabándose y hay que captarlas antes de que desaparezcan. En líneas generales, es eso. Con el haiku puedes captar el último instante de las cosas.

Me dije que ella comprendía la filosofía de la evanescencia debido a su edad.

—¿Quieres que te diga otro? Aguarda... «Una sombra emborronada. Nubes en el cielo delante de la silueta de un velero de tres palos.» Prueba tú también.

—¿Tú crees?

—Pues claro. Solo hay que concentrarse mucho en alguna cosa real o en algún espectáculo de la naturaleza, y tratar de fusionarte con esa cosa o esa escena. Y cuando lo tengas, intentas imaginar los segundos que preceden a su desaparición.

No perdía nada por intentarlo. Empecé pensando en mi madre y sus dibujos. Luego aparecieron en mi mente los árboles gigantes de mis sueños. Me imaginé que la piel se me recubría de corteza.

—«Grandes árboles tumbados como hombres. Sus raíces al aire; cabellos en el cielo.»

—¡Bravo! Tienes talento para el haiku, está muy bien.

Celebramos la Navidad como pudimos, un poco al ralentí y al tuntún.

Elegíamos cuidadosamente las palabras para descender por la pista de esquí de unos recuerdos de cristal. El momento de los regalos sirvió de distracción: Joséphine me regaló una moto teledirigida que me llenó de una alegría despreocupada tan loca como fugaz.

Mi padre le había llevado un televisor enorme que fue a buscar al maletero del coche.

—Eres muy amable, pero ya tengo uno.

—No pasa nada —respondió mi padre—, este es mejor. La pantalla es ultraplana y tiene imagen en alta definición. ¡Y mando a distancia!

Ella le dio las gracias, a pesar de que le gustaba más el de antes. De todos modos, dijo que nunca utilizaba el mando.

—¿Por qué? —preguntó mi padre.

—Porque no. Sería como renunciar. En el metro, Napoléon se negaba categóricamente a subir por las escaleras mecánicas. Decía que sería el principio del fin. Pues a mí me pasa algo parecido. El día que empiece a usar un mando a distancia, significará que seré vieja.

Ayudé a mi padre a instalar la tele. No entendía ni jota de las conexiones. El aparato se encendió. Todos esperábamos ver aparecer a Napoléon en la pantalla. Pero no, era un reportaje sobre camellos.

Tomamos un trozo de tarta de cuatro pisos. Sobraron tres. De todas formas, teníamos la moral por los suelos.



—Venga —dijo mi padre—, vamos a descorchar el champán. ¡Que es Navidad, caramba!

Me recordaba a esos payasos que se agitan ante unas gradas casi vacías. Joséphine se mojó los labios con su copa. Primero indecisa, pero luego se animó. Un poco más de la cuenta. Señalando con el pulgar hacia el fondo de la copa, pidió una segunda copa que mi padre no se atrevió a negarle y que ella vació de un trago. Luego se encasquetó el gorro de Alexandre, que había terminado de arreglar. Se secó la boca con la manga y soltó un eructito que la sorprendió a ella misma, como si fuese el primero de su vida.

Y ahí, justamente ahí, fue cuando estalló.

Primero se puso roja como un tomate. Luego se le subieron las burbujas a los ojos. Apretó tanto los dientes que vimos cómo se le tensaban los músculos por debajo de la piel. Y finalmente dijo a voz en cuello:

—¡Mierda! ¡Joder! ¡Carajo! ¡Demonios!

Mis padres y yo nos pegamos un susto. Joséphine se volvió hacia mí.

—Ya está bien, ¿me puedes decir de una santa vez qué narices significa esa historia de la renovación? ¡Te voy a enseñar yo renovaciones!

Había debido de guardarse a presión demasiadas cosas en su corazón a lo largo de la velada, e incluso desde el divorcio, y ahora le salía todo junto con las burbujas del champán. Empezó a temblar. Mi padre se precipitó hacia ella.

—Mamá, ¿estás segura de que no quieres echart...?

—Quita de ahí, Samuel Bonheur de mi vida, que no me voy a caer. Renovarse... Sé de qué tiene miedo, por mucho emperador que sea. ¿Qué se cree? ¿Que me chupo el dedo? ¿Que no tengo ojos en la cara? No quiere que lo vea en su último *round*, pobre soplagaitas.

—Mamá, no estás en tus cabales.

—Al contrario, nunca he estado tan bien. Esto tenía que salir tarde o temprano.

Agarró una copa de flauta medio vacía y, antes de que mi padre pudiese reaccionar, se la llevó a la boca y la apuró de un trago. La lanzó al suelo y se hizo añicos.

—¡Ay, copita, mi copita! —dijo entonces, reprimiendo el hipo. Se echó a reír y luego continuó—: ¡Aaah, qué a gusto se queda una! ¡Me he puesto las pilas de golpe! Es que si lo piensas... ¡Para que no lo vea en su último *round*! Cuando precisamente eso era lo que yo deseaba, que librásemos el último combate juntos. Ese viejo pájaro es tan cabezota que es capaz de irse sin

aclararlo. Con ese peso en el alma.

—Pero ¿qué tiene que aclarar? —quiso saber mi padre, patidifuso—. ¿De qué peso hablas?

Joséphine se limitó a cruzar los brazos por encima del pecho y se cerró en banda con actitud mohína.

—Nada. Yo sé lo que me digo. Además, así yo también me renuevo. Como está tan de moda...

—¿Ahora? —titubeó mi padre—. ¿Y si mejor vemos la tele?

—Nada de tele esta noche. Por cierto, mira lo que hago yo con tu mando a distancia.

Se levantó, desapareció unos segundos en la cocina y desde allí nos llegó su voz.

—¡A la basura!

Luego vino a sentarse en el sofá, se quitó el gorro de Alexandre y me lo tendió. Yo me lo puse en la cabeza.

—Y tú, Léonard, ¿sabes qué hay que hacer para renovarse? ¿Eh?

Por el rabillo del ojo vi a mi madre, que no se perdía detalle de la escena.

—Si Napoléon estuviese aquí —prosiguió Joséphine—, ¿qué haría para renovarse? Estoy esperando.

Sonreía. Mi mirada se detuvo en un folleto de una atracción de feria que había recibido junto con el correo. Yo lo señalé con un dedo.

—¿La cápsula espacial? —preguntó Joséphine—. ¡Muy bien! Pues vámonos. Ningún problema.

Me la imaginé ya en la cápsula de cristal lanzada al espacio a una velocidad portentosa, y sujeta por dos gomas elásticas que la permitían balancearse durante un buen rato.

—Pero ma... ma... mamá —tartamudeó mi padre—, no eres consciente de lo que dices.

—Soy perfectamente consciente de todo. Y hace tiempo que no tengo edad para pedirte permiso. Lo único que tienes que hacer es quedarte aquí viendo tu aparatito de soplag...

El teléfono sonó con su timbre agudo y a todos se nos pasó por la mente la misma idea: Napoléon acudía a poner su granito de arena y reclamaba su plaza en la cápsula espacial.

—Mira qué oportuno, el pájaro —dijo Joséphine—, ¡ahora mismo le voy a decir lo que opino!

Cogió el teléfono, abrió mucho los ojos y se quedó boquiabierta. Entonces

dijo con un tono de voz teñido de cierta decepción:

—Ah, es usted. ¿Que se me oye rara? No, no, va todo bien. Sí, sí, eso es, felices fiestas también para usted. Sí, sí, todo eso, felices Pascuas, ya que estamos. Que no, que no estoy rara. —Tapó el auricular con una mano y murmuró—: Es Édouard.

Se quedó escuchando unos cuantos minutos lo que le decía Édouard, con la mirada algo perdida. De pronto se quedó de piedra:

—¿Casarme? ¿Con usted? Ah, pues, la verdad... ¿por qué no? Llega usted en el momento oportuno, ¡justo me pilla en plena renovación! ¿Que si estoy piripi? Ni muchísimo menos, estoy totalmente sobria. Me lo pensaré. Sí, sí, le daré una respuesta pronto.

Colgó riendo con sarcasmo.

—Le estará bien empleado. *Born to Win*, y un cuerno. ¿Se cree que le voy a estar esperando hasta que las ranas críen pelo? Yo me voy a la cápsula espacial.

Mientras buscaba en su cuarto algo que ponerse encima, mi padre, un tanto achispado, le susurró a mi madre:

—Dime si me he perdido algo, pero mi madre acaba de...

—¿Sí?

—¿Acaba de aceptar una propuesta de matrimonio?

Mi madre frunció los labios.

—Eso parece.

El recinto ferial estaba abarrotado y proyectaba hacia el cielo una luz brillante como un aro de fuego helado. Joséphine andaba con pasos inseguros y a veces había que sostenerla. La cápsula espacial destacaba en el centro, desafiante, y arrancaba destellos de espanto en las miradas de la gente.

—¡Ahí está! —dijo Joséphine—. Después de esto seré otra. Y empezará una nueva vida también para mí.

—¿Estás segura, mamá? Porque ya sabes que a veces hacemos cosas que al día siguiente... Fíjate, por ejemplo, en los coches de choque, que te pegan unos meneos que para qué.

—Anda, anda, que no soy una inválida, y guárdate tu filosofía para ti. Que aunque no haya sido boxeadora, también tengo derecho a renovarme. —Dejó pasar unos segundos antes de añadir—: ¡La eternidad se comparte!

Tuvimos que mentir con la edad, porque yo no tenía suficientes años para

montar y ella tenía alguno más de la cuenta.

Tres minutos después, estábamos en la cápsula, con los pies colgando en el vacío. Yo estaba muerto de miedo y Joséphine no paraba de burlarse. Todavía faltaban unos segundos, mientras tensaban las gomas elásticas. Mi padre y mi madre nos miraban aterrados. Un espectador, refiriéndose a Joséphine, dijo:

—¡Qué valor tiene esa señora!

—¡Es mi madre! —replicó mi padre, henchido de orgullo.

Había empezado la cuenta atrás. El momento de las últimas voluntades.

—¿Abuela?

—Sí.

—¿Sabes, esa playa...?

—¿Playa? ¿Qué playa?

—Esa que tú sabes, la playa de Napoléon...

—Ah, sí, la playa de Napoléon.

—Si salimos de esta, ¿me enseñarás dónde estaba?

—¡Te enseñaré algo mejor!

En el camino de vuelta, Joséphine vomitó tres veces. Hacía un gesto con la mano, mi padre paraba en la cuneta y ella salía corriendo.

—Empiezo a estar hasta la coronilla —masculló mi padre—. ¿Es que no pueden estarse un poco tranquilos, a su edad? Lo de mi padre aún no lo llevo tan mal porque estaba acostumbrado. Sé desde hace tiempo que es un obús mal desactivado y que su pasatiempo favorito es jorobarme la existencia. Pero Joséphine, la dulce Joséphine... Y ahora este cuento de casarse. Necesito unas vacaciones, pero vacaciones de verdad, en algún sitio donde nadie pueda sabotearme la vida, donde se ocupen de ti y todo el mundo esté a tu servicio.

—¿Qué tal una residencia de ancianos? —dijo mi madre.

—¿Qué andáis cotorreando, granujas? —preguntó Joséphine subiéndose en el coche de un brinco.

Después se quedó traspuesta enseguida, roncando como una morsa. Cuando llegamos a casa, la instalamos en el sofá, dormida aún. Nos quedamos los tres mirándola.

—Tiene gracia —dijo mi padre—, dormidos parecen inofensivos. Pero en cuanto abren un ojo, ¡se armó el belén!

Como si lo hubiese oído, Joséphine levantó los párpados. Sus ojos estaban muy despiertos y su mirada afilada.

—¿Te encuentras mejor, mamá?

—Sí —respondió ella secamente.

—¿Nos vamos a dormir? La fiesta ha acabado, creo.

—Aún no. Pásame el teléfono. Ya lo he pensado.

—Ah, estupendo —dijo mi padre, aliviado—. Me alegro de ver que eres razonable. Nada como consultar con la almohada. A veces con una copita en el cuerpo decimos cada cosa...

Le tendió el aparato. Ella marcó inmediatamente un número.

—¿Hola, Édouard? Sí, soy Joséphine. Lo del matrimonio, que vale. Ya he terminado mi labor. ¡Donde quiera usted! ¿En Asia? ¡Si le hace ilusión...! ¿A orillas del Mekong? Perfecto. ¡O en la Patagonia, si quiere! ¿Que no está en Asia? ¡Ah, bueno! Total, que estoy lista para empezar una nueva vida.

Colgó y murmuró:

—¡Lo siento por Napoléon! Quitaa, quita, que no lo hubiera hecho.

Cuando vio la cara que ponía mi padre, le soltó:

—¿Algo que decir, tú?

Mi padre negó con la cabeza, lentamente. Sus ojos perplejos no expresaban otra cosa que un fatalismo descorazonado.

—No, no, nada que decir.

—Porque es como si estuvieras pensando cosas.

Él se levantó:

—No es que me esté aburriendo, pero me parece que me voy a echar un sueñecito.

Me quedé solo con Joséphine. Ella esperó hasta que no se oyó ni un ruido más y entonces me hizo una seña para que la siguiese hasta su cuarto. Allí, sacó del cajón de su mesilla de noche un frasquito de perfume y desenroscó el tapón. Me pasó el frasco por debajo de la nariz.

—¿Qué?

—Huele bien. Un olor raro.

Era un perfume imposible de definir, un poco pasado, un olor maravilloso pero evaporado.

—El perfume de los buenos ratos. Pon la mano.

Volcó el frasquito. Arena. Arena rojiza mezclada con granitos de mica que conservaban todo su brillo.

—Huy, tampoco mucho. Tengo que guardar algo para cuando sea vieja.

—La playa —murmuré—. La playa de la libertad con Napoléon. La playa de los Bonheur.

—No le digas nada a ese pájaro, pensará que es una ñoñería.

—Vale.

Era el momento perfecto para susurrar:

—¿Sabes qué?, piensa mucho en ti. A todas horas.

—¿Y no me lo puede decir él mismo? ¿Es que ha empeñado el teléfono?

—Tiene la cabeza dura, como sabes. Pero el corazón superblando.

—Cuando me diga que vuelva, volveré. Mientras tanto, ven que te enseñe...

Desplegó sobre la cama un viejo mapa de carreteras.

—¡Ahí! Era ahí.

Una minúscula coma amarilla con una sombrilla encima había sido rodeada a lápiz. El mapa estaba gastado; y la playa, oculta en uno de sus pliegues. Qué efecto tan curioso, pensar que todo había empezado en ese trocito de playa. Tenía la impresión de que todas las carreteras del mapa llevaban a ese rincón.

—¿Sabes una cosa? —me preguntó mi abuela.

—No.

—A veces me da la sensación de que tengo granos de arena metidos aún entre los dedos de los pies.

A la mañana siguiente, según mamá, tendríamos un día tranquilo.

—Veámosle el lado positivo —dijo durante el desayuno—, después de la juerga de ayer, no le entrarán ganas de ponerse a bailar el jerk y podremos relajarnos.

La mañana fue pasando y Joséphine no se levantaba.

—Por lo que a mí respecta, no tengo ninguna prisa —dijo mi padre—. ¡En vista del circo que se arma cuando está levantada! Dejémosla que se recupere.

Probé mi moto en el jardín y después, como me cansé enseguida, me senté al lado de mi madre para verla dibujar. Sus movimientos eran precisos y furtivos. El jardín, con sus árboles petrificados por el invierno, parecía brotar de su pincel.

Me dio permiso para hojear su cuaderno. Los últimos meses desfilaron ante mis ojos. Y durante unos minutos volví a encontrarme como por arte de magia en la Gare de Lyon el día que mi abuela partió. A mi madre se le había ocurrido incluso dibujar al fondo el reloj que marcaba la hora exacta de la separación.

Y entonces me detuve delante de la escena en la que se nos veía a nosotros cuatro en la cafetería. La ausencia de Joséphine era clamorosa.

—Qué cara tan rara se le ve a Napoléon —dije—. ¿Estás segura de que estaba así?

—Estaba así por dentro.

No me había fijado en ese brillo de melancolía que tenía en la mirada y que mi madre había puesto de manifiesto.

—Y esto, mamá, fue cuando Napoléon se cayó mientras bailaba a lo Cloclo. ¡Pero tú no presenciaste la escena!

—No. Me le imaginé. ¿Fue así?

—Tal cual. Es como si hubieses estado escondida en alguna parte.

De pronto, me di cuenta de que andaba buscando una escena en concreto. Y un dibujo que ocupaba una página entera me llamó la atención.

—Sabía que ese instante se te habría quedado grabado —dijo mi madre—. Está guapo ahí tu padre, ¿verdad?

Una vez más, la postura perfecta en la que mi padre se había colocado me dejó atónito. Puse la mano sobre el dibujo de tal manera que solo se viesan el torso, la cabeza y los puños enguantados a la altura del mentón. Una angustia imposible de describir se apoderó de mí.

Mi madre cogió de nuevo su cuaderno, pasó unas cuantas hojas y arrancó una.

—Toma. Dásela a tu amigo.

El gorro de Alexandre Rawcziik. Mi madre había puesto mucho cuidado en que se viesan bien las dos iniciales y estaba seguro de que Alexandre apreciaría el detalle. En el papel, el gorro parecía protegido del tiempo, de la dispersión de las cosas y de todo.

En ese momento mi padre abrió una ventana y, por señas, nos indicó que teníamos visita.

—Que está aquí el otro —dijo en voz baja—. El pre-ten-dien-te.

Édouard parecía una especie de Papá Noel con su gorro ruso de pelo de nutria anudado debajo del mentón. Tenía la cara redonda, con la tez muy blanca pero con unos pómulos salientes bastante colorados. Llevaba unas botas gruesas de nieve, de piel de pelo largo que arrastraba por el suelo, y bajo la nariz asomaba un mostacho que parecía del mismo pelo que sus botas. Yo no podía apartar la mirada de aquellas botas.

—Piel de yak. Compradas en Mongolia Exterior. —A continuación se presentó—: Édouard —dijo sin más, basculando el pecho un poco hacia delante—. A lo mejor han oído hablar de mí.

Nada más verlo, me di cuenta de que tenía sabiduría asiática. Obviamente, era un peso pluma al lado de Napoléon, pero tenía una sonrisa muy amable, aunque un poco bobalicona. Nos tendió la mano derecha, todavía envuelta en gasas.



—Es que me quemé mientras trajinaba con el motor de mi coche.

Yo era la única persona sobre la faz de la Tierra que sabía que estaba mintiendo, y esta mentira hizo que me cayera bien al instante. Saltaba a la vista que venía para hablar con Joséphine.

—Pues no se ha levantado —dijo mi padre en voz baja—. Tuvo una noche un poco... agitada.

Al final, invitaron a Édouard a sentarse en el sofá y se hizo un silencio enorme porque no teníamos gran cosa que decirnos. Como Joséphine seguía sin aparecer, Édouard sacó algo de su bandolera.

—¿Una partidita? —me preguntó señalándome con el mentón un estuche largo de madera dorada que parecía un plumier de los de antes—. El go.

Dispuso los elementos del juego en la mesa baja.

—A ver, te cuento: el nombre literario del go es *ranka*, que significa «mango de hacha podrido».

—¿En chino?

Él sonrió.

—En japonés. En chino lo llaman *weiki*, es decir, «juego del cerco». Te lo voy a explicar: cuenta la leyenda que un día un leñador se paró a ver una partida de go. Cuando quiso reanudar el camino, se dio cuenta de que se le había oxidado el hacha porque habían transcurrido siglos.

Moví la cabeza arriba y abajo para darle a entender que comprendía. Siguieron unos segundos de silencio.

—Me gusta contar cosas —precisó, como queriendo excusarse—. Por eso cuento cosas.

Tenía una sonrisa de oreja a oreja. Mis padres lucían esa cara tensa de quienes contienen la respiración delante de un castillo de cerillas.

—Bien, ¿ves esto? Es el *goban* —dijo Édouard.

—¿Qué?

—Quieres que te lo explique, ¿verdad?

—Sí.

Mi respuesta pareció colmarlo de alegría.

—Pues verás: el *goban* es el tablero, por así decir. Dos intersecciones se consideran vecinas cuando están en la misma línea y sin intersecciones entre ellas.

—Vale.

—Y una cosa muy importante, te cuento: un territorio es un conjunto formado por varias intersecciones que no están ocupadas, que van

agrupándose poco a poco y que están encuadradas por piedras del mismo color.

A continuación pasamos a las piedras vivas por *seki*, a las piedras muertas y a las piedras con un solo ojo; a las cadenas de libertad, las cadenas sin libertad y las cadenas en *atari*, la captura y la amenaza, los puntos de compensación que se denominan *komi*; y todo ello con excepciones que no acababan nunca.

Era más complicado que jugar a los bolos, donde solo hay que aprenderse dos palabras: *spare* y *strike*. Y encima no pasa nada si no te las sabes, porque en la pantalla electrónica una chica en biquini te lo cuenta todo mientras se contonea.

Mis padres se estaban aguantando la risa.

—Mira —continuaba Édouard—, las blancas no pueden jugar en «b» y capturar la piedra negra uno que...

Desconecté. Ya solo veía su bigote espeso que no paraba de moverse ante mis ojos. Su voz se convirtió en un runrún largo y pastoso en el que dejé de distinguir palabras.

—¿Eh? ¿Pillas la explicación?

Dije que sí con la cabeza. Él pareció satisfecho.

Joséphine seguía sin levantarse, así que mi padre terminó ofreciendo un té a Édouard. Justo cuando se disponía a dar el primer sorbo, me dijo:

—Eso son los rudimentos. Después del té, te explico las sutilezas. Qué agradable, y qué raro, es conocer a alguien a quien le gustan las explicaciones.

Entre dos sorbos, Édouard adoptó de pronto un aire solemne y, volviéndose hacia mi padre, dijo:

—Señor, dado que Joséphine no se despierta, es a usted a quien debo dirigirme. Verá...

—Cuénteme —dijo mi padre sonriendo.

—Tengo el honor de pedirle... ejem... la mano de su madre.

Se hizo un silencio largo, como un mantel que se extendiera sobre todos nosotros. Percibí, por el brillo de sus ojos y por la contracción de su frente, que mi padre estaba haciendo un gran esfuerzo para entender la pregunta que se le había hecho.

—Verá, le cuento —siguió Édouard—. Joséphine ha aceptado convertirse en mi esposa, pero a mí me gusta que las cosas se hagan de manera ordenada. Porque el orden es el preludio de la felicidad.

—Si usted lo dice —dijo mi padre.

Se rascó la cabeza y cruzó con mi madre una mirada de perplejidad. El pretendiente aguardaba sin dar muestras de nerviosismo.

—Por lo general, en Europa —empezó a decir mi padre— no se le pide la mano de una mujer a su hijo, sino a su padre.

Con el dorso de la mano, Édouard restó importancia a la objeción.

—Un detalle. Le cuento. En la filosofía sintoísta, el padre y el hijo...

—No, no, está bien. Haga lo que quiera pero no me cuente nada más. Tanto si se casan como si no, a mí... —Y sin terminar la frase, se volvió hacia mi madre—. ¡Joder con la tercera edad!

Luego se abstraigo de todo con una revista de crucigramas.

—No sé usted —dijo mi madre—, pero a mí no me importaría ver algo en la tele. Cualquier tontería graciosa. ¡Una peli para evadirse, por ejemplo!

Édouard extrajo de su bandolera una caja de DVD.

—Tengo lo que necesita —dijo muy contento—. Había pensado verla con Joséphine, pero no pasa nada. De todas formas, me la sé de memoria. Ya verá, es muy entretenida, no se cansa uno de verla. ¿Le apetece? ¡En esta tele enorme va a ser la pera! ¡Y es en versión original!

—¿Es una comedia? —preguntó mi madre.

—Mucho mejor: teatro No-.

—¿Teatro QUÉ? —preguntó mi padre levantando la nariz de sus crucigramas.

—Le cuento: No- o Gagaku, como prefiera. O también Bugaku si es puntilloso con las palabras. ¿Es entendido en la materia, el «suegro»?

—No —respondió mi padre—, solo era por saber. Mi único interés reside en que el día acabe bien.

Fuera empezó a caer aguanieve. Parecía que la cosa iba para largo.

—¡Les va a encantar! —dijo Édouard metiendo el DVD en el lector—. ¡Nos vamos a tronchar de risa! Si no entienden algo...

—Usted nos lo cuenta —terminó mi madre.

—Eso.

Enseguida apareció en la pantalla un hombre enfundado en un kimono negro satinado, ceñido con un ancho cinturón rojo. Estaba él solo en un escenario inmenso, vacío, mirando a derecha e izquierda como si buscara algo. Sus cejas oblicuas remataban dos ojos negros maquillados que le daban un aire furioso y temible. De pronto se quedó quieto, dio un gritito superagudo, «Ayyy», y entonces se puso a temblar de los pies a la cabeza

como una caña en medio de una tormenta.

—Está enfadado, ¿no? —pregunté a Édouard.

—No, está muy contento. Es el gracioso. ¡El típico que siempre se toma la vida por el lado positivo!

Al poco, el hombre dio un paso grande hacia delante, pisando el suelo con fuerza, lo que provocó un sonido de trueno. Luego revolvió los ojos, movió las orejas, castañeteó con los dientes, meneó el trasero, hinchó la panza todo lo que pudo, proyectó el ombligo hacia el cielo, se tocó la punta de la nariz con la lengua y lanzó un rugido que nos asustó a todos.

—¡Pobrecillo! —exclamó Édouard.

—Pobrecillo, ¿por qué? —preguntó mi padre, extrañado.

—Ya ve lo desgraciado que es. ¿No?

—Ah, sí, ahora que lo dice, sí.

—Fíjese, fíjese —dijo Édouard señalando la pantalla con el dedo—. ¡Concéntrese, puñetas, que se va a perder lo mejor!

El hombre, solo en todo momento sobre el escenario, se puso a mirar hacia lo alto. Su rostro vuelto hacia el cielo parecía seguir el curso de unas nubes invisibles. Levantó el dedo índice como si quiera percibir la dirección del viento.

Y ahí Édouard soltó una carcajada.

—Qué bueno, ¿eh? Siempre que veo esta escena, yo es que me parto. ¿Verdad que sí? ¿Tengo o no tengo razón?

—¡La monda! —farfulló mi padre.

—¿A que sí? Tengo una idea: ¿y si la vemos otra vez? Aunque solo sea para reírnos.

—No, no —respondió mi padre—, se cortará el ritmo.

—Tiene razón. Atención, que ahora viene más acción todavía.

En efecto, una silueta endeble apareció entre unas puertas correderas. La envolvían unas nubes vaporosas que le formaban como unas alas. Sin hacer ruido, se acercó al hombre del quimono negro, pero él parecía no verla. La silueta estuvo dando vueltas a su alrededor unos veinte minutos.

Luego desapareció. El hombre se desmayó y se quedó tumbado boca abajo como una tortita.

—¡Siempre que la veo, me sorprende! —exclamó Édouard—. Reconocerán que el final es totalmente inesperado.

—Yo le reconozco que... je, je... desde luego es sorprendente. ¡Se espera uno cualquier cosa menos eso! ¿Y así acaba del todo? ¿Está seguro?

—La primera parte, sí. En total hay quince. Éxito garantizado: acción, risas, ternura. Si quieren, mañana vuelvo y...

Fuera seguía lloviendo. Pensé en Napoleón. Y en Alexandre, pero sin su gorro.

Mamá se había quedado traspuesta y la mano le colgaba por encima del brazo del sofá. El cuaderno de dibujo se le había caído a la moqueta.

En ese preciso instante, comprendí que el tiempo pasaba para todos nosotros.

Édouard se había marchado hacía rato, con su gorro ruso en la cabeza y sus pieles de yak en los pies, cuando Joséphine apareció como una flor, a última hora de la tarde, con la piel renovada, las mejillas carnosas y sin rastro de temblores en las piernas. Mi padre le dijo que Édouard había estado de visita. Ella se desperezó, bostezó y preguntó:

—¿Y qué quería?

—Venía por lo del matrimonio.

—¿El matrimonio? —preguntó extrañada Joséphine—. ¿Qué matrimonio?

—El suyo.

—Ah. ¿Se casa?

—Pues sí.

—¡Anda! Pues me lo podría haber dicho. ¿Y con quién?

—¡Contigo!

Joséphine, pivotando sobre sus talones, dio media vuelta bruscamente.

—¿CONMIGO?

—Sí, en vista de que a ti te parecía bien. Tú misma se lo dijiste ayer, por teléfono.

Joséphine se dejó caer en un sillón y cerró los ojos. Sin duda, estaba tratando de recordar.

—Oye, majo sí que es —dijo mi padre—. Un poco hermético, pero majo.

—Cállate —dijo Joséphine—, estoy intentando acordarme. Sí, me parece que se disipa la niebla... ya recuerdo algo. Menuda cara ha debido de poner.

—¿Cuándo?

—Cuando le has dicho que estaba con resaca. Y comprometida. Comprometida con la Felicidad.

Mi padre se mordió los labios y mi madre resopló.

Joséphine se levantó.

—Un momento... ¿Quieres decir que...?

—¡Pero mamá, acuérdate! ¡«Preparada para una vida nueva»! Si te querías ir a la Patagonia.

Joséphine se cogió la cabeza con las manos y se balanceó adelante y atrás.

—¡No es cierto, no es cierto, era una forma de hablar! No sé, una metáfora, una tontería de Navidad. Hay que ser zoquete para no entender algo así.

Mi padre giró la cabeza a izquierda y derecha, buscando anclar la mirada en algo que pudiera sosegarlo. Al final, se puso a sonreírle a una botella de limonada reconvertida en lámpara a la que habían añadido una pantalla de paja. Era como si tuviera un montón de cosas que contarle.

—Exacto —murmuró—, yo ya no entiendo nada de vuestras historias. Decías que te querías renovar, que si una vida nueva, que si habías terminado la labor de punto... ¡Adelante, a la Patagonia! El otro va y se presenta, todo sonrisas, con su gorro ruso, sus pieles de yak y sus toneladas de explicaciones sobre el teatro go, sobre su juego de No-... Y yo...

—Creo que es al revés, papá —dije yo—, teatro No- y juego de go. ¿Quieres que te lo explique?

—Mira, ¡me da lo mismo! —gritó—, ¡me da completamente igual, fíjate lo que te digo! No he entendido nada ni del juego ni del teatro ni de nada de lo que está pasando aquí. —Farfulló unos segundos antes de estallar de nuevo —: ¡Y en cuanto a vuestros líos de matrimonio, divorcio, renovación y esa eternidad que se comparte como quien comparte un salchichón en un picnic, tampoco entiendo nada! Pero, sobre todo, ¡no quiero ninguna explicación!

Mientras tanto, Joséphine se había quedado lamentándose en su rincón, tapándose la cara con las manos.

—¿Y ahora yo qué hago? ¿Qué hago? ¡Quiero recuperar mi Felicidad! Y no tengo ninguna gana de irme a Asia.

La noche siguiente se pareció a casi todas las noches. Continuaron cayendo los árboles. Eran todos enormes, anchos y nudosos, con una larga vida a sus espaldas. Pero, curiosamente, la longitud y la anchura de sus troncos, así como la envergadura de su ramaje, daban más impresión de fragilidad que de fuerza. De hecho, cuanto más imponentes eran, más frágiles parecían. Alexandre Rawcziik, Punto y yo caminábamos por una alfombra de hojarasca que no hacía ruido al pisarla, como si nos desplazáramos sin tocar el suelo. Íbamos de árbol en árbol para comprobar que no estuvieran amenazados, pero en cuanto los tocábamos, el peligro se volvía evidente. El gorro de Alexandre era enorme, casi tan alto como los árboles.

Era como un animal que rondaba por allí, un animal tan feroz como paciente. Yo retrocedía unos pasos. Miraba hacia arriba pero solo veía el follaje que tapaba el cielo. Enseguida, la copa del árbol se ponía a temblar y luego el tronco entero se balanceaba de derecha a izquierda. Y las raíces se arrancaban de la tierra sin el menor sonido, sin un crujido; al contrario, a nuestro alrededor, murmullos confusos y bufidos acompañaban la caída.

Cada vez que se desplomaba un árbol, yo me decía que por fin iba a enterarme de lo que había detrás, y esa certeza me consolaba un poco; pero en realidad siempre me encontraba delante de otro emperador del bosque. El cual, a su vez, pronto se vería amenazado.

Y me ponía a llorar.

Hasta que el teléfono sonó de madrugada. Papá y mamá se levantaron corriendo. Yo fui con ellos al salón. Joséphine, por su parte, no se despertó.

Napoléon. Solo podía ser él.

—Es un bombero —nos dijo mi padre tapando el auricular con la palma de la mano.

Mi madre me dijo que volviese a la cama, pero yo me quedé sentado en los primeros peldaños de la escalera. Mi padre repetía lo que decía el bombero para que mi madre pudiera seguir la conversación.

—¿Un incendio?

Silencio.

—¡Ah, estupendo! Al menos han pasado calorcito. ¿Que no debería bromear en estas circunstancias? Es verdad, discúlpeme. Es que últimamente estoy teniendo unos días un poco estresantes.

Silencio.

—Ya, entiendo. O sea, que se puso a planchar y se fue a la bolera en calzoncillos, dejándose la plancha encima de la camisa. No hay duda, es él.

Silencio.

—¿Cómo dice? ¿Qué tiene un problema con él? ¡Bienvenido al club! ¿Que no tiene gracia? No, es verdad, tiene usted razón. Pero, en fin, a veces...

Silencio.

—Ya no se acuerda de nada y dice que ha sido usted el que le ha prendido fuego a todo para deportarlo. ¿Y que está compinchado conmigo? Típico. ¿Dónde está, ahí?

Silencio.

—Sí, ya me hago una idea: se ha encerrado en el baño y se ha puesto a gritar: «Tengo más hambre que una barracuda». Lo de siempre. ¿Que les ha hablado de un tal Rocky? ¿Que dice que nadie ha sabido entender nunca el legado de Rocky? Espero que tengan formación especial en «antiguos boxeadores con temperamento», porque de lo contrario van a tener una noche movidita. ¿Que tampoco le hace gracia? Bueno, pásemelo.

Silencio.

—¿Cómo? No quiere hablar conmigo. Dice que soy un pi... ¿Y eso sí le hace gracia? ¿Le da risa? No, a mí no.

Silencio.



—¿Que dice que el imperio está en peligro y que solo hablará con su general en jefe? Sí, sé a quién se refiere. ¿Una reunión inmediata del Estado Mayor?

Despertamos a Joséphine en plena noche. Mi padre fingió que habían robado en su banco y que tenía que volver urgentemente. Ella nos acompañó afuera y, en la escalera del porche, iluminada por las luces del coche, con su camisón de tiempos de Maricastaña y el cabello suelto, tenía el aspecto de una extraña criatura mitológica.

—Te llamamos, Joséphine —le dijo mi padre a voces—. O sea, al revés.

Mi padre condujo a toda pastilla. El coche atravesaba la noche. Yo me quedaba dormido y luego me despertaba sobresaltado. Curiosamente, me sentía bien y no me apetecía nada que el viaje llegase a su fin.

Acompañé a mi padre cuando quería descansar un poco o tomarse un café para espabilarse en las gasolineras. En una de ellas, poco antes del amanecer (aún nos quedaban unos cien kilómetros para llegar), se cargó una máquina que se había tragado su moneda. Aparecieron dos gorilas con un brazalete donde ponía «Seguridad», pero aquella palabra transmitía más bien intranquilidad. Uno de ellos le dijo a mi padre:

—¿Qué, caballero? ¿Armando lío?

El tono fue subiendo y creí que acabarían a tortas. Mi padre se puso a dar saltitos de un pie al otro, con los puños a la altura del mentón. Los otros dos lo observaban, vagamente burlones. Agarré a mi padre por el brazo.

—Vamos, papá, que estos no saben nada de boxeo.

—Tienes razón. ¡No saben nada!

Justo en el instante en que la puerta de vidrio se abría deslizándose delante de nosotros, mi padre se volvió hacia los dos vigilantes:

—¡Sois unos PICHAFLOJAS! —gritó.

Corrimos a toda velocidad hasta el coche, que arrancó como un cohete.

Al poco rato salimos de la autopista y, justo antes de llegar, mi padre frenó en seco delante de una cierva blanca, inmóvil en el centro de la carretera y que nos miraba fijamente con sus enormes ojos dulces. Era graciosa y frágil, y se tomó unos segundos antes de decidirse a cruzar al otro lado con su contoneo elegante. La frase que había dicho mi madre en la bolera, «Todo lo que es frágil es bello», resonó en mi mente.

—¡Te toca! —me dijo mi padre parando el coche delante de la casa de Napoléon.

El bombero seguía allí, dormido delante de un café frío y envuelto en una

colcha grande de cuadros. Un olor a quemado flotaba por la casa y la cocina estaba negra como el carbón. Punto vino hacia mí despacio, meneándose y mirándome con ojos de perplejidad. Su mirada denotaba que sabía muchas cosas. Luego se tumbó de costado.

—Yo soy el general en jefe —le dije al bombero.

—Pues vaya ejército más raro —respondió él.

Nada más verlo, sentí algo que me habría gustado no sentir nunca: me pareció que Napoleón había envejecido de golpe. Ante mí tenía a un señor muy mayor, y la misma angustia que me había atenazado en el sueño hizo que se me encogiera ahora el estómago. El peligro acechaba.

Durante unos minutos tuve la sensación de ser transparente; comprendí que no me reconocía en absoluto. Su mirada parecía buscar en mi rostro el recuerdo de alguien con quien se habría cruzado en alguna parte y cuyo nombre había olvidado.

Había un grifo que no cerraba bien, y cada segundo una gota de agua, regular como un metrónomo, caía en la pila de un modo irritante.

Poc – poc – poc

Y tenía la sensación de que ese goteo iba contando el tiempo. De pronto, él me hizo una seña para que me acercara y me susurró al oído:

—He escondido el camembert, no se lo digas a nadie. —Y ante mi cara de estupefacción, agregó—: El bombero... venía buscando eso, el camembert. Por suerte me he dado cuenta enseguida. Tenías que haber visto su careto cuando ha abierto la nevera. ¡Por poco no se come el casco! Vete a ver, vete a ver.

Con mirada alegre, regocijándose por adelantado, vino detrás de mí hasta la cocina. Esta tenía un aspecto siniestro, con las paredes renegridas. El olor acre a formica quemada se te pegaba a la garganta. Abrí la nevera y no pude reprimir una sonrisa. Me volví hacia mi abuelo.

—¿Por qué has guardado todos tus calzones en la nevera? ¿Y por qué tienes tantos?

Había al menos un centenar, todos perfectamente alineados.

¿Había oído mi pregunta? Estaba mirando el techo con las cejas arrugadas y murmuró:

—Esto necesita una buena mano de pintura...

—Oye, que por qué tienes aquí metidos todos tus calzones —insistí yo.

—¿Por qué? —replicó él—. ¡Pues para chincharla!

—¿A quién? No entiendo nada, ¿sabes?

Él se echó a reír.

—¿Cómo que a quién? Qué ocurrencias tienes. ¿No se te estará yendo un poco la chaveta? Pero si lo sabes de sobra. A la señora Taillandec.

Yo conocía ese apellido. Era el de la institutriz que había tenido mi abuelo en la escuela primaria y de la que me hablaba con una mezcla de rencor y cariño.

—¿Has metido tus calzones en la nevera para chinchar a la señora Taillandec?

—Exacto. A ella y al bombero. Por cierto, no se lo digas a nadie, pero fíjate, el bombero es su hijo... Su hijo secreto. Menuda tramposa. Están compinchados. Los dos me querían birlar el camembert. Je, je, no soy tan tonto, ¡lo escondí! Y en su lugar se han encontrado con los calzones. ¡Que no la tengo hueca!

Se señaló la sien.

Poc – poc – poc

Y entonces, de pronto, en cuestión de segundos, fue como si volviese a ser el de siempre.

—¡Ah, Coco, eres tú! Te estaba esperando. Pero bueno, qué gorro tan bonito.

—Gracias, abuelo.

—¡No me llames así! ¿Pero tú has visto esto? No sé qué ha pasado. ¿Tú lo sabes?

—No.

—Igual un cortocircuito.

—Igual sí.

—¿Sabes? Es raro, pero esta noche me han venido un montón de recuerdos. Tenías razón, tengo una memoria de elefante. Lo tengo todo

almacenado aquí dentro.

Se golpeó la cabeza con el puño y luego me preguntó:

—¿Cuándo era tu cumpleaños?

—¿Se te ha olvidado?

—No exactamente, es solo una duda.

—En el mes de mayo —dije yo—. El dieciocho.

—En el mes de mayo, el dieciocho —repitió en voz baja—, es verdad.

Se quedó como cavilando, ejecutando cálculos complicados. De pronto se le iluminó el rostro:

—Por cierto, a propósito del taxi, la misión que te encomendé, ya sabes, la playa en la que...

—Sí, mi emperador, sé dónde está. En un pueblecito que se llama Houlgate.

—Sí, eso es. Ese era el nombre, correcto. Recordaba todo excepto eso. Houl-gate. Como si tuvieras caramelo caliente en la boca. No era una playa pequeña.

Su alivio era manifiesto. Yo me juré, para mis adentros, hacer todo lo que estuviera en mi mano para no olvidar nunca el nombre de esa playa.

—Coco, te voy a contar un secreto. Baja al sótano. En la estantería en la que están mis guantes, el saco y todo lo demás.

—Sí, ya sé cuál.

—Allí encima encontrarás un tarro de magnesio, ya sabes, el polvo blanco que te pones en las manos para no destrozarte las manos con los guantes.

—Vale.

Soltó una carcajada.

—Solo que no es magnesio. ¡Ja, ja! He hecho trampa... Así estaba seguro de que Joséphine no iría a meter las narices.

Unos minutos después, regresé con el dichoso tarro, que Napoléon abrió rápidamente.

—Huele —dijo—, huele un poco.

El olor de la playa. La misma arena que tenía Joséphine. El mismo perfume suave y tenue del pasado que resucitaba la imagen de Napoléon y Joséphine caminando por esa playa. No pude evitar imaginarme sus veinte dedos de los pies impresos en la arena.

—No se lo cuentes a nadie, ¿eh? Secreto militar. Que tengo mi dignidad. Luego, como general en jefe, te ocuparás de poner a buen recaudo estas reliquias del imperio.

Volvió a cerrar el tarro enroscando la tapa con todas sus fuerzas.

## *Carta de la abuela*

Hola grandullón:

Qué pena que os tuvierais que ir tan corriendo, el otro día, despedirse es importante, sobre todo porque la noche de Navidad yo estaba irreconocible, se me... ¿cómo lo decís vosotros, los jóvenes? Se me fue la olla, creo, en todo caso al día siguiente las burbujas se me bajaron a las rodillas, llovía, era mi primera Navidad sin Napoléon, llamó Édouard, me quería hablar del futuro, no fue muy oportuno porque yo no quería oír hablar de otra cosa que no fuera el pasado.

Igualmente quedamos en un salón de té, él no sabía muy bien cómo abordar el tema de la pedida, estaba nervioso, se le notaba mucho, cambiaba el peso de una pierna a otra, como si tuviera ganas de hacer pis, pero fue enternecedor, y además todo eso me convenía porque yo tampoco sabía cómo darle un giro a la situación. Un simple no me parecía cruel, total que no me apetecía responder a sus preguntas, ni hablar con él siquiera. Así que le propuse lo que se propone siempre cuando no se tiene nada interesante que decir: ir al cine. No sé qué haríamos sin el cine.

Me apetecía ver alguna comedia, y él me dijo que había una película muy buena y divertida de un tal Kurosawa que se titulaba *Los 7 samuráis*, no entendí pero nada de nada, al principio era en

blanco y negro, pero había más de negro que de blanco, ocurría en tiempos muy remotos en los que la gente apenas sonreía, duró exactamente 207 minutos, porque teníamos la posibilidad, según Édouard, de ver la versión larga, la versión corta la había visto 6 veces, menos mal que solo eran 7 los samuráis, si hubiesen sido 20 nos habríamos tirado dos días en el cine, además todos se parecían mucho con sus cascos y sus bigotes, había uno que se parecía un poco a Édouard y durante los créditos él (Ed, no el samurái) me pidió mi opinión, entonces para relajar el ambiente le dije que no me había parecido nipón nipán, pero la gracia no le arrancó ni media sonrisa, me miró muy serio, incluso dijo que no tenía ningún respeto por la cultura ancestral, que era como una pirata de las cosas del espíritu y que eso era una diferencia tremenda entre él y yo, después de 207 minutos de esa castaña japonesa tenía derecho a hacer un juego de palabras, aunque fuese tonto, ese es el problema, con Édouard, todo se lo toma en serio, bueno, uno de los problemas. El segundo, es que no es Napoleón, y me puse de morros. Igual que una cría pequeña, al cabo de un cuarto de hora o así, bien es cierto que estábamos a punto de pelearnos como el perro y el gato, esto es lo que me dijo: «Pero, mi querida Joséphine, no me lo puedo creer, nos estamos peleando. ¡Es adorable!».

En el fondo, me alegraba de no tener que hablar del tema del matrimonio, no tenía ni idea de cómo planteárselo ni cómo explicarle que no podía pensar en nadie más que en Napoleón, como si fuese una quinceañera, sobre todo desde que olimos la arena y miramos el mapa, no le digas nada, pero Napoleón es un hombre que no ve los samuráis pero que como ellos está lleno de diabluras de todo tipo.

Al final se calmó y cambió de tema, por lo visto él tampoco tenía mucha gana de que le echaran el guante, me parece, y de pronto me dijo que ya no quería perder más tiempo cocinando o limpiando y que se iba a buscar una cuidadora para que le ayudara con el día a día, me miraba con una especie de remordimiento, y encima me plantó ahí mismo, sin más, casi sin avisar, so pretexto de que tenía que ocuparse de ese asunto y hacer unas llamadas para dar con la persona adecuada, total que me volví a casa yo sola, por el lago, con cierta tristeza en el corazón.

No es fácil, porque a pesar de los samuráis, los gorros rusos y los pelos de yak, Édouard es una persona encantadora y muy amable y me pregunto si no me estaré equivocando. ¿Napoléon o Édouard? Tenía gracia imaginar a Napoléon y a Édouard cada uno en un platillo de la balanza, unas veces se inclinaba a un lado, otras a otro, me río yo sola, no deja de ser curioso tener este tipo de problemas a mi edad. En el lago, el triángulo de una familia de cisnes avanzaba dejando en el agua una leve estela, estaba anocheciendo y yo tenía un ataque de melancolía, todo esto es culpa de Napoléon igualmente, si te paras a pensarlo, me da pena reconocerlo pero me gustaría saber cómo está y cómo le va con su renovación, con lo orgulloso que es, aunque las esté pasando canutas, nunca lo dirá, además, se podrá decir lo que se quiera pero Napoléon ha sido el único sol de mi vida, y aunque en estos momentos sea un sol de atardecer, lo cierto es que sigue dándome calorcito, cada vez que lo pienso siento la arena bajo mis pies, y oigo las olas, exactamente igual que antes, ya ves, el tiempo no pasa, eso es lo único que comprendes cuando llegas a viejo. Sinceramente, cariño, las cosas del corazón son demasiado complicadas, es demasiado complicado, y lo peor es que cuanto más vieja me hago menos las entiendo, si pudiésemos elegir, pues mira yo creo que valdría más no acercarse demasiado, me voy a poner otra vez con el punto, como la tonta de Penélope.

Un beso de tu abuela



Así comenzó el último combate de mi emperador, ¡un combate muy desigual! El enemigo era difícil de esquivar. Sabía dónde golpear y apuntaba bien. Al cuerpo, a la cabeza, al corazón. Conocía los golpes que duelen, que desaniman y humillan; dominaba a la perfección todos los sectores del juego, sabía escurrirse igual de bien que fintaba y no daba descanso a Napoleón. De día, de noche, hostigaba a mi emperador, que vivía una humillación tras otra. Apoyaba una rodilla en el suelo pero volvía a levantarse. Una vez, dos veces, diez veces. El método del adversario había funcionado desde la noche de los tiempos. Atacaba el cuerpo debilitando los músculos de Napoleón y atacaba su mente destrozándole la memoria.

Era un monstruo perverso, que sabía soltar a su pobre presa y darle falsas esperanzas para luego aniquilarla, una bestia feroz con los ojos brillantes, una hiena que de tanto en tanto volvía a meterse en el bosque para observarnos mejor. Por eso de vez en cuando tenía la sensación de recuperar al Napoleón de siempre. Algunos días su semblante estaba relajado y su lengua volvía a ser afilada:

—¡No será mañana cuando me deporten! ¿Y si vamos a jugar a los bolos, Coco?

—Estaría genial, mi emperador —respondía yo con lágrimas en los ojos.

—Entonces ¿por qué lloriqueas, si estaría genial? Ah, ya veo... ¿Has recibido instrucciones? ¿Es eso, Coco?

Su rostro estaba lleno de ira, con flecos de sonrisa y ternura en los ojos.

—¡Hasta mi general me abandona! —dijo con su vocecilla.

Yo bajé la cabeza. Mi padre me había pedido que le avisara si me encontraba con que no había nadie en la casa o si Napoléon cogía el coche. Había contratado a una señora que iba varias horas al día. Una señora muy amable a la que Napoléon confundía alternativamente con Joséphine, una monitora de campamento, la cartera y hasta con su madre. Una señora tan discreta que no se distinguía del papel de colores desvaídos del pasillo.

—Sí, bueno —dijo un día—, admito que a veces tengo lagunillas, pero nada del otro jueves, por favor. Si tuviera que dar la vuelta al mundo en velero, a lo mejor sería una faena, lo entiendo, pero para todo lo demás... Para ir en moto usaría solo una de doscientos cincuenta centímetros cúbicos. Todavía tengo recursos. Y tenemos la vida por delante.

—Simplemente será un imperio más pequeño, mi emperador.

—Eso es, Coco, exacto. Qué más da el tamaño, lo importante es reinar. Acércate.

Un pulso. Lo que antes alimentaba nuestra complicidad ahora me daba pavor. Hice el papel del que aprieta los dientes, resiste y no puede más. Mi mano se aplasta contra la mesa. ¿Me cree? ¿Finge creerme? ¿Por qué estas victorias no le arrancan más que una leve sonrisa?

A estos episodios les seguían momentos de abatimiento y en sus ojos yo me transformaba otra vez en el hombre invisible. Esperaba que el soplo del esperanto lograra reavivar las brasas de su memoria.

—*Sed imperiisto mia, jen mi, via cefgeneral! Bubo via. Imperion ni nepre defendu. La landlimoj estas atakitaj!* (¡Pero, mi emperador, soy yo, tu general en jefe! Tu Coco. Tenemos un imperio que defender. ¡Están atacando nuestras fronteras!)

No servía de nada. Él sonreía como un pánfilo, con el labio colgando.

—Tu general en jefe. ¡Tu Coco! —insistía yo, incrédulo.

—Me parece que se equivoca, joven. Yo no soy emperador y nunca he tenido un general en jefe.

Me iba a por el retrato de Rocky.

—Y él, abuelo, es Rocky. El boxeador que te lo dio todo.

En esos momentos de dispersión, tan solo el retrato de Rocky parecía apartarlo de esa tela de araña del olvido en la que se debatía. Sonreía con tanta ternura mientras pasaba la yema de los dedos por encima de la cara sudada de Rocky, que los ojos se me llenaban de lágrimas. No reconocía en absoluto al hombre de la foto, pero parecía buscar a qué parte de su vida

pertenecía. Suspirando, se daba por vencido.

—No olvide llevarse su perro cuando se vaya. Soy alérgico al pelo de perro.

Yo era un general sin emperador. Un día, triste y desanimado, se me ocurrió abrir el tarro de arena. Napoléon me miró con curiosidad:

—Que se quisiera hacer pasar por mi general ya me parece raro de por sí, pero es que encima tiene usted unas manías de lo más extrañas. ¿De verdad tengo que oler esa arena?

—Sí, mi emperador.

—Espero que no quiera hacerme oler caca.

Olió con los ojos cerrados. Los efluvios de antaño parecieron abrirse paso a través de la bruma de su memoria.

—Ah, sí, esto me recuerda algo. No sé qué exactamente, pero... ¿Me deja que pruebe otra vez?

Yo respondí que sí con la cabeza.

—Ah, sí. ¡Qué olor tan agradable!

—Arena de la playa de Joséphine. ¿No te acuerdas? La playa... Mi emperador.

—Deje de dirigirse a mí con ese término ridículo. ¿Es que tengo pinta de emperador? ¿Por qué no abuelo, ya puestos? Además, para decirlo todo, me gustaría saber qué hace usted aquí. Aun así, creo que nos hemos conocido en alguna parte... O que se parece a alguien que conocí.

El teléfono sonó en mitad de la noche siguiente. Era el gerente de una gasolinera, cerca de Évreux. Napoléon había llenado el depósito con diésel y al Peugeot 404 no le había gustado. Por suerte, mi padre había tenido la precaución de meter nuestro número de teléfono en la guantera del 404.

—¿Évreux? —dijo mi padre, extrañado, mientras se vestía ya—. Pero, por el amor de Dios, ¿por qué Normandía? ¿Tú lo sabes, Léonard?

—No, papá, no lo sé.

—¿Hay una sala de boxeo en Évreux?

En medio de toda esa debacle, menos mal que seguía el Concurso de los Mil Euros. Había conseguido que mis padres me dejaran no comer en el colegio para aprovechar junto a Napoléon ese cuarto de hora de tregua y de ensueño. Un cuarto de hora bendito durante el cual volvía a verlo combativo, mordaz, con la memoria intacta y afilada como un cuchillo.

—«Pregunta azul» —anunció el presentador—. «Concéntrese bien. Una de las hijas de Victor Hugo se volvió loca. ¿Cómo se llamaba?»

Murmullos de los dos concursantes durante unos segundos para ponerse de acuerdo.

—«¡Hugo!» —declara uno de ellos.

—«No, no, el nombre de pila.»

—«¡Ah, entonces es más complicado!»

De nuevo, conversación cuchicheada: «Mmm y mmm y mmm... No, sí, a lo mejor... ¡Tiene que ser ese!».

—«Nos arriesgamos: ¡Victorine!»

—«No» —dijo Fulano.

—«¿No? ¿Huguette, entonces?»

—«No.»

—«¿Marcelline?»

—¡Sueltan cualquier cosa! —intervino Napoléon—. Adela.

—¿Estás seguro? —le pregunté yo.

—Totalmente seguro. Esos no se merecen el bote, sino una buena patada en el culo. Hasta puede estar *morta*, Adela. ¡Ah, ja, ja, ja! ¿Lo pillas, Coco? ¿El juego de palabras?

—Muy gracioso.

¿Dónde había oído él hablar de la hija de Victor Hugo? Él, al que yo nunca había visto abrir un libro, no dudaba, no reflexionaba jamás, respondía de manera automática:

—«¿La capital de Mongolia?» ¡Chupao! Ulán Bator.

—«¿En qué película Gary Cooper es Link Jones?» En *El hombre del Oeste*, claro. De 1958. ¡De verdad que nos toman por lerdos!

—«¿Una asteroidea?» ¡Una estrella de mar, so lelo! Eso lo sabe todo el mundo.

Cuando apagaba la radio, tenía la impresión de apagar la consciencia de mi emperador. Como si ya solo la voz de ese presentador sin rostro y los gritos de ese público tan entendido pudieran mantenerlo anclado a nuestro mundo.

—Se acabó el juego —decía—. Ahora la cosa se pone seria.

¿Qué quería decir con eso?

Yo tenía que volver a clase, dejarlo así, solo con Punto y su voraz adversario.

Y cerraba la puerta al salir.

En cuanto volvimos de casa de Joséphine, le entregué a Alexandre su gorro

junto con el dibujo de mi madre. Apenas le sorprendió recuperar su gorro como nuevo, se lo puso sin más y después se quedó mirando el dibujo un buen rato, tras lo cual lo guardó con mucho cuidado en su cartera.

—Lo conservaré toda mi vida —dijo—. Tu madre es una auténtica artista. Eres un suertudo. Nadie como los artistas para hacer que las cosas sean eternas.

Después ya no volvió a dirigirme la palabra en todo el camino. Yo sentía que su corazón estaba a punto de estallar.

A lo largo de las semanas siguientes siguió acompañándome hasta la puerta de mi casa. Cada vez que nos despedíamos, me moría de ganas de preguntarle por las iniciales que figuraban en el interior de su famoso gorro (R. R.), pero no quería parecer un fisgón y exponerme a un bufido por su parte.

Un día, lo invité a entrar.

—Me están esperando —dijo mientras se alejaba despacio marcha atrás.

A mí me daba la sensación de que vivía en su secreto como en una cárcel. Me dije entonces que solo él podía decidir cuándo me contaría su historia y que tal vez ese momento no llegaría nunca.

Mi madre, que era todavía menos ordenada que habladora, a menudo se dejaba sus cuadernos por toda la casa. Una tarde, me fijé en que en uno de ellos se veían unos motivos que no había visto nunca: insectos de todas las clases. Aún eran bocetos imprecisos, croquis hechos con trazos rápidos, pero como siempre que mi madre se entusiasmaba con algún tema, los había por decenas.

Le pregunté. Ella me contó que se había cruzado con Alexandre un día a última hora de la tarde. Lo reconoció por su gorro tan peculiar. Y, al igual que me había pasado a mí, se dejó llevar por su estela. Subyugada y conmovida por esa extraña y paciente obstinación de proteger esos bichos minúsculos que la gente pisoteaba sin ni siquiera darse cuenta, no había podido hacer otra cosa que sacar los lápices que acababa de comprar.

Le habló sin parar del gorgojo del guisante, del pequeño capricornio, del cábaro con reflejos cobrizos, y ella lo escuchó.

—Me pareció tan frágil como los insectos a los que protegía —me dijo—. La poesía está en todas partes. ¡Incluso en la tierra!

Mi madre tenía razón. Y la poesía puede que también estuviera en el meollo

de las escapadas nocturnas de Napoléon. Eran tan inesperadas esas aventuras, y tan rocambolescas las persecuciones a las que mi padre y yo nos lanzábamos, que en ocasiones dudaba incluso de que fuesen reales. Cualquiera otro que no fuera Alexandre se habría negado a creer esas historias, se habría burlado o directamente no les habría prestado la menor atención. Pero él las esperaba con tal impaciencia, y las escuchaba con una pasión tan evidente, que transformaba a mi abuelo en un héroe de epopeya.

—Lo has contado bien. Toma una canica. ¡No, dos!

El teléfono sonaba a menudo en mitad de esas noches de primavera. Yo había aprendido a esperar esas llamadas, a olerlas. Me iba a la cama vestido de la cabeza a los pies. Los pasos precipitados de mi padre no se hacían esperar. Se asomaba a mi cuarto con cara de pena.

—Nos vamos. La carretera nos espera.

Salas de boxeo, bares de carretera a orillas de la Nacional 20, estaciones de servicio desiertas, locales de comida rápida que abrían toda la noche: no se privó de nada, Napoléon. Tan pronto nos llamaba un conductor que lo había recogido en autostop, como el responsable de una estación de servicio, o un transportista en cuyo camión mi abuelo se había quedado dormido, o el empleado de un peaje, o un granjero que se lo había encontrado montado en una de sus vacas, o el entrenador de una sala de boxeo en los bajos fondos de París, o un jefe de estación que lo había pescado en una sala de espera, incluso un revisor porque Napoléon había hecho sonar la alarma en un tren. ¿Cómo conseguía recorrer esas distancias en su silla de ruedas? Un misterio. Napoléon no siempre nos reconocía, y una noche sucedió que tomó a mi padre por su entrenador de tiempo atrás, Jojo Lagrange:

—¡Jojo, he perdido los guantes! —dijo mirándose los puños huesudos.

Otras veces las cosas se complicaban y Napoléon llamaba la atención de los curiosos gritando en plena noche que querían secuestrarlo. Mi padre entonces tenía que deshacerse en explicaciones ante una multitud de justicieros noctámbulos (camioneros, moteros, Ángeles del Infierno, equipos de baloncesto de gira) que hallaban en estos altercados una forma de matar el aburrimiento.

—¡Que les estoy diciendo que es mi padre! —se defendía.

—De eso nada —gritaba Napoléon—, qué va a ser este mi hijo. Se equivocan. Todo el mundo se equivoca.

Esta frase desesperada aún resuena en el corazón de los aparcamientos y de las tinieblas:

—¡Les digo que este no es mi hijo!

Cuando nos desembarazábamos de la multitud que se ponía de parte de Napoléon, nos tocaba unir esfuerzos para tranquilizarlo y que entrara en el coche, donde se tiraba los primeros kilómetros rezongando hasta que se quedaba frito. Derrumbado en el asiento del coche, se le veía minúsculo.

De vez en cuando, Napoléon pisaba de repente la realidad y era como si despertara de un sueño profundo. Me preguntaba:

—Pero, Coco, ¿qué puñetas estoy haciendo aquí?

—Mi emperador, te fugaste... Estás hecho una barracuda.

—¡Barracuda! —repitió él entonando la canción de Claude François.

Señaló a mi padre con el mentón.

—*Ni venkos per erozio! Cu?* (¡Le venceremos por agotamiento! ¿Eh?)

—*Mi tutcertas, imperiisto mia!* (¡Estoy seguro, mi emperador!)

—¿Qué dice? —preguntó mi padre.

—Ah, nada, que se alegra de que estés aquí.

En los últimos tiempos rara vez pasaba una semana sin que Napoléon hiciese una de las suyas, y aunque temía esos timbrazos que desgarraban el silencio de la noche, lo cierto es que también los esperaba, como una llamada a la aventura.

A veces mi padre y yo parábamos al borde de la nacional, en locales un tanto mugrientos pero que no cerraban en toda la noche, para tomar café y preguntar cómo se iba a tal o cual sitio. Con una locuacidad suscitada por esos lugares irreales, llegaba a confiarme sus dudas.

—Hay veces que me pregunto si... El boxeo y Napoléon... Tengo mis dudas...

Sí, a mí también se me había pasado por la mente esa idea, pero siempre la había rechazado como si de un sacrilegio se tratara. Desde luego, estaban todas esas fotografías, pero el que peleaba era un hombre joven. Un hombre joven que no se parecía nada al viejo que yo conocía. Peleaba bajo seudónimo, como Rocky, y nuestro apellido (Bonheur) no aparecía en ningún documento.

¿Cómo saber si el imperio de Napoléon no era en el fondo una enorme pirámide de papel y mentiras?

Pero ¿a quién preguntarle ahora? ¿A Joséphine? Ella nunca le había visto pelear y, a decir verdad, no sabía mucho más que nosotros.

Un sábado por la mañana encontré encima de mi mesa un fajo de hojas unidas primorosamente. Eran los dibujos de mi madre, cosidos entre sí con un cabo de lana, como un pequeño álbum. En la primera hoja, el título:

*El libro de Napoléon*

De inmediato sentí la tentación de hojearlo. Pero me levanté y subí corriendo al estudio de mi madre. Nadie. Tampoco en la cocina, donde encontré una nota. Mis padres habían tenido que salir pero no debía preocuparme.

Me vestí a toda prisa y con mi bici atravesé el aire suave, que notaba deslizándose sobre mis piernas. La primavera incipiente vibraba de claridad y esperanza.

Llegué a casa de Napoléon. Me estaba esperando, era evidente. Recién afeitado, el cabello blanco bien peinado hacia atrás, se había puesto el mismo traje blanco de la tarde que pasamos con mis padres en la bolera. Estaba en plena forma. Como si el enemigo se hubiese batido en retirada. En el centro del salón, una maleta pequeña y la bola negra.

—Ah, aquí estás. Te estaba esperando. Hace bueno, ¿eh?

Su voz era clara y firme. Se dio cuenta de que mi mirada se había detenido en la maleta.

—No te preocupes por la maleta, es que había pensado irme de vacaciones.



Pero al final vamos a hacer otra cosa. Abre el ventanal, Coco.

Mirando hacia el jardín asilvestrado, hicimos varias inspiraciones largas que nos llenaron los pulmones.

—¡Ah, la primavera! —dijo él—. No hay nada como la primavera, querido Coco. Sobre todo como la primavera de la vida.

Sonreí. Él también sonrió.

—Coco, no sé cuánto tiempo tenemos por delante. ¡No lo desperdiciemos! Señaló el álbum que yo llevaba bajo el brazo.

—¿Qué tienes ahí? Enséñamelo. ¿No tendrá demasiado texto?

—No. Solo dibujos —dije yo tendiéndole la obra.

—Porque, mira, no tengo ganas de romperme la cabeza. Hoy no. Bastante agujereada la tengo ya.

Y soltó una carcajada. Unas lagrimitas le perlaban las comisuras de los párpados.

—Vamos a ver... Bonito álbum... Es un regalo, ¿verdad?

—Sí, eso es. Una especie de regalo. *El libro de Napoléon*. Por tu cumpleaños.

—Queda mucho, pero tienes razón, nunca se sabe. Más vale adelantarse. Hay que ir siempre un paso por delante del enemigo.

Nuestras miradas se cruzaron fugazmente. Su rostro adoptó un aire serio y sus dedos largos comenzaron a pasar las hojas del álbum.

Los dibujos de mi madre, ordenados cronológicamente, desfilaron ante nuestros ojos y cada uno de ellos dejaba su rastro en el semblante de Napoléon. El último combate con Rocky; el encuentro con Joséphine en el taxi; sus huellas en la arena húmeda de la playa; la historia de la corbata fosforita; la bola negra chocando con los bolos blancos; mi padre ejercitando los puños en la cocina; la cabeza de mi padre convertida en el bolo número trece. Napoléon entornaba los ojos divertido, sonreía con ternura, abría la boca estupefacto. Vio a Joséphine en su jardín saludándole sonriente y le respondió con la mano y le dijo unas palabras que no entendí.

—Joder —dijo—, no me digas que me voy a poner a llorar. Me estoy volviendo un blandengue.

Mi madre se había dibujado a sí misma una vez nada más. Estaba con Napoléon, sentados los dos delante de un hombre con una bata blanca. Una atmósfera dulce y triste a la vez envolvía a esos tres personajes. Intrigado, le pregunté:

—¿Dónde fue esto?

—Oh, nada, Coco, un día que salí con tu madre a dar un paseíto, hace unos meses. Lo pasamos estupendamente. Si tuviera que reencarnarme, elegiría convertirme en su pincel.

Una visita al hospital. Estaba seguro. Justo antes del divorcio.

Las últimas hojas del álbum estaban igual de blancas que las paredes de ese hospital. Le correspondía a Napoleón escribir esas páginas.

—Basta de lectura —dijo de repente—. Ahora, un poco de acción.

Se puso su chupa de cuero, como en los viejos tiempos.

—¡Nos vamos a dar el piro! Espabila, Coco. A por el Peugeot 404.

Adivinó mi vacilación.

—Venga, nuestra última jugarreta.

Otra vez el gesto de siempre, lleno de una ternura protectora, ese brazo que extiende delante de mí cada vez que pisa el freno, ese movimiento reflejo de cuando no existían los cinturones de seguridad. Después de saltarse tres semáforos en rojo y cinco cedas, paró en seco delante de una peluquería, donde había un hueco en el que no cabía más que un patinete.

—Mi emperador, ¿no es un poco justo para aparcar?

—Qué va, solo hay que pedirlo educadamente.

Un golpe delante, un golpe detrás, dos parachoques aplastados y el Peugeot 404 entra por los pelos.

—¿Ves, Coco? Hay sitio de sobra. Y ya me pueden quitar el permiso. Me importa un pito, ¿porque no tengo!

Un concierto de cláxones celebró su estilo para aparcar.

—¿Alguno quiere un puño en los morros? —gritó él por la ventanilla—. ¡Panda de salvajes! Ah, nada como un buen cabreo para sentirse joven.

Abrí la silla de ruedas y él se sentó en ella. Señaló la peluquería.

—¿Te quieres poner guapo? —pregunté.

—Solo quiero estar un poco presentable. La primera impresión es importante.

Sentado en una silla, yo iba viendo caer al suelo mechones de pelo como copos de nieve. Me entraron unas ganas tremendas de coger uno, pero no me atreví. En el espejo, nuestras miradas se cruzaban de vez en cuando. Al final, el peluquero le pasó un espejo pequeño por detrás de la cabeza.

—¿Le gusta? —preguntó.

—Perfecto. ¿Eh, Coco?

—Estás de fábula.

—¿Le hago las uñas? —preguntó el peluquero.

—Me toma el pelo, ¿no? —respondió Napoléon.

Y los dos se echaron a reír a la vez. Cuando salimos a la calle, vaciló.

—No me apetece volver a casa, Coco. ¡Vamos a tomar algo! Después será más difícil.

—¿Después de qué?

—Después, nada más. De todas formas, tengo que contarte una cosa.

El corazón me latía a toda velocidad. Desde hacía unas semanas, tenía la sensación de que Napoléon y yo ya solo hacíamos cosas por última vez.

El café era un hervidero de gente. Jóvenes, viejos, familias, solitarios, era como si el planeta entero se hubiese dado cita allí. La silla de ruedas de Napoléon chocaba con cochecitos de niño y patinetes.

—¿Una Coca, Coco?

Yo sonreí y respondí afirmativamente con la cabeza.

—¡Dos Coca-Cola! —pidió a voz en cuello chasqueando los dedos.

Paseó la mirada entre la concurrencia. En sus ojos se veía un brillo de cansancio que yo había aprendido a reconocer. ¿Cuánto tiempo quedaba antes del eclipse? ¿Quince minutos? ¿Media hora? El adversario dominaba el cronómetro.

—Coco, ¿te acuerdas de cuando estuve en el hospital? Por lo del lumbago. ¿Sí? Yo me preguntaba por qué la gente no se puede estar quieta. Siempre de acá para allá. Nunca aguantan cinco minutos en el mismo sitio.

—Me acuerdo.

El camarero dejó las dos Coca-Cola delante de nosotros. Napoléon sacó de su bolsillo un billete de cincuenta euros.

—¡Quédese el cambio! Bueno, pues hoy sé la respuesta.

Me miraba muy orgulloso. Yo estaba un tanto decepcionado. Creía que iba a enterarme de un secreto de Napoléon y...

—Sí, sé la respuesta y es bien fácil. Porque se aburren, ni más ni menos. Y cuando la gente se aburre, se le ocurren malas ideas. Sobre todo una. Por eso están siempre brujuleando, para no pensar, para escapar de ese pensamiento.

—¿Qué pensamiento?

Desgarró con los dientes la funda de papel de su pajita y después, soplando dentro, la envió volando por encima de las mesas. La funda planeó unos instantes antes de enredarse en el cabello de una señora que no se enteró de nada.

—Verás —dijo Napoléon—, yo tengo ochenta y seis años. No los aparento, es cierto, pero los tengo.

—Sí.

—Tradúcelo a mundiales de fútbol. Venga, es instructivo. Haz la división en la mesa... A ver. Eso es.

—Veintiuno coma cinco.

Algo menos de veintidós mundiales de fútbol, casi nada. Yo solo había visto dos. Mi padre, una docena. Nuestra vida se reducía a eso. A un puñado de mundiales de fútbol. Y luego el pitido de final de partido.

—Da qué pensar, ¿eh?

Se me encogió el corazón. Los ruidos a nuestro alrededor eran como una espesa tela de araña que me envolvía. El chocar de los vasos en la barra se me metía en la cabeza como si me la taladraran. Me dieron ganas de dejar ahí a mi abuelo y que se las apañara solo.

—Bueno, Coco, el tiempo apremia. El taxímetro, siempre el taxímetro. Tengo que decirte otra cosa aún más importante. ¿Preparado? ¿Sí? Un secreto...

Vaciló unos segundos, esperando encontrar en mi rostro alguna señal de ánimo para continuar.

—No se lo diré a nadie —le aseguré—, palabra.

—Punto en boca, ¿eh?

—Y la boca cosida.

Lanzó unas miradas a derecha e izquierda como si hubiese peligro de que nos estuvieran espionando. Parecía un pájaro asustado.

—Bien, Coco, ahí va: verás, con los números me apaño. Pero con lo demás... No... no... —Cogió aire y lo soltó—: No-sé-leer. Ya está, lo he dicho. Uf, qué gusto.

—¿No sabes leer? No sabes leer... Quieres decir...

—Que no sé leer. Ni escribir, claro. Tampoco es que sea tan difícil de entender. Ni una palabra. Nada. —Señaló un cartel de la pared que anunciaba un gran premio ecuestre—. Por ejemplo, de ese cartel no entiendo ni jota. Solo veo un jamelgo. Nunca conseguí aprender, enseguida me ponía nervioso y hacía trampa. Toda mi vida. Se la colaba hasta a la señora Taillandec.

Pensé en Joséphine y él se adelantó a mi pregunta:

—Ella jamás sospechó nada. Nunca me atreví a decírselo, figúrate. Sobre todo porque en el taxi, el día que nos conocimos, ella me preguntó si me gustaban las novelas de no sé quién. Y le dije que sí, que me encantaban. Y la cosa ya no paró. Empiezas a mentir y luego caes en la trampa de tu propia mentira. Las letras, los signos, los acentos, todo eso... nunca entendí cómo se

organizaba. Además, cuando uno viaja, como en mi oficio, pues todo eso cambia en cuanto cruzas la frontera, así que ya me contarás qué interés podía yo tener. En el boxeo se necesita leer el miedo y la duda en la mirada del contrincante, y eso no lo encuentras en ningún libro.

—Pero cuando eras taxista, ¿cómo lo hacías?

—Me guiaba por el instinto.

—¡Jo, eres lo más! El emperador de las trampas.

—Gracias, Coco. ¿Sabes a qué edad sabía leer tu padre? A los cuatro años. Sabía leer a los cuatro años. Yo le proponía ir a ver un partido y él prefería sus libros. Mocoso. Antes de aprender a leer me pedía que le contase cuentos, todos los días. Yo cogía un libro a voleo y me inventaba las historias siguiendo las ilustraciones. ¡Se lo tragaba todo!

Se rio con malicia y satisfacción, y después me hizo una seña para que me acercara.

—Escúchame bien, Coco, a ti te lo puedo confesar: me gustaría mucho aprender.

—¿A leer? —susurré.

—Sí, mi general, a leer, no va a ser a coser. No sé si el enemigo nos dejará el tiempo necesario. ¡Será mi última conquista! Sé que no lo utilizaré mucho, pero me puede venir bien igualmente. ¡A veces allá arriba te hacen rellenar un formulario!

Yo bajé la cabeza. La peluquería. «Solo quiero estar un poco presentable. La primera impresión es importante.» La maleta en el centro del salón. Nuestras miradas se encontraron. En la suya descubrí renuncia: había aceptado irse de su casa.

—No creas que es una retirada, Coco. Y menos aún una rendición. Solo es una maniobra de distracción. Así dormimos al enemigo, lo engañamos.

—Le damos esquinazo.

—Eso es, le damos esquinazo. Lo has entendido muy bien. Y no lloriquees, para que no se aproveche. Además, tengo un plan. ¿Tienes para escribir?

Detectó la incredulidad en mi mirada.

—Te voy a dictar mis condiciones —dijo—. Ya ves, ¡me da un poco de miedo olvidarlas!

Entre mis dedos, mi estilográfica corría por el papel anotando las frases que él pronunciaba. A veces insistía sobre algún punto y entonces precisaba:

—Subráyalo. Esto es muy importante.

De esta forma rellené toda la hoja. Napoléon estaba aliviado.

—Tu emperador batallará hasta el final y no cederá en nada. Y nos mantendremos en contacto, ¿eh?

—Sí, mi emperador, nos mantendremos en contacto. Siempre.

—Qué extraño, tengo frío. ¿Volvemos?

El poc, poc, poc angustioso del grifo seguía destilando el tiempo. Tenía la sensación de que las gotas sonaban cada vez más fuerte al chocar en la pila. Me dieron ganas de darle una patada a la maleta que estaba en el centro de la sala. Napoléon observaba su casa como si estuviera descubriéndola.

—Mi emperador...

Se sobresaltó. Nuestras miradas se cruzaron; sus ojos azules no hacían otra cosa que rebuscar entre sus propios recuerdos, tupidos como una jungla. El pasado y el presente se entrecruzaban como lianas.

—Escucha esto, abuelo: «Tres gotas contra la pila. Un árbol detrás de la ventana. El aliento».

—Qué bonito. Parece un mensaje en clave de Radio Londres durante la guerra.

—Es poesía japonesa. Un haiku.

—¿Y para qué sirve? Digo ¿para qué?

—Sirve para retener la evanescencia de las cosas.

Él arrugó la frente.

—La evanescencia —proseguí— son las cosas de la vida que están a punto de desaparecer y que hay que retener.

Napoléon se puso a agitar la mano delante de sí como si se hubiese quemado.

—Dame otro ejemplo más de eso de la evane-no-sé-qué.

Cerré los ojos. Notaba la mirada de Napoléon sobre mí.

—Ya, ahí va: «Una maleta solitaria. Una bola en el suelo de baldosas. Nadie ya».

—Está bien, no son demasiadas palabras. ¿Puedo probar?

Se concentró, respiró hondo para coger aire y entonces soltó del tirón:

—«Un directo a los morros. Una nariz que mea sangre. KO».

Aguardó mi reacción.

—¡No está mal! —dije—. Nada mal, la verdad.

Una sonrisa de una nostalgia infinita apareció en su delgado rostro, una

sonrisa que tenía el mismo color y la misma ternura que sus cabellos blancos.

De nuevo se alejaba de mí.

Partió a lomos de su corcel, sin mirar atrás, por las inmensas llanuras desérticas de la vejez. Y los cascos de su caballo hacían poc, poc, poc en la tierra congelada.

—Mi emperador —murmuré—, mi emperador...

Oí que alguien giraba la llave en la cerradura.

—¡Joséphine, cuánto has tardado! —exclamó Napoléon.

Se me disparó el corazón. Pero no, era la señora que había contratado mi padre. Él me señaló con la mano derecha.

—Gracias al caballero, hemos encontrado la casa de nuestros sueños. Ven, que te la voy a enseñar. Nos haremos viejitos juntos en esta casa y no nos iremos nunca. ¿Joséphine?

—Sí, Napoléon —respondió la señora.

—Aún tengo arena en los zapatos.

## *Carta de Léonard*

Abuela:

Te escribo por una cosa grave que ocurrió la semana pasada; siéntate antes de seguir leyendo, y deja tu labor dos segundos. Y si la has terminado, deshaz unas cuantas vueltas porque todavía te necesitamos. Le juré a Napoleón que no diría nada, pero te lo digo a ti porque en realidad Napoleón ya no es Napoleón. Está tan flaco y arrugado que parece una sábana sin planchar; hasta su cabello tan blanco, ¿sabes?, se le está cayendo a puñados enteros. Se le ve la coronilla. Hay momentos en que es como si no estuviera en nuestro mundo, ya no reconoce a nadie. Mamá lo llama «la Venecia de la vida» porque ahí flotamos fuera del tiempo y nos perdemos en un gran laberinto muy tranquilo y agradable. Otras veces, pero cada vez menos, se mantiene imperial y con toda su ira intacta. Entonces parece como si no hubiese cambiado en absoluto. Se sigue riendo como siempre, con una risa que llena los pasillos con tal fuerza que el otro día saltó la alarma; yo creo que la risa es lo último que se va.

El caso es que he entendido todo lo del divorcio y la renovación. Él quería seguir siendo nuestro emperador por siempre jamás, que tú no lo conocieses en este estado y, sobre todo, que no lo vieses en esa residencia enorme en la que está ahora con todos esos otros que ya no cumplen con los criterios de la vida normal.



Has leído bien, aceptó marcharse de su casa, en la que siempre vivió contigo. Donde vive ahora solo hay sitio para un transistor para escuchar el Concurso de los Mil Euros y para el retrato de Rocky, que le hemos puesto justo enfrente de su cama. A veces me parece que Rocky es su única familia. Es como si Rocky tratase de calmarlo y le dijese: «Ven, ven, no tengas miedo, ya verás lo bien que estaremos los dos juntos». Todo lo demás se lo dan allí, pero en el mando del televisor no hay pilas, aunque le trae sin cuidado porque él no mira la televisión. Dice que es para viejos. Ya ves, el combate continúa igualmente.

Le han dado una habitación en la segunda planta con vistas al patio del colegio. Me puede ver y yo le puedo ver a él también. Dos veces a la semana, viene a mi clase y se sienta a mi lado. Estoy seguro de que te alegrará saber que es muy buen alumno, muy atento. Tiene una forma de hablar que no reconocerías, pone las letras desordenadas y para entenderlo hay que recuperarlas del fondo del saco y organizarlas bien, y a menudo habla con la mirada.

Ya ves, nos vigilamos. A lo mejor un día, de tanto vigilarnos, acabamos escapándonos los dos, nos fugamos y ya no volvemos más. Lo digo como un sueño, porque sé de sobra que se irá él solo. Antes creía que no era posible, pero ahora sé que sí. Por eso, cuando quiera volver a verte, será preciso que estés lista, porque la verdad es que no tendremos mucho tiempo; se alegrará de saber que le has tejido un jersey. No te enfades si no te escribe, un día te contaré por qué.

Muchos besos,

LÉONARD

Pasaron unas cuantas semanas.

Durante los recreos, Alexandre y yo permanecíamos al acecho, esperando ver aparecer a Napoléon en su ventana. Él nos hacía una pequeña señal. Su rostro era delgado como un cuchillo y su mirada vacilaba como la llama de una vela. Levantaba el puño hacia nosotros y le respondíamos con el mismo gesto.

Lo admirábamos.

Sonreía detrás de la ventana transparente como el tiempo. Aunque ya no le dejaran salir, aunque su imperio se hubiese vuelto minúsculo, seguía siendo el pirata de siempre y su rebeldía brillaba en sus ojos, intacta.

—¡Sí, organiza peleas de boxeo en los pasillos! ¡Partidas de bolos!

—¡Oh!

—¡Y ensaya con un grupo de *claudettes*, como Cloclo, hasta las dos de la madrugada! Y... y...

—¿Y?

—¡Y se caga en todos! ¡Se caga en todas las prisiones!

—¡Y yo! —exclamó Alexandre.

—¡Y yo! —repetí como un eco.

—¡Ay, eso está bien! ¡Ten, toma una canica! ¡Toma!

Napoléon armaba tales jaleos que mis padres fueron convocados por la

directora del moño negro.

—«Alexandrie Alexandra» y «Le mal aimé» hasta las dos de la madrugada, con sus bailarinas haciendo contorsiones como las famosas *claudettes*, es algo que raya en el límite.

—Se lo advertimos —dijo mi padre.

—Espere, que no he acabado. Su barracuda, que tiene hambre hasta yo no sé qué horas, es crispante pero también lo paso, por mucho que esté igualmente en el límite. No soy enemiga de la fantasía.

Hizo una pausa, entrecruzó los dedos y prosiguió:

—Todo eso es, ejem, *borderline*. Pero hoy ese límite se ha rebasado con creces y ahí sí que me planto. ¡No, no y no! Me gustan los viejos, pero eso ya... Que hay unas reglas que hay que respetar. Unas normas, si lo prefiere.

—No se le dan muy bien las reglas —dijo mi padre—, eso es verdad.

Compinchado con media docena de valientes, había secuestrado al monitor de natación en los vestuarios de la piscina.

—Después de haberle escamoteado el bañador —puntualizó la directora—. Hemos tenido que ingresarlo en una clínica de convalecencia. Pero esto solo fue el principio, el aperitivo. Sustrajeron los tomates del comedor para... ¿Saben para qué?

Mis padres y yo negamos con la cabeza.

—Para bombardear al pobre acordeonista que viene a entretenerlos los miércoles. Después de veinte años aplaudiendo sus bellas melodías, llega su padre y, hala, a tomatazo limpio...

—Bueno, es que el acordeón —dijo mi padre— le puede sacar a uno de quici...

—Ahora todos quieren música pop y reggae. ¡Cosas que se puedan bailar! Nos están pidiendo habitaciones dobles, pósteres de Bob Marley, quieren fumar marihuana... No, no, no, su padre se ha pasado de la raya. Porque es el instigador. ¡El gurú! ¡El cabecilla!

—¡El emperador, ya puestos! —murmuró mi padre.

—El emperador, si lo prefiere. Por cierto, así es como lo llaman sus camaradas. También «almirante», los días de piscina.

Así pues, Napoleón estaba rellenando las últimas hojas de su libro con renglones de fuego. En menos de un mes, había extendido por la apacible residencia un viento de rebeldía, alegría y vitalidad que debía ser su legado y del que la gente se acordaría durante mucho tiempo tras su paso por la Tierra.

Al día siguiente de la entrevista, mi padre, a instancias de la directora, se

sintió en la obligación de leerle la cartilla.

—En esta gasa dan emasiadas órdenes —repuso Napoléon, tranquilamente—. Y a mí las ódrenes no me gusan.

—¿Demasiadas órdenes? —dijo mi padre, atragantándose—. Y el monitor de natación al que maltratasteis, ¿también te daba demasiadas órdenes?

—No me he dejado deoprtar par hacier monilillos en el auga.

—En primer lugar —insistió mi padre una vez más—, deja de decir que te han deportado; y en segundo lugar, hacer molinillos en el agua es bueno para la salud. Esos ejercicios son por tu bien. ¿Entiendes eso? POR-TU-BIEN.

Napoléon se encogió de hombros.

—No vocirefes aís, que no estioy srodo.

—¡No estoy vociferando, estoy explicándote las cosas!

—Me ponía de los nevrios con su badañorcito de leopadro.

—¿Y qué tiene que ver un bañador de leopardo en todo esto?

Una sonrisa pícara iluminó de pronto el rostro de mi abuelo. Haciéndole una seña con el dedo índice, indicó a mi padre que se acercara y le dijo algo al oído. Mi padre escuchó y a continuación hizo un movimiento brusco hacia atrás, visiblemente escandalizado.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Que tiene una pilila muy peq...? Pero bueno, papá, estás desvariando. De verdad que no te voy a entender en la vida.

—Lo sé. Nuncua noseamos endentido. Y naun así...

—Naun así, digo, aun así, ¿qué? —preguntó mi padre, poniéndose de puntillas.

—Aun así nada. Pon la radio, que empieza el Concurso de los Mil Euros.

Las tres notas cristalinas dieron el toque de tregua de todos los días. Ding-ding-ding.

Durante un cuarto de hora, las cosas volvieron a su cauce.

## *Carta de la abuela*

Hola grandullón:

Desde que recibí tu última carta, estoy tejiendo sin parar y me da igual si tengo ampollas en las manos, una ampolla en la mano solo sería peligrosa para Cloclo (perdóname es un chiste tonto, es a mí a quien se le cruzan los cables), tricotaría con los pies si fuese posible, de día, de noche, por la mañana, por la tarde, solo puedo pensar en eso, en el día que Napoleón querrá verme a su lado y yo podré regalarle su jersey, por lo menos estará calentito, en la Venecia de la vida donde hay una humedad que para qué.

Si se va sin avisarme dile que no pasa nada, y que he pensado en él todos los minutos de mi vida y que eso no cambiará aunque él ya no esté, todos los minutos de su muerte pensaré en él, y también que lo único que lamento es no haber podido volver a esa playa, ya ni sé cuántos años teníamos, podría calcularlo pero miedo me da. No dejo de mirar el mapa para asegurarme de que aquella playa existió, no sé por qué no volvimos nunca, él y yo, cuando todavía podíamos, es de tontos, las cosas hay que hacerlas cuando es posible, eso es lo único que debes recordar, lo demás lo puedes tirar a la basura.

¿Sabes?, lo de la renovación nunca me lo tomé como algo personal contra mí, es una cosa que les da a los hombres, que les

entra una angustia tremenda ante la idea de morirse, la muerte era lo único que podía darle miedo a Napoléon, por las noches antes de dormir a veces me digo que debería haberme pegado a él y no haberme ido nunca de casa, pero también me digo que mi marcha es como un regalo que le hice, que conservo en los ojos y en el corazón la bella imagen que quiere dejar, por eso acepté el divorcio, para que siguiese siendo Napoléon, tú aún no te das cuenta pero los humanos somos de lo más complicado.

Por cierto, a propósito de complicaciones, figúrate que Édouard encontró una cuidadora con mucha clase, muy culta en todo lo que tiene que ver con Asia, así que ya casi no da señales, el otro día me llamó para decirme que no podía verme esta semana debido a una partida de go que se estaba eternizando, su cuidadora es muy profesional, por lo visto, han ido a ver dos veces *Los 7 samuráis*, con eso ya suman 14, casi una colonia, no sé cómo son capaces, parece que esta pobre mujer ha pasado una mala racha profesional, se llevan bien y me dio a entender que tenía la intención de adoptarla, me dijo por teléfono: «¡Se da cuenta, voy a ser padre, a mi edad!», cuando le dije a Édouard que me iba a poner a tejer otra vez, pues él va y me dice que ya no hacía falta que me apresurara porque se marchaba a Japón con su cuidadora, o su hija ya no sé cómo llamarla, para un crucero y un recorrido por los teatros No-, se hizo un largo silencio al teléfono, le molestó muchísimo, pero no tuve agallas para decirle que si me apresuraba no era en absoluto por él, y añadió muy emocionado y muy tierno que conmigo había estado a punto de cometer un error de juventud, por poco no me puse a llorar, pero ni sé por qué.

Solo le respondí: «¡Cada cual con su Felicidad!».

El correo es como el punto, que ya no puedo parar pero tengo que volver a mis agujas.

Un beso muy fuerte

Dos veces a la semana, después del recreo de la mañana, se instauró un ritual. Napoléon, así como dos o tres de sus compañeros que había logrado arrastrar a esta última campaña, venían a ocupar su sitio en clase. Iban todos equipados con su cuaderno escolar, cada uno con su nombre. Alexandre y yo les hacíamos un pasillito de honor que suscitaba la mofa de los demás estudiantes, pero estábamos fuera de su alcance. Nadie nos robaría nuestro sueño.

Un día, Napoléon se paró delante de Alexandre y se lo quedó mirando largo rato, desde su extraño gorro hasta sus zapatillas destrozadas.

—Es el soldado Rawcziik —le susurré.

—Soldado Raw, esto... Raw como se llame..., ha luchado bien. Lo nombro general adjunto. Mi Coco necesitará ayuda cuando el emperador ya no esté.

En mi mesa habríamos cabido los dos perfectamente, pero Napoléon le había cogido un gusto malicioso a recostarse a sus anchas. Yo no tenía problema en perdonarle los tachones que tenía que hacer cuando me daba en el brazo. Al fin y al cabo, era fiel a sí mismo: como siempre, se hacía notar en el mundo.

También los compañeros de Napoléon tenían una revancha que tomarse respecto a una parte de su vida, algo que sentían que les faltaba. Todos tenían a una señora Taillandec con la que ajustar cuentas. Uno de ellos nunca supo cómo se hacía una división, otro nunca distinguió los rombos y el tercero

nunca comprendió las conjugaciones. Ninguno entendía por qué el mundo va tan torcido y para este interrogante ni ellos, ni nuestro maestro, ni siquiera Victor Hugo tras el cristal de su retrato colgado encima del encerado habían hallado nunca una respuesta.

En estas últimas semanas, el enemigo pareció batirse en retirada, como si no se atreviera a cruzar las puertas del colegio.

—¡Hoy está en plena forma! —decía Alexandre.

Yo fingía que le creía. ¡Qué felicidad, olvidarse de la realidad de tanto en tanto! Napoléon, muy concentrado, leía el libro de texto pasando el dedo por debajo de las frases. Nosotros nos deslizábamos por encima de las palabras como si nos tirásemos por un tobogán, ese tobogán por el que sin duda nos habríamos tirado juntos si en algún momento hubiésemos podido tener la misma edad a la vez.

Esa tarde, al salir del colegio, me despedí de Alexandre como hacía a veces para subir a ver a Napoléon a su cuartito. Encontré a mi abuelo poco hablador. Estaba limándose las uñas (un hábito de boxeador que no había dejado).

Rocky nos miraba desde el marco de su retrato.

—Abuelo, ¿ves a Rocky ahí?

Él levantó la vista hacia el cuadro. Una sonrisa le iluminó el rostro.

—Siempre ahí —continuó—. Has conservado su recuerdo, pensamos en él todos los días. ¡Sigue ocupando un lugar destacado! Solo desaparecemos cuando ya nadie se acuerda de nosotros. Cuando no queda nadie más para acordarse, sí, ahí es cuando de verdad te vas, pero si no, realmente no acaba todo. El único enemigo es el olvido, ¿no crees?

—Ah, de Rocky bien se puede decir que dejó rastro, es imposible olvidarlo. Lo hizo bien. ¡Menudo lagarto! Más fuerte que todos nosotros juntos.

Sin apartar la vista del retrato, lo saludó al estilo militar:

—Qué pasa, artista. ¡Chapó! ¿Sabes qué, Coco?

—¿Qué? —dije yo.

—Lo esencial en la vida, nada complicado por otra parte, es disfrutar con las personas a las que quieres. Olvida todo lo demás, no tiene ninguna importancia. ¿Te acordarás de lo bien que lo hemos pasado juntos? ¿Y de cuánto nos hemos querido? Nos hemos reído mucho, ¿eh? Dime que nos hemos reído, me sienta bien.

—Sí, mi emperador, nos hemos reído un montón. Nunca nadie se ha reído



tanto como nosotros.

—Después, le dirás a todo el mundo una frase muy sencilla: «Yo tenía un abuelo y me lo pasaba muy bien con él». Voy a intentar recordarla.

—¿Quieres que te la escriba?

Sonrió, y su sonrisa le ocupó la cara entera.

—Ah, ¿sabes escribirla tú? —pregunté.

—Casi. Antes me parecía un mundo, pero a tu lado, no sé por qué, me ha salido solo. Puede que supiera escribir hace tiempo y que lo olvidara.

Le alargué mi cuaderno de clase. Él humedeció la punta del lápiz dándose unos toquecitos en la lengua y comenzó a trazar las letras con cuidado de no salirse de la línea.

—Ya está. Así no te olvidarás nunca.

«Yote nía unauelo y me lo pasava muy bien con él.»

Unos segundos de silencio. Se me había hecho un nudo en la garganta. Hallé fuerzas para decir:

—Y aún nos vamos a reír un montón, ¿eh?

—Claro que sí, ya verás qué risa dentro de nada.

¿Qué quería decir con eso? ¿A qué se refería con lo de «qué risa»? Un escalofrío me recorrió el cuerpo de los pies a la cabeza.

De pronto, puso cara de estar incómodo.

—Tengo que pedirte un favor —refunfuñó.

Metió la mano debajo de la almohada y sacó una hoja de cuaderno doblada en cuatro. Me la tendió, pero justo cuando iba a cogerla, flexionó el brazo y dijo con tono de recelo:

—¿No te burlarás de tu emperador?

—No, hombre.

—Júramelo.

—Te lo juro.

—Bien, entonces toma. Lo he escrito yo mismo. Al final van a servir para algo las cartas. Igual hay alguna falta, pero nada grave, ya lo arreglarás tú. Ponle las comas y los puntos, eso te lo dejo a ti. Espabila, que hay prisa. Mándala por correo urgente y no te olvides de que no es una...

—... rendición. Solo una maniobra de distracción.

—Eso es. Nadie me ha entendido tan bien como tú.

—Yo y Rocky.

—Tú y Rocky.

Totalmente concentrado en la misión que se me había encomendado, corro hasta mi casa por las calles vacías bañadas por un sol que recorta la realidad en líneas secas. El tiempo apremia, el mundo no es más que un reloj de arena por el que pasan las horas. Me digo que con algo de suerte, la carta puede salir esta misma tarde; cada segundo se convierte en un tesoro.

La puerta de casa está entornada. La empujo, teniendo de repente la certeza de que al otro lado me espera una desgracia. Tantas acechan nuestra vida. Mis pasos resuenan en el pasillo vacío. El bolso de mi madre está tirado en la mesa y las llaves de casa destellan en el suelo de baldosas. El corazón me palpita con fuerza. Un gemido proveniente del salón me deja paralizado.

Alexandre está de pie delante de mi madre mientras ella, sentada en una silla, le da toquecitos en la cara con una bola de algodón empapada en mercurocromo.

—Debo de estar hecho un payaso, ¿eh? —dice Alexandre.

Su rostro dolorido sonrío. La nariz aún le sangra un poco.

—Vieron que estaba solo y me siguieron. —Una carcajada interrumpe su discurso—. Pero me defendí. Salvé las canicas de Napoléon y mi gorro.

Lo levanta como se hacía antiguamente para saludar.

—Estate quieto —murmura mi madre—, o no terminaré nunca.

Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, Alexandre se queda como una estatua. Bien plantado en el suelo, apretando las piernas, susurra:

—No me moveré más, palabra.

Yo apenas me atrevo a respirar, por temor a que se rompa esta pequeña burbuja de confianza.

Por la cabeza me pasa una tromba de preguntas. ¿Cómo es que estaba mi madre delante cuando lo atacaron? ¿Fue ella la que hizo que los chicos salieran corriendo? O bien, al no saber adónde ir, ¿vino él mismo a mi casa para pedir auxilio?

Ella guarda tiritas y gasas, cierra el botecito de desinfectante. Luego le coge las manos a Alexandre y le mira las palmas, primero una y luego otra, minúsculas paletas en las que se mezclan el verde, el azul y el amarillo. Su risa estalla como el cristal y, arrastrado en su estela, Alexandre se echa a reír contagiado por ella.

—¿Los has gastado todos ya? —pregunta mi madre.

—Sí —responde Alexandre.

—A tu edad, a mí los colores también me duraban un suspiro. La próxima

vez te daré más.

—¿De todos los colores?

—De todos.

Mi curiosidad va diluyéndose gradualmente, a medida que me invade la felicidad difusa de verlos juntos.

Entonces prefiero guardar silencio porque lo que me gusta de ellos es lo que no dirán nunca con palabras.

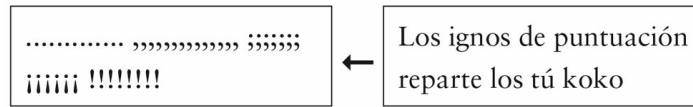
## *Carta de Napoléon*

*Antes*

Lo de la renovación se a hido algarete querida Yosefín siento a verme divorciado de ti y haverte chao de casa todo eso es por culpa del angustia del último combate pensaba que para embejecer solo avía que desear no querer seguir que vastaba con mandar lo todo a la mierda Pero la kosa no funciona así Eladver sario es fuerte, mucho más fuerte yel

ár bitros tá compra no me basa creer ya no tengo punyos no tengo pegada tengo las zancas echas misto estoy blandurrio comol pompón duna polbera he peleado todo loque podido pero llano tengo más ganas llano boya guantar mucho tiempo llano me tengo de pies y llano tengo mucha comber sación yasta se me a caido casi todo mi pelo tanbo nito no pasa na por que toda vía noto tu mano acariciándome lo y tan bien un diente pero me sorprendería kevin iesel ratoncito solo tengo ganas deber te y de pasar el resto de mi vida con tigo si bien es tea rriesgas ha confun dirme con la sábana pero estoy de bajo trata de finjir que no tesor prendes y luego stá eso que solo tú saves ya saves lo que digo eso que nunca querido salir ala luz no quiero hirme con Roqui sina verme quitao ese peso dencima.

Napoléon



### *Después*

Lo de la renovación se ha ido al garete, querida Joséphine. Siento haberme divorciado de ti y haberte echado de casa. Todo eso es por culpa de la angustia del último combate; pensaba que para envejecer solo había que desear no querer seguir, que bastaba con mandarlo todo a la mierda, pero la cosa no funciona así. El adversario es fuerte, mucho más fuerte, y el árbitro está comprado. No me vas a creer, ya no tengo puños, no tengo pegada, tengo las zancas hechas misto, estoy blandurrio como el pompón de una polvera. He peleado todo lo que he podido, pero ya no tengo más ganas. Ya no voy a aguantar mucho tiempo. Ya no me tengo de pie ni tengo mucha conversación; y hasta se me ha caído casi todo mi pelo tan bonito; no pasa nada porque todavía noto tu mano acariciándomelo. Y también un diente, pero me sorprendería que viniese el ratoncito; solo tengo ganas de verte y de pasar el resto de mi vida contigo. Si vienes, te arriesgas a confundirme con la sábana, pero estoy debajo. Trata de fingir que no te sorprendes. Y luego está eso que solo tú sabes, ya sabes lo que digo, eso que nunca ha querido salir a la luz. No quiero irme con Rocky sin haberme quitado ese peso de encima.

NAPOLÉON

Eché la carta en el buzón al amanecer.  
Y esperé.

La noche siguiente, una fiebre inexplicable se apoderó de mí y me dejó clavado a la cama. La recibí como una bendición. Con la mente embotada, me pasé horas tumbado con las manos entrelazadas detrás de la cabeza. Me preguntaba qué era eso de lo que hablaba Napoleón en su carta y que le pesaba tanto. ¿Cuál sería mi reacción si descubría que nunca había sido boxeador y que me había tenido engañado toda la vida? Por un momento, por un segundo de locura, quise que se fuese de este mundo llevándose su secreto a la tumba. Como esos galeones españoles cargados de oro que se hunden en el fondo del mar y hacen soñar a los hombres durante siglos.

A veces me quedaba dormido, y entonces los árboles empezaban a caer sin cesar, como soldados dóciles, y al despertar tenía las sábanas empapadas de sudor. La lluvia repiqueteaba en los tejados. Las horas pasaban despacio. Era como avanzar por un cenagal, sin esperanza.

Mi madre dibujaba sin descanso en el altillo. De tanto en tanto, se asomaba a mi cuarto; nuestras miradas se cruzaban.

—¿Cómo estás? —me preguntaba.

—Estaré mejor dentro de un rato —respondía yo—. ¿Qué haces?

Ella me enseñaba las manos embadurnadas de colores.

—Tengo que darme prisa —murmuraba.

A última hora de la tarde, Alexandre vino a verme. Me di cuenta de que lo estaba esperando.

—Hoy te toca a ti contar —le dije.

—Pues no ha venido.

—¿En todo el día?

—En todo el día. Y a la ventana no se ha asomado nadie. ¿Te lo veías venir?

Respondí que sí con la cabeza.

Él sonrió y añadió:

—Ya no se asoma a la ventana, pero nos mirará siempre.

Bajó la vista y después se desenganchó la bolsita que le colgaba del cinturón.

—Toma —dijo—. Ya solo quedan dos. Cógelas.

Las saqué y abrí la mano delante de mí. Las dos canicas descansaban en el hueco de mi palma.

—Una para cada uno —dije.

—La herencia de Napoleón —murmuró Alexandre—. Solo los hermanos se reparten las herencias.

Sosteniéndola con el pulgar y el índice, hice brillar la canica que Alexandre me había dado.

—¡Sí que es chula, eh! —dijo.

—Sí —murmuré yo—, brilla. Te da la sensación de que encierra un montón de cosas.

—Cosas secretas.

—Siempre pensaré en ti cuando la mire —dije.

—Cuando volvamos a vernos, esta será nuestra seña. Aunque pase un montón de tiempo, nos reconoceremos. Seguirán brillando igual.

Tenía el gorro en la mano y yo no podía apartar los ojos de él. Nuestras miradas se cruzaron. La suya brillaba. Susurró:

—Se la daré a mi padre. Hoy sale de la cárcel. Volveremos a estar juntos otra vez. Me gustaría que lo vieras.

—¿Tienes una foto?

—Mejor aún, mucho mejor. Fíjate.

El retrato era de una gracia y una simplicidad que hechizaban. Reconocí el papel grueso y los colores que mi madre solía utilizar.

—Nunca estamos lejos de las personas a las que queremos —dijo—. Incluso cuando estamos separados.

Mientras él guardaba con mucho cuidado el dibujo en su cartera, yo murmuré:

—Te ha enseñado a dibujar muy bien.

—Lo que me ha enseñado es la esperanza. La esperanza y la alegría. Díselo, ¿vale?

Yo dije que sí con la cabeza y cogí por última vez el famoso gorro.

—Entonces, el gorro es suyo, ¿no? —pregunté.

—Sí. «R.» de Raphaël. Pero no es solo suyo. Pertenece a nuestra familia. Era de mi bisabuelo..., luego de mi abuelo, hasta que se lo confió a mi padre.

—Y más adelante será tuyo.

Él asintió.

—¡Ha viajado un montón! Lo conservamos como recuerdo. Por eso no debo perderlo por nada del mundo.

—¿Como recuerdo de qué?

—De los viajes de los que ya no se regresa nunca.

Y se marchó corriendo, sin ni siquiera tener el cuidado de cerrar la puerta de la calle.

Pasó otra noche, con más árboles caídos a mi alrededor. Ahora estaba solo entre ellos, sin Alexandre, ni siquiera estaba Punto. El motor del coche de mi padre me despertó a media mañana. Mi mente estaba totalmente despejada y la fiebre había desaparecido. ¿Por qué volvía mi padre a esa hora? Oí los pasos apresurados de mi madre bajando la escalera. La puerta de casa se cerró con un chasquido y poco después el coche se alejó haciendo crujir la grava. Y se hizo el silencio.

La visita de Alexandre se repitió en mi cabeza. Me sentí muy solo.

Luego me di cuenta de que, antes de irse, mi madre había metido por debajo de la puerta de mi cuarto dibujos nuevos.

El final del libro de Napoleón. Ahí estaba, a mi lado en clase. Su cara en la ventana. La ventana sin su cara. Yo apenas me reconocía en esos dibujos. Me parecía que aparentaba más edad de la que tenía en realidad. Los colores iban palideciendo a medida que ibas acercándote a la última hoja.

Y esa última hoja estaba en blanco. Vacía.

Cerré los ojos.

Sin pensar, me levanté. Seguía lloviendo. Tan copiosamente que se habían formado en la calzada unos charcos anchos y profundos. Los coches tenían que aminorar la velocidad para cruzarlos. Eché a correr pero, como si estuviera en una pesadilla, tenía la impresión de no moverme del sitio. Corría desesperadamente, con la cabeza martilleándome, los oídos zumbándome,



como si esa loca carrera pudiera invertir el curso de los acontecimientos. Ese curso contra el cual nadie podía hacer nada. La lluvia me resbalaba por la cara. La llave en la cerradura.

La casa de Napoléon estaba abandonada. Vacía. Gélida. La mayoría de los muebles habían desaparecido. ¿Los habían vendido mis padres? ¿Por dónde estarían repartidos? El jardín semejava una jungla a pequeña escala. Me dieron ganas de adentrarme por ella y perderme. ¡Y de pronto apareció! ¡La cierva blanca! Allí estaba, al otro lado del cristal, a pocos metros de mí. La vegetación tupida del jardín formaba una especie de joyero y en el centro estaba la cierva con su blancura radiante. Se quedó como una estatua, vuelta hacia mí su cabeza delicada. Yo me perdí en su ojo dulce y oscuro. Unos segundos después había desaparecido, tan repentinamente que me pregunté si no lo habría soñado.

En la pared del cuarto de baño, el retrato de Rocky había dejado un rectángulo claro en el papel pintado. Yo llamé:

—Napoléon... Mi emperador...

Las paredes absorbían mi voz. Ese silencio era lo que yo iba a tener que afrontar. Ese vacío era a lo que tendría que acostumbrarme.

Pero la frase de Alexandre —«Nunca estamos lejos de las personas a las que queremos. Incluso cuando estamos separados»— disipó mi desánimo.

El garaje estaba limpio. Ni rastro del desorden infernal que reinaba antes en él. Tan solo quedaban los viejos guantes de Napoléon, atados entre sí por sus cordones. Seguían oliendo a cuero y de su interior emanaba un tufo de transpiración victoriosa. Me los colgué del cuello.

Continuaba lloviendo. El cielo estaba gris y bajo como una tapadera. Me fui por el camino de tierra que desembocaba en la calle principal del pueblo.

A la orilla del sendero, un árbol con una gran copa y la corteza nudosa, un castaño que parecía indestructible, yacía interponiéndose en mi camino. Sus raíces estaban arrancadas del suelo arenoso y mojado. Miles de insectos convergían en colonias ordenadas hacia ese nuevo refugio. Yo retrocedí unos pasos, con un cuidado infinito. Sobre todo, no destruir nada. Después de apartarme del hoyo, acaricié la corteza, me tumbé en el tronco y me quedé mirando el cielo. Estaba gris, uniforme, inmóvil. Misterioso como la vida de la gente.

Pasaron unos minutos o unas cuantas horas.

Corrí hacia mi abuelo, y bajo la lluvia incesante no sabía si me reía o lloraba.

Joséphine estaba allí. Delante de la cama de Napoléon. Me recibió con una sonrisa sin palabras. Desapareció en el aseo y salió con una toalla blanca con la que me secó el pelo.

Napoléon parecía relajado. Rejuvenecido, casi. Se perdía dentro del jersey que le había tejido Joséphine, con los dos brazos extendidos a lo largo del cuerpo, cerrados aún los puños.

—Si has venido a echar un pulso, te vas a llevar un chasco —murmuró al verme.

Me di cuenta de que le habían conectado a una máquina por cuya pantalla pasaban números sin parar.

—Ya ves, querido Coco... —Suspiró—. El taxímetro, ¡no hay manera de escapar de él! Al final tendrá la última palabra. Tú procura que no te la lleen los taxímetros. ¡Ni los zapatos de punta cuadrada! —Y le dedicó a mi padre una sonrisa de una ternura infinita, antes de decirle—: ¡Anda, no lloriquees, hombre!

—¡Lloro si me da la gana! —repuso mi padre.

Napoléon se volvió hacia mí:

—¿Es la hora?

Dije que sí con la cabeza. Y encendí el transistor. La voz sedante de Fulano llenó la habitación. El concursante era un juez que acababa de jubilarse y, como siempre que daba la bienvenida a participantes que tenían una profesión algo peculiar, Fulano le preguntó por su recuerdo más

impactante.

—«De mi vida de juez guardo muchos recuerdos hermosos, puede creerme, pero el mejor fue el de un antiguo boxeador. Un hombre de casi ochenta y seis años que se divorció porque quería renovarse. Pues bien, lo crea o no, ese día tuve la impresión de estar ante un ser inmortal.»

Napoléon se durmió en mitad del bote millonario. Apagué la radio cuando terminó el programa. El silencio era abrumador, interrumpido solamente por el pitido que emitía la máquina cada minuto.

—Deberías salir, hijo —empezó a decir mi padre—, no es un...

—No —dijo Napoléon. Su voz era débil, casi inaudible—. Tengo que comunicaros las instrucciones relativas a la administración del imperio.

Me arrimé a él. Muy cerca de su boca.

—En primer lugar, Coco, desenchúfame de ese maldito taxímetro... Ya no hay gran cosa que medir...

La máquina se apagó de golpe.

—No es momento para ablandarse, Coco. Vayamos al grano. En primer lugar, a partir de hoy dejas de ser mi general... Te cedo el mando supremo del imperio. Haz con él lo que te plazca...

—Me ocuparé bien de él, puedes marcharte tranquilo.

—A continuación, quisiera que supieras que he peleado hasta el final... Pero que ya no hay nada que hacer. El enemigo es más fuerte en todos los ámbitos del juego...

Los guantes. Sus puños se deslizaron dentro sin dificultad. Le ató los cordones.

—Boxea, los puños en alto. Pega todo lo que puedas. Al comienzo, durante y...

—... al final.

Sonrió y después volvió la cabeza hacia Joséphine. Sus miradas eran de una intensidad asombrosa. Ella bajó la cabeza.

—Coco —dijo él—, vas a tener que entender, porque no sé si voy a encontrar las palabras.

Levantó un puño y después miró la pared que tenía enfrente. El retrato de Rocky. Mi padre, ocupado en reprimir el llanto, se había apoyado en la pared también, a menos de un metro del retrato. Mi mirada volvió a cruzarse con la de Joséphine y luego con la de Napoléon. ¿Es que...? No, lo estaba entendiendo mal, sin duda. O era que aún no me había despertado. O era la fiebre, que regresaba... Pero me acordé del día del cumpleaños de Napoléon,

en la cocina. Y sobre todo del dibujo que había hecho mi madre. Los guantes, los guantes gastados... Los de Rocky... Y mi padre...

Se me paró el corazón. Imposible tragar saliva. Me tapé la boca con la mano para no gritar. Me acerqué un poco más a Napoléon.

—¿Has entendido? —susurró tan bajito que apenas oí su voz.

—Creo que sí...

—Bonita trampa, ¿eh?

—Pero es realmente...

—Una obra maestra, lo sé...

—El combate no estaba amañado, entonces...

—Sí. Estaba amañado. Pero por mí. Yo nunca miento.

—¿Qué está diciendo? —preguntó mi padre.

—Oh, nada, papá, que... te quiere. A grandes rasgos. Está añadiendo otras cosas sin importancia.

—*Trafe, Bubo.* (Bien jugado, Coco.) Ven aquí, escucha esto. En el descanso, Rocky me dijo que estaba enfermo. Que estaba enfermo y que le quedaban apenas unas semanas. Una mierda que se lo estaba comiendo por dentro. Los boxeadores no mienten nunca. Y menos Rocky. Yo le conocía bien y veía en sus ojos que decía la verdad. Tenían el brillo triste de quienes desean colgar los guantes. Ahí fue cuando me pidió...

—... que te dejaras ganar. Te pidió terminar con una victoria.

—No... Eso pensé yo. Mi generosidad natural. Tenía un niño con él. Un niño pequeño. Un pispajo. No sé por qué la madre no estaba con ellos. Ya sabes, nosotros los boxeadores llevamos vidas raras... Me pidió que me ocupara de él. Que lo criara, que le diera sus guantes e hiciera de él un boxeador, de los buenos. Que hiciera de él un campeón en recuerdo suyo, de Rocky; un campeón que lograra lo que él ya no tenía tiempo de lograr. Estaba seguro de que el crío había salido a él. Pero, mira tú por dónde, se equivocaba. Y además me pidió que no le dijera nunca quién era su padre. Pero, ya ves, solo he podido cumplir una parte de mi promesa. En el resto he fracasado. De aquí a unas horas, Rocky me va a echar un buen rapapolvo.

—Qué va, tú no has fracasado en nada. Tú eres el emperador y tu reino no se detendrá jamás.

—*Eble vi rajtas. Eble mia malsukcesado estis precipe koni lin ververe. Mi tro stultis!* (Puede que tengas razón. Puede que haya fracasado, más que nada, en no haberle conocido de verdad. ¡Qué tonto he sido!)

—¿Qué está diciendo? —susurró mi padre.

—Oh, nada... Que has sido el mejor hijo del mundo, papá. Y que...

Con los ojos llenos de lágrimas, fui mirándolos uno por uno, todos ellos pendientes de mis palabras:

—Y que le gustaría...

La palabra no quería salir. Joséphine cerró los ojos. Imposible. Mi madre sacó un dibujo.

La playa. La última hoja.

Seguidos por la directora, que corría detrás de nosotros por los pasillos, pasamos por delante de los demás residentes, que habían salido a despedirse del hombre que, a lo largo de unas semanas, había devuelto la vida a sus vidas. Llevábamos a Napoléon por las axilas y decenas de manos trataban de tocarle como en los viejos tiempos, cuando se bajaba del cuadrilátero.

—¡Deténganse! —gritaba la directora—. Deténganse, esto es el colmo, tienen que firmar documentos, rellenar descargos, cumplimentar autorizaciones. No es conforme a las normas en absoluto.

Y entonces mi padre soltó esta frase histórica:

—¿Sabe dónde se puede meter usted las normas?

Pensé que a partir de ese momento seríamos dos los que cuidaríamos del imperio. Napoléon emergió de su sueño y le lanzó a mi padre una mirada de admiración que le electrizó. Con todo su cuerpo rebosando energía, se volvió en el pasillo hacia los residentes y gritó a pleno pulmón:

—¡ES MI PADRE!

En el despacho acristalado, la directora estaba haciendo una llamada de teléfono.

El coche potente de mi padre. Configura el GPS con nerviosismo. Aparece el trayecto en la pantallita. La voz electrónica anuncia:

—¡Adelante!

Y no me cabe la menor duda de que es la voz de Rocky.

El motor ruge. Mi madre, delante. Napoléon, entre Joséphine y yo. Punto, a nuestros pies. Los asientos de piel nos envuelven.

—Papá —exclama mi padre—, ¿cuánto tiempo tenemos?

Grita de manera inusitada. Napoléon navega entre la consciencia y la inconsciencia. Habla entrecortadamente.

—No lo sé, muchacho, pero no mucho. Si quieres que te quiten el carnet, hoy es el día.

Y lo logra en menos de doscientos kilómetros. Flash, flash, flash por la autopista. Doce puntos menos de un plumazo.

Yo le susurro a Napoléon al oído:

—Mira lo famoso que eres, que no pueden evitar hacerte fotos.

No sé si me oye. Joséphine no dice nada. Se limita a agarrar con fuerza el guante de Napoléon mientras contempla el paisaje que desfila ante sus ojos. Su aliento forma un círculo de vaho en la ventanilla. La cabeza de Napoléon se mece y acaba apoyada en el cuello de Joséphine. Parece un niño.

Mi padre toma de pronto una salida a una estación de servicio. Gasolina. Busca la cartera, palpa todos sus bolsillos y acaba por rendirse a la evidencia.

—Mierda. Me la he dejado. —Reflexiona unos segundos y añade—: Pues se siente, a la mierda, me importa un pito, voy a repostar igualmente.

Lo acompaño adentro. Él se explica. Hace grandes gestos desesperados. Se le crispa la barbilla. Se le llenan los ojos de lágrimas. Tiene aspecto de loco. Hay que avisar al responsable. Eso va a llevar su tiempo. Demasiado tiempo. El tono sube. Le quedan unas monedas en el fondo del bolsillo, las mete en una máquina de café que le da pis de gato. Dos patadas y le toca el gordo: dos seguratas.

—Qué, ¿armando bulla? Pero bueno, yo a usted lo conozco, nos hemos cruzado antes... ¿Pichaflojas, se acuerda? ¡Pues sí que le tiene manía a las máquinas de café!

Pim, pam, aquello sale solo. Le atiza a un vigilante un derechazo que viene de lejos, de muy hondo, de las orillas del Hudson. Un pichafloja al suelo. El otro recula mientras mi padre se mira el puño como si fuera la primera vez que lo ve. Me coge de la mano. Retrocedemos de espaldas. El vigilante que aún está de pie transmite un mensaje con su aparato. Más vale que no nos entretengamos.

El viaje prosigue. Ahora somos unos forajidos. El coche no es más que un grito silencioso. Napoléon, una sombra. Tiene las fuerzas justas para balbucir:

—Tu directo con la derecha, hace nada, en la gasolinera, ¡eres un campeón!

—¡Gracias, papá! —grita mi padre—. ¡Gracias, pa-pá!

—Lo único, trabaja los apoyos.

Napoléon se vuelve hacia mí. Su esfuerzo es sobrehumano. Su boca se

abre y se cierra varias veces antes de dejar escapar un hilillo de voz:

—Coco, seguimos en contacto.

Me digo que tal vez sean las últimas palabras que me dirá. Yo le respondo:

—Seguimos en contacto.

Mi padre se queda callado. El tiempo pasa y somos cinco mariposas a las que espera la enorme red del peaje.

En efecto, tres vehículos de la policía cortan el paso. Mi padre frena.

—Al cuerno —dice.

Napoléon va a morir delante de una barrera de peaje junto a dos polis. Quizá solo, mientras a nosotros nos meten en los coches. Mi padre murmura:

—Papá, lo siento... Me habría gustado tanto complacerte una última vez...

Sale, intenta explicarse, pero dos gendarmes lo tumban contra el capó, retorciéndole un brazo a la espalda. Luego, otro que parece su superior, se acerca a nuestro coche y da una vuelta alrededor. Mi madre abre la ventanilla.

—Vamos a la playa —dice sin más.

—¿A la playa? ¿Me está tomando el pelo? Pues se van a encontrar en una playa a la sombra. No les va a molestar nadie. Y no van a necesitar protección solar.

Su mirada escudriña el habitáculo, se detiene en el jersey de Napoléon. Se le congela la mirada. Se le arrugan las cejas. Sin duda la directora le ha dado la descripción de su fugitivo. El gendarme se queda hipnotizado mirando los dos guantes de boxeo.

—«Born to Win» —murmura.

Nuestras miradas se cruzan:

—¿La final de 1951 contra Rocky? —pregunta.

Yo sonrío y respondo:

—1952. Combate amañado.

Luego se vuelve hacia mi padre, que sigue aplastado contra el capó, y con voz nítida le pregunta:

—¿Cuánto tiempo?

—Estamos en la prórroga —responde mi padre.

Tres minutos después, las sirenas ululan. Seguimos a dos motos que van a toda mecha delante de nosotros abriéndonos paso. El tráfico se detiene a nuestro alrededor, los coches se echan a la cuneta, los semáforos en rojo se ponen en verde, las farolas se inclinan respetuosamente a nuestro paso.

Napoléon abre los ojos. Murmura:

—Victor Hugo se puede poner a la cola, ¿eh?

Del GPS sale de nuevo la voz de Rocky:

—Ha llegado a su destino. Final del viaje. —Y pasados diez segundos de silencio, añade—: Buena suerte.

La playa. El sol se mete en el mar. Caminamos hacia la orilla, sosteniendo a Napoléon por las axilas. Los pies le arrastran por la arena. Sonríe. Gracias a esa sonrisa sabemos que sigue con nosotros. Yo ya no tengo ganas de llorar. Joséphine lleva los zapatos en la mano.

Lo tumbamos en la arena, con la cabeza apoyada en las rodillas de Joséphine. Punto se echa de costado. Ya solo queda esperar. Solo queda escuchar las olas. La espuma de la ternura rompe en la arena. A unos metros de nosotros, un dique infantil es barrido en unos segundos por la marea. A lo lejos, dos enamorados cogidos de la mano caminan por la orilla y van dejando sus huellas en la arena. Napoléon aún tiene fuerzas para murmurar:

—*Estas bela loko por morti.*

Sus palabras se mezclan con el rumor de las olas. Mi padre vacila y pregunta:

—¿Qué dice?

Yo respondo sonriendo:

—Dice que es un sitio bonito para morir.



## Epílogo

Pasaron unos meses. El curso terminó y yo me despedí para siempre de la escuela de primaria.

Después de las vacaciones, pasé al instituto. Empezó entonces otra vida para mí.

Uno de los celadores del instituto estaba de monitor en toda clase de clubes y había semanas que lo veíamos casi a diario. El tipo acabó interesándose por lo que hacíamos fuera del instituto y yo le conté que había empezado a practicar boxeo unos meses antes.

—Pero se me da mucho peor que a mi abuelo —precisé.

Nada más decir esta frase, me di cuenta de que no estaba seguro de si me refería a Napoléon, a Rocky o a ambos.

El celador señaló su arco superciliar, surcado por una cicatriz fina.

—¿Ves esto?

—Sí.

—Pues figúrate, yo conocí a uno, a un boxeador. A uno nada más, y con eso me bastó. El año pasado. Madre mía, todavía me tiembla el cuerpo. A mis colegas y a mí nos había dado por hacernos los graciosos en la bolera. Y un día que estábamos un poco pedos nos metimos con un viejales que marcaba unos *strikes* de campeonato. Pero sin pasarnos, ya te imaginarás, unas bromitas de nada...

—¿Y qué pasó? —pregunté.

—Pues pasó que no le hacían ninguna gracia las bromitas. Nosotros

éramos diez y aquel tipo nos arreó a uno tras otro.

—¡No!

—Como lo oyes. Pero agárrate, que tenía por lo menos ochenta tacos, y era fino como una crep. Uno tras otro, te digo, ¡pim, pam, pim, pam! Caíamos como las banderitas del tiro al blanco de las ferias. ¿Oyes lo que te digo? ¡Eh, eh! ¿Sigues aquí?

Yo oía el ruido de los bolos al caer rodando, los aplausos de la concurrencia. Napoléon saludaba como un gran artista.

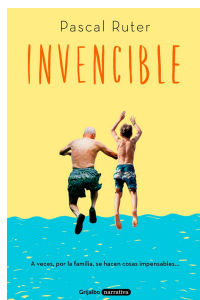
Y entre mis dedos la canica de Alexandre era una promesa de eternidad compartida.

## Agradecimientos

Quiero expresar mi más afectuosa gratitud a Karine Hocine y al equipo de Ediciones Jean-Claude Lattès por el entusiasmo y la sencillez con la que fue recibida esta novela.

Quisiera también dar las gracias al señor Axel Rousseau, eminente experto en esperanto, que permitió a mis personajes hablar esta bella lengua.

**La tierna complicidad entre un anciano rebelde y su nieto los embarcará en una aventura entrañable en la que juntos se rebelarán contra todo lo que resta de diversión a la vida.**



Todos los nietos adoran a sus abuelos, pero no todos los abuelos son como Napoléon, un anciano que siempre ha sido un tipo excéntrico. Aun así, su familia no sale del asombro cuando Napoléon se divorcia de su esposa a los ochenta y cinco años. Además, pese a las sonadas disputas con su hijo, el viejo exboxeador se niega a que lo encierren en una residencia. Él ansía vivir nuevas experiencias y para ello se busca el mejor aliado: su nieto Léonard.

De esta aventura, repleta de situaciones extraordinarias, emergerá una complicidad especial entre abuelo y nieto. Sin embargo, Léonard, pese a ver más pletórico que nunca al anciano, siente que a su abuelo le preocupa algo. Pero ¿qué podría poner entre las cuerdas al imbatible Napoléon?

**«Imaginación, sensibilidad y sencillez. Un libro extraordinario.»**

*Le Figaro Littéraire*

**«Una historia hilarante, original, pero también emotiva. Una lectura que es un verdadero regalo.»**

*Le Parisien*

**«Una novela sensible con unos personajes adorables.»**

*Femme Actuelle*

**«Una historia sobre una relación muy especial, la que solo puede existir**

**entre abuelos y nietos.»**  
*IO Donna*

**Pascal Ruter** es profesor de francés en un colegio. Nació en los suburbios de París en 1966 y empezó a leer desde muy pequeño. Le encanta escribir y sus historias contienen drama y humor a partes iguales. En 2012 publicó *Le coeur en braille*, su primera novela juvenil, y dos años más tarde *Du bonheur à l'envers*.

*Invincible* ha sido su debut en la literatura para adultos y le ha valido el reconocimiento del público y de la crítica.

Título original: *Barracuda for ever*

Edición en formato digital: julio de 2019

© 2017, Éditions Jean-Claude Lattès  
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona  
© 2019, Inés Trías Belaustegui, por la traducción

Diseño de portada: Lookatcia  
Fotografía de portada: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5753-4

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

[1] «Alexandrie Alexandra», música: Claude François y Jean-Pierre Bourtayre, letra: Étienne Roda-Gil. *Magnolias For Ever*, Disques Flèche, 1977.



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

[Invencible](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Carta de la abuela](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Carta de la abuela](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Carta de la abuela](#)

[Capítulo 15](#)

[Carta de la abuela](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Carta de la abuela](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Carta de Léonard](#)

[Capítulo 24](#)

[Carta de la abuela](#)

[Capítulo 25](#)

[Carta de Napoléon](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Pascal Ruter](#)

[Créditos](#)

[Nota](#)